

# LA NO VIOLENCIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Georges Stéveny

*aula7activa*



# LA NO VIOLENCIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Georges Stéveny



# LA NO VIOLENCIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Georges Stéveny

*aula7activa*

Título original: *La non-violence de Dieu et des hommes*. Dammarie-lès-Lys (Francia): Éditions Vie et Santé, 2001

Traducción: **María Méndez Gómez**  
Diagramación del interior: **Ramon C. Gelabert**  
Diseño de la cubierta: **Isaac Chía**

Edita:

**AULA7ACTIVA-AEGUAE**  
Barcelona, España  
E-mail: [info@aula7activa.org](mailto:info@aula7activa.org) / [info@aeguae.org](mailto:info@aeguae.org)  
Web site: [www.aula7activa.org](http://www.aula7activa.org) / [www.aeguae.org](http://www.aeguae.org)

Primera edición en español, 2014

**Es propiedad de:**

© 2014, herederos de Georges Stéveny  
© 2014, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Depósito Legal: B-27854-2013

Stéveny, Georges

La no violencia de Dios y de los hombres / Georges Stéveny / traducción al español de  
María Méndez Gómez – 1.ª ed. en español – Barcelona: Aula7activa-AEGUAE, 2014.  
xviii págs.; 142 págs.; 23 x 15 cm

Materia: 1. Dios (Teoría del conocimiento). 2. Biblia - Enseñanza.  
CDD: 231-7

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de [www.aula7activa.org](http://www.aula7activa.org) solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

## SUMARIO

Prefacio a la edición francesa .....	xi
Prefacio a la edición española .....	xv
I. Actualidad de la violencia .....	1
II. Un solo Dios y dos Testamentos .....	9
1. Importancia del Antiguo Testamento .....	9
2. Antigua y Nueva Alianza .....	11
3. ¿Y si la historia de la iglesia se nos relatara como la de Israel.....	12
4. Lectura literaria del Antiguo Testamento .....	14
5. El juicio de Dios.....	18
6. El amor y la justicia de Dios .....	22
7. Conclusión .....	27
III. Historia y revelación.....	29
1. La historia vista bajo el ángulo de la fe .....	29
2. Jesucristo: Cumplimiento de la historia.....	29
3. La historia como revelación .....	30
4. La posibilidad de una doble lectura de la historia .....	31
5. Desciframiento indispensable .....	32
6. Una revelación progresiva .....	33
7. Jesucristo: Clave de la interpretación .....	36
IV. No matarás .....	39
1. El sexto mandamiento en discusión.....	39
2. Conclusión .....	43
V. La enseñanza de Jesús como normativa .....	45
1. La necesidad de ir más allá .....	45

2.	El primer grado de la no violencia: Un principio fundamental .....	46
3.	El consejo de Juan el Bautista a los soldados.....	47
4.	Jesús expulsa a los mercaderes del templo.....	48
5.	Jesús y las espadas .....	49
6.	El fin no justifica los medios.....	52
7.	La disuasión nuclear.....	52
8.	La legítima defensa .....	53
9.	Una parábola a modo de conclusión: «El juicio de la colmena» .....	55
10.	El segundo grado de la no violencia: Para ganar la paz .....	57
	10.1. Una reacción necesaria .....	57
	10.2. Algunos ejemplos .....	61
11.	El tercer grado de la no violencia .....	64
12.	César y Dios .....	69
	12.1. Un problema sin importancia .....	71
	12.2. La interpretación antizelote.....	71
	12.3. La interpretación zelote .....	71
	12.4. La distinción entre los dos poderes .....	71
	12.5. El doble reino.....	71
	12.6. Los adversarios hombro con hombro .....	72
13.	El reino de Dios forzado por los violentos .....	74
VI.	Jesús y la revolución no violenta .....	81
	1. Frente al poder establecido, político o religioso .....	81
	2. Ante la sociedad, ya se trate de ricos, de pobres o de pecadores.....	82
	3. Ante la religión.....	83



4.	De su boca salía una espada afilada (Apocalipsis 19:15).....	83
VII.	La sal de la tierra .....	87
1.	La sal da gusto.....	87
2.	La sal preserva .....	87
3.	La sal purifica .....	88
4.	Pero la sal puede estar sin sal .....	88
5.	Mateo 5:14,15 .....	89
6.	Marcos 5:49,50 .....	90
7.	Lucas 14:34,35 .....	91
VIII.	La enseñanza del apóstol Pablo .....	95
1.	Contexto literario .....	97
1.1.	No anarquía .....	97
1.2.	No integrista .....	97
1.3.	Superar el mal por medio del bien .....	98
1.4.	El amor: Cumplimiento de la ley .....	98
2.	Análisis exegético .....	99
2.1.	Las autoridades establecidas por Dios .....	99
2.2.	«Sométase» .....	101
2.3.	Los magistrados.....	101
2.4.	Llevar espada.....	101
3.	El telón de fondo histórico.....	104
4.	El cristiano y el Estado.....	107
4.1.	De la teocracia al Estado .....	108
4.2.	Jesús y el Estado.....	110
4.3.	Nuestro mundo en prórroga.....	111
4.4.	Conclusión .....	115

IX. Para comprender el Antiguo Testamento .....	117
1. La violencia y la muerte entraron por el hombre .....	117
2. Los juicios saludables desencadenados por la infidelidad de los hombres .....	119
3. Dios se adapta por amor .....	122
4. La tierra prometida.....	125
4.1. Una promesa diferida .....	125
4.2. El pueblo elegido: Una promesa mal comprendida .....	126
5. Exhortaciones y advertencias.....	128
5.1. Dios recuerda la absoluta trascendencia de su alianza de amor .....	128
5.2. Israel debe dejar actuar a Dios.....	129
5.3. Sombrío pronóstico.....	130
5.4. La guerra: Consecuencia de la infidelidad.....	130
5.5. El peligro de las alianzas militares.....	131
5.6. El Antiguo Testamento anuncia el final de las guerras .....	132
5.7. Dios se esconde .....	133
6. Conclusión.....	135
X. Conclusión final, en forma de tesis .....	139

Nota: Salvo indicación en contra, todas las citas bíblicas corresponden a la versión *Nueva Biblia Española*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1990, 4.ª ed., a cargo de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos.



## Prefacio a la edición francesa

Varias décadas han transcurrido con rapidez desde que, un día, en Niza, una joven madre salía de la clínica. En ausencia del padre, estudiante sin dinero al que retenían sus exámenes universitarios en París, un hombre llevaba delicadamente en sus brazos al recién nacido. Del ambiente protegido de un servicio de obstetricia a la vida a plena luz de la ciudad. El bebé era mi hijo. El hombre que lo llevaba era Georges Stéveny. Yo no imaginaba entonces que un día se invertirían los papeles, que con este prólogo sería yo quien tendría la alegría y el honor –por cierto, de manera bien modesta y fugaz– de llevar a otro recién nacido de la atmósfera amortiguada y suave de una mesa de trabajo a la existencia pública de la edición.

Pero sería una afrenta al autor dar pie a creer que estas líneas las dicta únicamente una gratitud doméstica. Mi reconocimiento, con toda certeza, es un hecho. Pero es más amplio, más profundo y está trenzado con el sentimiento de tener grandes deudas en los ámbitos espiritual, intelectual y teológico, moldeado por el aprecio y la admiración, tejido por encuentros que, por poco numerosos que hayan sido, hicieron mella en mí, me construyeron y tal vez me salvaron de la ignorancia y la desesperación. Algunas expresiones tradicionales, insuficientes, incluso que sublevan frente a las que la fe cristiana ha transmitido perezosamente durante mucho tiempo, son como astillas clavadas en el pensamiento.

Contra tales explicaciones y expresiones dogmáticas quisiera mencionar, de forma no exhaustiva, y tan solo para dar cuerpo a mi propósito, algunas bocanadas de oxígeno por las que soy deudor del autor. Otra aproximación al Evangelio, a Dios y al misterio del mal, a la belleza de la reconciliación en Jesucristo, al rechazo de la violencia constitutiva de Dios, erigida en dogma monstruoso, y de su corolario, la violencia recuperada y legitimada del ser humano. No es una insignificante deuda de gratitud.

Por eso me siento feliz de presentar aquí el libro de Georges Stéveny acerca, precisamente, de un tema difícil, complejo, inmenso: la violencia de Dios. Disipemos un malentendido. No se trata de una obra que tenga el proyecto de ser completa, de constituir una reflexión académica, universitaria. El que empuña la pluma no quiere ser el erudito, sino el pastor, el amigo, el interlocutor privilegiado, el creyente convencido y entusiasta. Con mucha frecuencia, demasiada, experimentó la carga, pesada y dolorosa de los prejuicios contra Dios, contra la Biblia. Ocasiones de duda o de fracaso, verdadero «escándalo» para un número elevadísimo de personas de toda edad y condición, con todo tipo de creencias y de incredulidades.

A esos buscadores, esos seres con heridas a quienes ya no satisfacen las explicaciones rutinarias, el autor les propone, a pesar del carácter comprometido y convencido de sus palabras, no conclusiones definitivas sino pistas de reflexión, sugerencias de profundización y de lectura. Este libro, pequeño por el número de páginas, es una amplia batida por el monte de reflexiones e ideas, de hechos y análisis del texto bíblico, entre otras cosas.

A veces no son sino esbozos, que personalmente me habría gustado que el autor profundizara en su textura, por ejemplo, el tema de la «ira de Dios». No obstante, al leer de nuevo atentamente las líneas que lo tratan, comprobé que lo contiene todo en estado latente, aunque mi deseo sería verlos aún más detallados y explícitos. También me hubiera gustado una aproximación a numerosos textos del Antiguo Testamento. Pero al tiempo que, formulo esta «crítica» soy consciente de que ello habría requerido instrumentos más especializados, un trabajo y un volumen galácticos, es decir inmensos y en expansión.

Esta quiere ser una obra propia para la reflexión, para plantear el problema, para construir puentes hacia otros estudios más completos, más próximos a la monografía, más detallados y especializados y, sobre todo, para mostrar la enorme diferencia entre lo que Dios hace y lo que los hombres hacen en su nombre. Para esta difícil distinción, una sola luz verdadera, la de Cristo, que al venir al mundo ilumina a todo ser humano. Y así pues, en conclusión, quisiera insistir en este punto: lo que, a mi entender, tiene más fuerza en estas líneas es que la piedra de toque, el centro organizador a partir del cual pueden estructurarse una vida y un pensamiento fuerte, luminoso, pertinente y al mismo tiempo purificado y reconfortante, es la revelación de Cristo, su persona y su enseñanza. Prin-

cipio hermenéutico por excelencia: «Solo si el Hijo os da la libertad seréis realmente libres» (Juan 8: 36). ¿De cuántos prejuicios, errores disimulados bajo la pátina de los siglos no tendrá que liberarnos Cristo aún? Ojalá que las líneas que siguen puedan ser, para muchos de nosotros, rayos de luz en dirección al resplandor divino.

Philippe Augendre  
*Redactor jefe de Éditions Vie et Santé*  
Collonges, Pascua de 2001





## Prefacio a la edición española

La violencia aparece a lo largo de la Biblia: Caín contra Abel, el diluvio, Israel a la conquista de Canaán, profetas perseguidos, Jerusalén destruida, la cruz de Jesús, el apedreamiento de Esteban... La sombra de la violencia oscurece a la humanidad y de forma inquietante se cierne una duda sobre los seres humanos que miran hacia arriba en busca de respuestas: ¿acaso Dios es violento?

Georges Stéveny no elude la pregunta, consciente de la dificultad de *explicar*, que es «dar razón», es decir, hacer patente el qué, el por qué, el para qué y el cómo de la violencia, del mal en este nuestro mundo; consciente que explicar es conocer las causas, el contexto, las consecuencias y esto..., esto está fuera de nuestro alcance. En cambio *comprender* es leer, es intuir el interior de la realidad de las cosas, es discernir cómo se relacionan entre sí las partes o aspectos de un asunto y de ver la cuestión en su totalidad, no solo los hechos aislados. Entender está ligado a la idea de conciencia y espíritu; un atributo concedido por Dios a la naturaleza humana que nos conduce a comprendernos a nosotros mismos, en nuestra propia existencia..., y en ese difícil camino nuestro autor en las páginas que siguen nos invita a intentar comprender a un Dios incomprendido, al Dios de la Biblia... ¡El Dios no violento!

Los editores  
*Aula7activa*



A mis nietos, con toda mi ternura



## Capítulo I

### Actualidad de la violencia

Apretamos el botón, la pantalla del televisor se ilumina. Desde el otro extremo de la Tierra se actualiza la historia ante nuestros ojos, con sus imágenes insoportables. La voz del locutor narra la guerra. Argelia, Angola, Burundi, India, Iraq, Irán, Irlanda, Kuwait, Mozambique, Oriente Próximo, Ruanda, Yugoslavia... Todo sucede como si el acontecimiento se estuviera desarrollando ante nuestra mirada, en tiempo real. Y en casi todas partes, la iglesia está en peligro. En China y en Vietnam, donde aún persisten tensiones aunque no sin ruido; en Ruanda, donde han matado a casi un millón de cristianos; en Sudán, donde igualmente han muerto centenares de miles; en Brasil, donde la protección de los pobres suele girar hacia la guerra; en Turquía, donde hay cristianos que son expulsados de sus pueblos... Por lo que respecta a Jerusalén, esa maravillosa Tierra de Luz, suscita en forma creciente las más dementes e incompatibles codicias. En todas partes, por desgracia, la humanidad se desgarran. El hombre es un lobo para el hombre, decían los antiguos. Nada ha cambiado, aun cuando algunos piensen que el hombre ha inventado la felicidad. La violencia está ahí, espontánea o calculada, fría o impulsiva, ciega y cruel. El horror, la sangre y las lágrimas acompañan la marcha de la humanidad. Los animales no hacen la guerra.

¿Sabéis lo que costó la última Guerra Mundial? He aquí la información que proporcionaba la ONU en junio de 1951: 32 millones de hombres jóvenes muertos en el campo de batalla; entre 15 y 25 millones de jóvenes, ancianos y niños muertos por las incursiones aéreas; 26 millones muertos en los campos de concentración; 29 millones de heridos o mutilados; 21 millones sin hogar ni bienes; 45 millones de personas desplazadas de Alemania, Europa Central y Extremo Oriente; 30 millones de viviendas destruidas; 16 millones de personas sin hogar (alojados en sótanos, en grutas, en campos con tiendas de campaña); un millón de huérfanos. Esa guerra costó más que la de 1914-1918. Pero estas cifras, ¿siguen teniendo sentido?

Los padres del Concilio Vaticano II reflexionaban sobre la guerra en estos términos: «Desde luego, la guerra no ha sido desarraigada de la

humanidad». <sup>1</sup> A modo de conclusión de su libro sobre André Malraux, Jean-Claude Larrat examina un fragmento de *La esperanza*, en el que el autor estudia el sufrimiento de los heridos y se pregunta «si no es, ante todo, por vivir la inefable experiencia del caos, del mal extremo, por lo que los hombres –siempre fascinados por lo inhumano dentro y fuera de sí mismos– inventaron la guerra y su cortejo de torturas en que víctimas y verdugos intercambian constantemente sus respectivos papeles». <sup>2</sup>

Todo lo lejos que uno se remonte en el tiempo hasta la época actual, el hombre miente, hace trampa, roba, viola, golpea, tortura y aplasta, con fría lucidez o sin razón, tontamente. Y cómo no mencionar la violencia en el interior de la familia, agresión verbal y no verbal, física, emocional, sexual, llegando hasta el incesto, cada vez con mayor frecuencia. Pues la violencia de hoy es la semilla de la violencia de mañana. Tantos son los jóvenes que no saben ya muy bien cómo vive una familia. En el otro extremo, también da pena ver a los ancianos. Aquí la violencia adopta rasgos de impaciencia, negligencias, desprecio, tanto si se trata de necesidades materiales como sentimentales. Se refleja en los abandonos, en los que el llanto íntimo queda como única defensa.

Por todas partes, gritos desesperados, ardientes lágrimas. Desde tiempos remotos la sangre corre en oleadas sin fin. El animal mata para alimentarse; el hombre mata a menudo por matar, con sadismo. Del crimen por corrupción o por perversión a la guerra sabiamente orquestada y que, en un proceso sin fin, renace de sí misma. Es como si la paz, allí donde aún exista, no fuera nada más que una guerra en reposo.

Contra toda expectativa, la civilización no ha mejorado en nada esta cuestión. La religión tampoco. Lamentablemente, cabe decir que es al contrario. Incompatibilidad entre sijs e hinduistas; entre musulmanes, judíos y cristianos; entre protestantes y católicos. El fanatismo religioso genera las peores atrocidades, raptos, toma de rehenes inocentes, atentados asesinos. El integrista siembra la angustia.

Si comparamos la ciencia actual con la del tiempo de Platón ¡qué asombroso progreso! En cambio, nuestros filósofos contemporáneos ¿han superado a Platón? La condición humana se vive más que nunca bajo el signo de la violencia, a pesar de Jesús, Gandhi, Martin Luther King...

---

<sup>1</sup> *Gaudium et Spes*, 79.

<sup>2</sup> Jean-Claude LARRAT, *Malraux*, Nathan, col. Les Écrivains (Paris: Presses Universitaires de France, 1996.), p. 22.

Hasta existen teólogos cristianos que justifican la violencia y la guerra. La idea no es nueva pues se encuentra ya enunciada en Joaquín de Fiore<sup>3</sup> en el siglo XII, y justificada por el papa Bonifacio VIII. ¿Será que existe una violencia buena, una violencia necesaria y saludable?

No debemos olvidar que el fenómeno más considerable de los últimos 150 años, el más decisivo de los inventos del hombre, son las armas capaces de aniquilar la especie humana. Herbert York, que durante años dirigió la sección científica del Pentágono, escribía en 1973 que el potencial nuclear de Estados Unidos alcanzaba 15.000 megatonnes. Sabemos que durante la Segunda Guerra mundial, los aliados lanzaron sobre Alemania 1,2 millones de toneladas de bombas. De norte a sur y de este a oeste del país no quedaban sino ruinas. Un megatón equivale a un millón de toneladas. ¿Qué decir entonces de 15.000 megatonnes de bombas?

En una mesa redonda organizada en 1977 por la Unesco, a propósito de los desafíos del año 2000, Philip Noel-Baker, que tuvo un rol preponderante en la política británica, dio a su intervención el título de: «Ese monstruoso superarmamento nuclear».<sup>4</sup> Las grandes potencias poseen diez veces más bombas de las que hacen falta para destruir a toda la humanidad. A esto se le llama la *over killing capability*, la excesiva capacidad de destrucción. ¿Cómo admitir este derroche cuando las estadísticas muestran que se podría alimentar a todos los hambrientos del globo, esqueletos vivientes, con tan solo economizar una décima parte del gasto en armamento?<sup>5</sup>

¿Y qué decir de la nueva bomba nuclear, más económica y eficaz, la bomba de neutrones? «Mata por radiación un mayor número de personas que la bomba nuclear clásica, pero deja intactos los edificios y otros objetos materiales.» Los expertos se sienten muy orgullosos de ella. Al denunciar esta invención luciferina, Sean MacBride, político irlandés y presidente de Amnistía Internacional, cita al *Washington Post*: «Lo que los militares partidarios de la bomba de neutrones admiran tanto, dice, es

---

<sup>3</sup> Monje místico que ejerció una profunda influencia.

<sup>4</sup> «Ce monstrueux surarmement nucléaire», *Suicide ou survie?: Les défis de l'an 2000*, colección Actuel (París: Unesco, 1997), p. 81-87 (ed. ing.: «The Super-nuclear arms monster», *Suicide or survival?: The challenge of the year 2000* [UNESCO, 1978], p. 75-80).

<sup>5</sup> *Suicide ou survie?: Les défis de l'an 2000*, colección Actuel (París: Unesco, 1997), p. 138 (ed. ing.: *Suicide or survival?: The challenge of the year 2000* [UNESCO, 1978]).

su capacidad de matar personas limpiamente, por radiación y no por explosión y calor».<sup>6</sup>

Y continúa:

«No es este el único nuevo ingenio nuclear destinado a destruir la humanidad en el que han trabajado nuestros “militares alienados”. [...] Expertos me han referido que se acababa de poner a punto una nueva bomba de ultrasonido, que desestabiliza el cerebro humano y puede afectar con discapacidad mental a toda la población de una ciudad. Al destruir ciertas células del cerebro, convierte a los humanos en idiotas alucinados incapaces de razonar o controlarse, y es un proceso irreversible. Opera también sin dañar los objetos materiales. He aquí el arma ideal. No destruye inmuebles y no emite radiaciones. Es también mucho más humana ya que, en lugar de matar, ¡se limita a transformar a los hombres en animales o en vegetales!»<sup>7</sup>

Ya que estamos examinando el arte de matar, vayamos hasta el fondo del horror. El mismo autor, Sean MacBride, antiguo comisario de Naciones Unidas y premio Nobel de la Paz en 1974, seguía diciendo ante los especialistas de la Unesco: «Permítanme mencionar otro hecho macabro, para señalar hasta dónde han llegado nuestros “militares y científicos alienados”.» Resumen: 45.000 fetos humanos congelados, resultado de abortos efectuados en Corea del Sur, han servido para probar la eficacia de las radiaciones en los tejidos humanos que llevaban poco tiempo congelados, ya que los tejidos procedentes de cadáveres no son válidos para esta experiencia. Sean MacBride añade: «He aquí el tipo de actividades a las que se entregan los individuos que reclutamos y cuyos servicios financian los contribuyentes del mundo entero.» Y concluye: «Los hechos que acabo de mencionar no hacen sino confirmar la decadencia moral en el mundo.»<sup>8</sup>

Luis Echeverría Álvarez, que fue presidente de México de 1970 a 1976, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de México y embajador de México ante la Unesco, constata con pesar: «La alienación se ha establecido también en la ciencia, haciendo de ella una industria, y de

---

<sup>6</sup> Ibid., p. 98.

<sup>7</sup> Ibid., p. 98, 99.

<sup>8</sup> Ibid., p. 99.



esta industria del saber un complejo militar, industrial y universitario cuyos mismos creadores e inventores no son ya capaces de controlar o determinar el proceso dinámico.»<sup>9</sup>

Hoy, aun cuando cada nación reivindica su especificidad, el destino de todos los pueblos está estrechamente vinculado. Hemos entrado en una era de interdependencia, de tal modo que ninguna nación puede vivir ni prosperar ignorando a las demás. Corremos a gran velocidad hacia la catástrofe si no logramos renunciar al famoso principio *Si vis pacem, para bellum*, si quieres la paz, prepara la guerra. La Constitución de la Unesco afirma, con razón: «...puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.»<sup>10</sup>

El gran Pascal ya lo había observado con acierto. «...la opinión –decía– es como la reina del mundo, pero la fuerza es su tirana.»<sup>11</sup>

Varios siglos antes de Jesucristo, el sabio inspirado observaba ya que el hombre es tal como son los pensamientos en su alma (Proverbios 23:7). Sin ningún género de dudas, nuestra vida toma la dirección de nuestros pensamientos. Por eso el apóstol Pablo invita a los cristianos a «llevar todo pensamiento cautivo a la obediencia de Cristo» (2 Corintios 10:5; BJ) ¡De nuevo habrá que conocer el pensamiento de Cristo! La historia, en efecto, está determinada una vez más por lo que piensan los humanos y por lo que creen. En consecuencia, mientras la guerra se conciba como necesariamente integrada en el orden de las cosas, seguirá siendo inevitable. Esto quiere decir que la responsabilidad es de los que dirigen «la cosa pública» y más aún de quienes toman parte en la formación de las conciencias y opiniones. A los representantes de la iglesia les atañe en primer lugar. Una orden fue dada por Dios, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, Dios de los judíos y de los musulmanes, el Dios de Jesucristo y de los cristianos: «No matarás» (Éxodo 20:13; BJ). El mero

---

<sup>9</sup> Ibid., p. 19.

<sup>10</sup> Ibid., p. 66. Véase UNESCO, «Constitución de la UNESCO», Londres, 16 de noviembre de 1945, (en línea: UNESCO, [http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL\\_ID=15244&URL\\_DO=DO\\_TOPIC&URL\\_SECTION=201.html](http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=15244&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html) [16 febrero 2014]).

<sup>11</sup> Blaise PASCAL, *Pensées*, ed. de Brunshvicg, 311 (en línea: *Les Pensées de Blaise Pascal*, <http://www.penseesdepascal.fr/Raisons/Raisons20-approfondir.php> [31 enero 2014]). Ed. esp.: *Pensamientos*, 7.<sup>a</sup> ed. (Madrid: Espasa Calpe, 1940), Sección IV, 311 (en línea: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/pensamientos--1/html/ff08eee4-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/pensamientos--1/html/ff08eee4-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html) [31 enero 2011]).

respeto a este mandamiento podría cambiar la faz del mundo. Pero ¿quién es el lector que se detendrá, leerá de nuevo esta frase, se pondrá la cabeza entre las manos y se preguntará en qué medida le atañe también a él? ¿Dos palabras para cambiar la faz del mundo?

Convengamos en que la violencia nunca ha sido criticada de un modo tan general como en la actualidad. Y es reconfortante. Las agresiones, violaciones, capturas de rehenes, asesinatos suscitan la indignación pública. Cómo no saludar el texto acerca de «la promoción de la justicia en el mundo», adoptado por el sínodo de obispos católicos y promulgado por Pablo VI en 1971:

«Es absolutamente necesario que las diferencias entre naciones no sean resueltas por medio de la guerra, sino que se encuentren otros medios conformes a la naturaleza humana; que se favorezca, además, la acción no violenta y que cada nación reconozca legalmente la objeción de conciencia y le dé su estatuto».<sup>12</sup>

Lenguaje absolutamente nuevo, al que rindo homenaje, lamentando que hoy la iglesia no renuncie más sistemáticamente a la violencia que ayer. Juan Pablo II lo precisó en febrero de 1991, diciendo que su oposición a la guerra del Golfo no era más que un rechazo circunstancial y no una oposición de principio. De hecho, el recurso a la fuerza es cada vez más frecuente. Ahora bien, el poder es una fuerza ciega, el poder intoxica. Cuanto más fuerte es uno, más tentado está a recurrir a la fuerza. ¿Cuándo aceptará el hombre luchar por ser el mejor, y no el más fuerte? ¿Cuándo pondrá en práctica la virtud del amor?

Esta es la orientación que me atrevo a sugerir en este ensayo. Mi propósito no es enfocar el problema en todo su conjunto. Apuntaremos a un solo aspecto que es de orden espiritual: ¿cuál es la voluntad de Dios en lo que concierne a la violencia? ¿Cuál es su actitud? ¿Qué enseñanza encontramos en la Biblia acerca de ello? De ese libro se dice que es «la tradición de un pueblo que recibió una Palabra que es palabra de salvación, es decir, una palabra que da sentido a la vida a pesar de la muerte».<sup>13</sup>

Ahora bien, la lectura de la Biblia no confirma esta impresión. ¡Ojalá fuera así! Al contrario, muchas páginas están impregnadas de violencia. Hasta tal punto, que muchos cristianos sinceros repudian la Biblia como

---

<sup>12</sup> *Justitia in mundi*, 68.

<sup>13</sup> Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu* (París: Robert Laffont, 1978), p. 57.

libro divino. Se puede afirmar perentoriamente que la primera crítica, y la más constante, de las que se hacen a la Biblia, reside en la impresión que da de favorecer la violencia. No hay nada más grave, pues la violencia es el primer mal que sufren los seres humanos.

¿Admite Dios la violencia? ¿Es favorable a la guerra? ¿Existen guerras santas? ¿Qué debemos pensar de las carnicerías sagradas del Antiguo Testamento? ¿Qué quiere decir el sexto mandamiento? ¿Es verdad que el Nuevo Testamento presenta a un Dios de amor y ternura, al contrario que el Antiguo Testamento, que parece describir un Dios de violencia? ¿Hay dos morales en la Biblia? ¿Se puede justificar la guerra cuando uno es cristiano? ¿Se puede amar y matar? Son preguntas cruciales. No es una discusión académica. Mi padre fue herido en la Primera Guerra Mundial y perdí a mi madre durante la Segunda. Así pues, viví el problema antes de reflexionar sobre él.

¿Se puede amar y matar? La respuesta de Jesús es totalmente clara:

«Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro padre celestial.» (Mateo 5: 44-48; BJ).

Examinaremos de cerca esta enseñanza. Pero, para empezar, me parece oportuno que nos detengamos en dos observaciones que se suelen hacer los cristianos ante esta cuestión. Unos dicen que el Antiguo Testamento es favorable a la violencia, mientras que el Nuevo se opone a ella; otros pretenden que el sexto mandamiento: «No matarás», no atañe a la guerra.

¿Existe contradicción entre los dos Testamentos? De entrada, parece difícil aceptarlo, ya que es el mismo Dios el que ha inspirado toda la Biblia. Si el Dios de Jesucristo es un Dios de amor y ternura, el Dios del Antiguo Testamento debe ser también un Dios de amor y ternura, puesto que Jesús no tenía más que el Antiguo Testamento a su disposición para hablar de Dios. Es importante estudiar esto con detenimiento.

¿No hay que hacer una distinción entre la prohibición de cometer homicidios y el hecho de matar de un modo general? La pena de muerte,

jurídicamente decidida, y la guerra justa o defensiva ¿están contempladas en el sexto mandamiento? ¿Se puede vivir en este mundo rehusando la protección de las armas? La mayoría de los cristianos consideran un deber sagrado participar heroicamente en la guerra para defender a su país cuando es atacado. En un ámbito tan vital, sería insensato dictar normas a la ligera. Y, cualquiera que sea la conclusión a que se llegue, habrá que evitar defenderla de una manera polémica. La falta de humildad, en esta ocasión, es ya deslizarse al terreno de la violencia.

Diremos, en primer lugar, por qué ambos argumentos deben ser superados. A continuación, trataremos de comprender mejor a Dios, su actitud y su enseñanza a propósito de la violencia, especialmente cuando engendra la guerra. Según Jesús, conocer a Dios es tener la vida eterna (Juan 17:3). Semejante afirmación basta para alentar nuestra búsqueda. El horror, la sangre y las lágrimas acompañan la marcha de la humanidad. Creo profundamente que no hay nadie que sufra tanto por eso como el mismo Dios, pues «Dios es amor», y no presenta diferentes caras (Santiago 1:17-18).

## Capítulo II

# Un solo Dios y dos Testamentos

### 1. Importancia del Antiguo Testamento

Muy pronto apareció en el seno de la iglesia la tentación de desacreditar el Antiguo Testamento. Ya en el siglo II, Marción quería excluirlo del canon<sup>14</sup> de la Biblia. Los liberales del siglo XIX tenían la misma tendencia. De manera análoga conviene señalar los trabajos de Bultmann, exégeta del Nuevo Testamento. Para él, la existencia del ser humano transcurre bajo el dominio de la ley y es el Evangelio el que lo libera de ello. En consecuencia, el Nuevo Testamento nos libera del Antiguo. Desde entonces, han sido muchos los teólogos que han reaccionado mostrando que la iglesia no puede permanecer fiel a su Señor sin aceptar el Antiguo Testamento, como Jesús mismo lo hizo y también sus apóstoles.

Thomas Römer, profesor de Antiguo Testamento en Lausana, concluye un libro que trata de Dios con estas palabras:

«Así pues, está fuera de duda que el Dios de los Evangelios o de Pablo es el mismo Dios de los autores de la Biblia hebrea. Por otra parte, las preguntas que nos hemos planteado con respecto al Dios del Antiguo Testamento se le podrían plantear, de un modo u otro, al Dios del Nuevo Testamento. ¿Dios es macho? El Nuevo Testamento suele presentar a Dios como “padre” con más frecuencia aún que el Antiguo. ¿Dios es cruel? Al igual que el Antiguo Testamento, el Nuevo contiene determinados textos que aparentemente muestran cierta crueldad divina (por ejemplo, Hechos 5, en el que Dios hace que mueran dos cristianos que habían cometido fraude en una transacción inmobiliaria). ¿Dios es guerrero? Como hemos visto, el Apocalipsis de Juan vuelve al tema del Antiguo Testamento de la guerra contra los impíos. ¿Dios es comprensible? El Nuevo Testamento, igual que el Antiguo, no es ajeno a la idea de retribución (por ejemplo, Romanos 2:5-6: “el juicio justo de Dios, que pagará a cada uno según sus obras”), pero tampoco a la vehemente crítica de este concepto en los relatos de las curaciones de Jesús (por ejemplo, Juan 9), o en la afirmación paulina de la justificación

---

<sup>14</sup> Canon: conjunto de textos bíblicos que se consideran inspirados por Dios.

por la fe. Ambos Testamentos insisten en la libertad de un Dios impenetrable que es misericordioso con quien quiere serlo y tiene compasión de quien bien le parece. (Éxodo 33:19, citado en Romanos 9:15).»<sup>15</sup>

J. Bright, por ejemplo, escribe de modo inmejorable:

«Es imposible no aceptar el hecho de que [...] el Antiguo Testamento era sin duda la Escritura que tenía autoridad para el propio Jesús. No conocía más Escritura que esa, no conocía sino al Dios del Antiguo Testamento, y a ese Dios es a quien llamaba “Padre”. Es verdad que Jesús hizo un uso soberanamente libre de la Escritura, según su conveniencia. Pero su obra en ningún momento sugiere que se podría tranquilamente dejar a un lado el Antiguo Testamento. Muy al contrario, las Escrituras constituían para él la clave de la comprensión de su persona. Le oímos declarar en muchas ocasiones que las Escrituras dan testimonio de él y se cumplen en él. En ningún lugar sus palabras muestran que le escandalice el Antiguo Testamento. No adoptó tampoco una actitud polémica con respecto a él (aunque sí lo hizo, en cambio, con respecto a los dirigentes religiosos de su tiempo y a sus interpretaciones).

»Lo que encontramos muy interesante y a la vez un poco extraño es que, si bien nuestros sentimientos cristianos se ofuscan a veces al leer el Antiguo Testamento, esto nunca ofuscó los “sentimientos cristianos” de Jesús. ¿Existe verdaderamente la posibilidad de que nuestra sensibilidad ética y religiosa sea más susceptible que la suya? ¿O será que nuestra idea del Antiguo Testamento y de su Dios difiere de la suya? El hecho mismo de que el Antiguo Testamento fuese para él la norma escrita a partir de la cual se comprendía a sí mismo (sea cual fuere la manera de interpretar la conciencia de uno mismo) y comprendía a Dios, ¿significa que el Antiguo Testamento debe ser, de algún modo, Escritura normativa también para nosotros, a menos que queramos comprender a Jesús de manera distinta de como él se comprendía a sí mismo y de como lo ha comprendido el Nuevo Testamento?»<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> Thomas RÖMER, *Dieu obscur: Le sexe, la cruauté et la violence dans l'Ancien Testament* (Ginebra: Labor et Fides, 1998), p. 131.

<sup>16</sup> John BRIGHT, *The Authority of the Old Testament* (Londres: SCM Press, 1967), pp. 77 ss.

No podría expresarse mejor. Es un fragmento muy denso y de reflexión madura. La fidelidad a Jesucristo requiere con toda seguridad el respeto al Antiguo Testamento.

Pero la verdadera cuestión consiste en saber si lo estamos leyendo de la manera correcta. Es un asunto complejo y merece la atención más cuidadosa. Sin pueriles juegos de palabras, tenemos que decir que aquí está en tela de juicio nuestra comprensión de la Palabra de Dios. No se puede leer con provecho el Antiguo Testamento sin respetar ciertos principios.

### 2. Antigua y Nueva Alianza

¿En qué consisten, de hecho, los dos Testamentos de la Biblia? La palabra *testamento* puede inducir a error, ya que designa en nuestra lengua las últimas voluntades de un difunto. Nada semejante se encuentra en las lenguas de la Biblia. La palabra hebrea *berit*, al igual que la griega, *diatheke*, significan «alianza». Así pues, la Biblia contiene las cláusulas de la antigua alianza concertada con el pueblo de Israel y las de la nueva alianza establecida con la iglesia fundada por Jesús. Se trata precisamente de la revelación de Dios a los seres humanos, indicando el camino a seguir para recuperar la vía verdadera y la auténtica felicidad. Palabra de salvación que da sentido a la existencia, a pesar del tránsito inevitable por la muerte.

Dios estableció alianza primero con los patriarcas: Noé (Génesis 6:18); Noé y sus hijos (Génesis 9:9); Abrahán (Génesis 15:1 y ss.); Jacob (Génesis 28:15 y ss.); después, con Moisés, a quien confió las palabras de la alianza (Éxodo 32:27-28). Al establecer alianza con Israel, Dios decide ser su Dios, lo elige, lo adopta para convertirlo en su pueblo (Éxodo 6:7; Levítico 6:1 y ss.; Isaías 51:16; Jeremías 13:11); a cambio, Israel se compromete a obedecer la ley, documento de la alianza (Éxodo 19:1 y ss.; 20:1 y ss.; Deuteronomio 5:1 y ss.).<sup>17</sup> Es lo que se llama la dispensación judía.

Cuando nació Juan el Bautista, su padre, Zacarías, lleno del Espíritu Santo, profetizó integrando el próximo nacimiento de Jesús en la santa alianza con Abrahán (Lucas 1:72). Pero la Epístola a los Hebreos enseña con claridad que la alianza entre Dios y los seres humanos concluida en Jesucristo es una alianza nueva (Hebreos 8:8), de mayor excelencia (He-

---

<sup>17</sup> Cf. Bernard GUILLIERON, *Dictionnaire biblique* (Paris: Éd. du Moulin, 1990), p. 17.

breos 7:22). Esta alianza nueva, anunciada por Jeremías (31:31-34) y por Ezequiel (36:22-36) sustituye a la otra, que necesitaba una reforma (Hebreos 9:10). Jesús funda la nueva alianza al instituir la santa cena. Al ofrecer el fruto de la vid a sus apóstoles, declara: «Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros» (Lucas 22:20). Hay, pues, continuidad entre ambas alianzas, la segunda aporta una actualización de la primera. Es la dispensación cristiana que toma el relevo de la israelita.

El apóstol Pablo emplea la expresión «Antiguo Testamento» para designar el libro que contiene los escritos de la antigua alianza (2 Corintios 3:14). Cuando afirma rotundamente la inspiración de las Escrituras (2 Timoteo 3:16), está pensando en el Antiguo Testamento ya que el Nuevo Testamento no existía aún. A partir del siglo II después de Jesucristo se llama «Nuevo Testamento» a los diversos escritos relativos a la nueva alianza.

En latín, la palabra griega *diatheke* fue traducida por *testamentum*, término que significa «documento escrito de carácter oficial», es decir, tanto tratado de alianza como testamento. Así, la alianza que Dios selló con el hombre al tomar forma humana en Jesucristo adoptó también el sentido actual de testamento, pues como dice la Epístola a los Hebreos, el acceso a la herencia eterna (Hebreos 9:15-17) no fue posible sin la muerte de Cristo. Gracias a la Biblia disponemos de todas las informaciones necesarias para entrar en relación con Dios y para mantener con él una comunión viva.

### 3. ¿Y si la historia de la Iglesia se nos relatara como la de Israel?

En verdad, toda tentativa de eliminar, descuidar o desacreditar el Antiguo Testamento resulta de un falso concepto y conduce a mutilar la revelación de Dios. En cambio, es importante saber que las dos colecciones de escritos vieron la luz bajo unas circunstancias muy distintas. Se puede admitir que el Antiguo Testamento fue compuesto en un espacio de alrededor de mil años, mientras que bastó con unos cincuenta años para dar vida al Nuevo. Durante esos mil años el pueblo de Israel vivió numerosas guerras, descritas en los textos según las costumbres y convicciones de la época. Imaginemos por un instante que la redacción del Nuevo Testamento también se hubiera extendido durante un largo período. Junto a la historia de Israel en el Antiguo Testamento, tendríamos recogida en el Nuevo Testamento una parte importante de la historia de la Iglesia. ¡Cuántos



hechos penosos y llenos de dolor se nos relatarían entonces! Y a menudo atribuidos, por parte de los cristianos implicados, a la fidelidad a Dios y a Jesucristo.

Recordad, por ejemplo, la llamada a los caballeros a enrolarse en la primera Cruzada en 1095: «Partid, con la seguridad de la gloria imperecedera que os espera en el Reino de los cielos [...] Cuando os lancéis con belicosa impetuosidad contra vuestros enemigos, que se haga oír por todas partes en el ejército del Señor este único grito: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»<sup>18</sup> ¿Y si leyéramos esto en el Nuevo Testamento?

He aquí lo que puede leerse en un libro escrito por un especialista de historia medieval acerca de la guerra santa:

«1095: la llamada del papa Urbano II en Clermont abre una nueva era, la de las cruzadas. Durante varios siglos opondrá la cristiandad al mundo musulmán por la posesión de Jerusalén y los Santos Lugares. Al dirigirse en forma directa a los cristianos de Occidente para incitarles a ir a liberar el Santo Sepulcro, en manos de los musulmanes desde el año 738, el papa está creando algo nuevo. Está sentando los fundamentos de una verdadera institución cuyos ritos, modalidades y privilegios irán estableciendo poco a poco sus sucesores. [...] La cruzada aparece entonces como un punto de inflexión en un lento proceso que ve cómo se lleva a cabo una verdadera revolución doctrinal que conduce a la Iglesia de la no violencia, profesada en los orígenes, al uso sacralizado y meritorio de las armas. Desde entonces se va esbozando una nueva lectura de la cruzada, que pone el énfasis en una dimensión fundamental a la que hoy día no se concede la suficiente atención, la de la guerra santa, que coincide con ciertos aspectos de la yihad.»<sup>19</sup>

A modo de ejemplo, citemos, en el siglo XII, a san Bernardo de Clairvaux, que exclamaba en un discurso en alabanza de la milicia: «La muerte que se da o se recibe por Cristo no comporta, por una parte, nada criminal y, por otra, merece una gran gloria. Matar a un enemigo por Cristo es ganárselo por Cristo y para uno mismo. [...] El soldado de Cristo mata

---

<sup>18</sup> Fragmento del discurso atribuido al papa Urbano II por un cronista de la época, Robert LE MOINE. Citado por Christian MELLON, *Éthique et violence des armes* (Paris: Éditions Assas, 1995), p. 36-37.

<sup>19</sup> Jean FLORI, *La guerre sainte: La formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien* (Paris: Aubier, 2001), p. IV.

con seguridad y muere aún con mayor seguridad.»<sup>20</sup> Sí, habéis leído bien. A quien así habla la iglesia le considera santo. Le llaman san Bernardo. El clima es el mismo que en el Antiguo Testamento. Leed de nuevo la historia de la iglesia desde sus inicios hasta la Edad Media. Encontraréis muchas herejías y muchas guerras llamadas santas. Todo ello vivido con la seguridad de estar cumpliendo con la voluntad de Dios. Haremos bien en recordar esto al leer el Antiguo Testamento, donde la descripción de los acontecimientos diarios está íntimamente ligada a las llamadas de Dios al arrepentimiento.

En verdad, si a la historia de Israel se la llama historia sagrada es porque relata cómo vivió el pueblo elegido de Dios. No tiene nunca la pretensión de ser moralmente perfecta y normativa. Por eso hay que aprender a descifrar en dicha historia qué viene de Dios y qué viene de los hombres, lo que es revelación y, por consiguiente, normativo, y lo que es historia, y en consecuencia sujeto a la crítica. Volveremos más adelante sobre ello.

#### 4. Lectura literaria del Antiguo Testamento

Acabamos de decir que los autores del Antiguo Testamento integran la revelación de Dios en la historia del pueblo de Israel. Otro concepto totalmente distinto es digno de mención. Está presente, entre otros, en el libro de Jacques Cazeaux *Le refus de la guerre sainte* [El rechazo de la guerra santa].

Estudiando los libros de Josué, de los Jueces y de Rut, el escritor propone «una crítica literaria en el sentido francés de la palabra. En ella se muestra que dichos libros no son solamente archivos sino tesis surgidas del fracaso de la monarquía, o más bien profundas profecías, dramas magníficos y desgarradores, una antiepopéya».<sup>21</sup> No estamos lejos de la novela histórica.

Ya desde el prólogo, el autor precisa su método.

«Entre el cuestionamiento de la entrada en Canaán sin el talismán de la Ley, según el Deuteronomio, y la conquista triunfante de Canaán por el ejército invencible de los hijos de Dios, como parece presentarlo el libro de Josué, la elección también está dictada por

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 37.s

<sup>21</sup> Jacques CAZEAUX, *Le refus de la guerre sainte* (Paris: Cerf, 1998), p. IV.

un reflejo místico, según que uno proyecte en la lectura la comprensión heroica y nacionalista o, al contrario, una profecía comedia y de duda. Ahora bien, en la encrucijada de estas dos opciones, el libro de Josué combate la epopeya.»<sup>22</sup>

«La Biblia, escrita de nuevo mucho después del exilio y sin duda en medio de una helenización que deseó negar, predica una religión mediante una política. Predica más bien contra una política de centralización.»<sup>23</sup> Así pues, podría ser que la Biblia no hubiera sido escrita hasta el siglo IV, incluso el siglo III, antes de Jesucristo. Desde esta perspectiva podríamos admitir que el autor del libro de Josué no conocía mejor que nosotros la historia de Jericó.

«Todo el contenido histórico del libro de Josué sería una materia y ya no una forma. La guerra santa de los capítulos 1 a 12 podría tomarse entonces como una proyección mental, una idea límite, destinada a situar algo más que a sí misma.»<sup>24</sup>

De hecho, para nuestro autor: «Conviene desenterrar la Biblia de las arenas de la verificación arqueológica, pues más numerosas serán las concordancias con la historia y mayor peligro sería dejar lo cierto por lo dudoso.»<sup>25</sup> Esto es especialmente cierto con respecto a Jericó. Lo que cuenta es saber qué hace la Biblia con las informaciones que utiliza. Esta intención actúa incluso en el estilo. «¿No puede suceder que la Biblia haya revisado la historia, o inventado, o dado la vuelta, con fines de verdad?»<sup>26</sup>

Cazeaux está convencido de que:

«...las verdaderas guerras de religión son propias del Islam y de una Europa mal convertida al judeocristianismo. El Israel de la Biblia queda indemne. Pues la Biblia es un libro tardío donde la historia está replanteada dentro de una profecía distinta de los hechos. Las guerras de la conquista de Canaán tienen en ella una función de mito, de un recuerdo impreciso de lejanas realizaciones históricas, que a su vez pueden ser vagas o precisas, y que pueden haberse

---

<sup>22</sup> Ibid., p. 7.

<sup>23</sup> Ibid., p. 11.

<sup>24</sup> Ibid., p. 57.

<sup>25</sup> Ibid., p. 8.

<sup>26</sup> Ibid.

percibido a través de un cristal deslustrado de una ideología, de una teología moral en este caso. Ahora bien, aquí la ideología extrae exactamente lo contrario de una epopeya. Rehúsa la guerra santa. Propone la paz para todos y reclama para cada uno la exigencia de la Ley». <sup>27</sup>

«En cada libro bíblico una forma literaria, segura pero diversificada de uno a otro texto, repite las violencias de la vida y de la política, pero apoyándose en las notas, obstinadas hasta la obsesión, de una exhortación a la paz, a rechazar la voluntad de poder. El modo que tuvo Jesús de rechazar tanto la milicia como la realeza no fue innovando sino siendo un justo escriba y rabino de lo que llamamos el Antiguo Testamento.» <sup>28</sup>

Esta conclusión es interesante. Retenemos con entusiasmo el rechazo a la violencia. El Dios de Jesucristo no puede consentir la violencia. No obstante, no puedo estar con Cazeaux cuando niega la historicidad del Antiguo Testamento. El interés particular de la Biblia y lo que constituye su valor excepcional es, en efecto, que no es una filosofía que navega por lo abstracto o una literatura imaginaria, sino una revelación divina sólidamente anclada en la historia.

La arqueología, puesta al servicio de la Biblia, no ha dejado ni un momento de esclarecer relatos que parecían dudosos u oscuros. Una serie de descubrimientos recientes sirven incluso de fundamento histórico al libro del Éxodo, cuya figura central es Moisés. Así pues, sin dudarlo prefero la lectura histórica, tan reveladora, a la lectura literaria, tan subjetiva y poco segura.

No es menos cierto que la lectura histórica de la Biblia suele suscitar indignación, salvo que los textos que provocan rechazo no se acepten pasiva e ingenuamente en nombre de la fe.

Pero pocos son los que aceptan esa sumisión incondicional a una autoridad, cualquiera que esta sea. El mismo apóstol Pablo recomienda examinar todas las cosas y retener lo que es bueno (1 Tesalonicenses 5:21).

El famoso principio «creer para comprender» no debe, por cierto, eliminarse. Nadie probará nunca la existencia de Dios. El acto de fe es

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 10.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 247.

indispensable. «Por la fe sabemos que el universo fue creado por la palabra de Dios» (Hebreos 11:3; BJ). No obstante, es recomendable cuestionar los textos, sobre todo cuando refieren la historia del comportamiento de los hombres.

Por lo que a mí respecta, tengo la convicción íntima de que la Biblia viene de Dios. Pero, con el tiempo y la experiencia, he llegado a comprender que no conviene leerla de cualquier manera. A veces es peligroso comprenderla en su sentido inmediato. Pero esto plantea un grave problema. ¿Cuándo hay que aceptar el sentido literal y cuándo optar por el sentido simbólico?

Existen reglas que ayudan a establecer la distinción. Se llaman hermenéutica.<sup>29</sup> Son especialmente importantes para comprender el Antiguo Testamento, donde hay que aprender a distinguir entre lo que viene de Dios y lo que viene de los hombres. En materia de violencia, es importante no confundir lo que hace Dios y lo que en su nombre hacen los hombres. Confundir lo uno con lo otro llevaría a conclusiones inaceptables.

Tomas Römer escribe algo que viene muy a cuento: «En un contexto en el que los discursos integristas, ya se apoyen en la Biblia o en el Corán, vuelven a aflorar a la superficie de manera inquietante, es imposible ignorar algunos textos que presentan a Dios como si violara los derechos humanos o como limpieza étnica.»<sup>30</sup>

En efecto, son muchos los textos que suscitan protestas de nuestra parte porque están al servicio de la violencia más inmoral. Pienso en los salmos llamados de venganza, que contiene deseos verdaderamente escandalosos. Entre muchos otros, el ejemplo más revelador es el Salmo 137, escrito cuando los judíos estaban en el exilio en Babilonia.

Así es como concluye: «¡Hija de Babilonia, prometida a la devastación, bienaventurado el que te trate como tú nos has tratado! ¡Feliz quien se apodere de tus niños de pecho y los estelle contra las rocas!» (Salmo 137:8-9, versión de T. Römer). Este texto expresa sentimientos inhumanos cuya presencia en la Biblia nos sorprende. No son, con toda certeza, normativos. Expresan sentimientos humanos y no la voluntad de Dios. En este orden de cosas, se impone una distinción de capital importancia.

---

<sup>29</sup> Hermenéutica: viene del griego *hermeneuô*, que significa «traducir», «interpretar».

<sup>30</sup> Thomas RÖMER, *Dieu obscur...*, op. cit., p. 1.

## 5. El juicio de Dios

¿Cómo podrían confundirse los pasajes que refieren el juicio de Dios con los que describen la conducta de los hombres? Solo Dios tiene derecho de vida y de muerte en el seno de su creación. Porque en él tenemos la vida, el movimiento y el ser (Hechos 17:28). Él es el único que conoce a fondo todos los principios que presiden la vida, sea del cuerpo, del alma o del espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). Aunque es el Creador, la libertad que brinda generosamente a los hombres le obliga a solicitar de ellos una fiel colaboración. Para proteger la vida, hay que eliminar todo aquello que la pone en peligro. Por eso el comportamiento de los hombres está sometido al juicio de Dios.

Cuando se trata del diluvio, al que Römer alude diciendo que Dios anega su creación, conviene remitirse al texto:

«El Eterno vio que la maldad de los hombres era mucha en la Tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solo el mal [...] A la vista de Dios, la Tierra se había corrompido y estaba llena de violencia. Miró Dios la Tierra y vio que estaba corrompida, que la gente toda había corrompido su camino sobre la Tierra.» (Génesis 6:5,11-12, NRV).

Dios había dado una advertencia: «No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne» (Génesis 6:3; BJ).

Tened en cuenta la fuerza de la afirmación. Todos los pensamientos, todos los días, estaban vueltos únicamente hacia el mal. Se puede considerar el diluvio como una autodestrucción. Hay un refrán que dice que el tiempo acaba siempre vengándose de lo que queremos hacer sin él. Lo mismo sucede con las leyes. La vida es imposible sin el respeto a las leyes. Y no existe ninguna creación que no las tenga. En consecuencia, nadie puede vivir sin respetar esas leyes. No se pueden transgredir impunemente. Así, cuando Dios dice a Noé: «Veo que todo lo que vive tiene que terminar, pues por su culpa la tierra está llena de crímenes; los voy a exterminar con la tierra» (Génesis 6:13), el texto no describe necesariamente una intervención personal y directa de Dios para hundir en las aguas toda su creación. Otra comprensión se impone a mis ojos. El diluvio es resultado normal del comportamiento de los seres humanos.

Dios reacciona ante las actitudes que adoptan los hombres en el seno de la relación que ha trabado con ellos. En su alianza con los humanos, la

gracia prometida es condicional. No puede ser de otro modo, precisamente porque Dios es Dios. La prosperidad se percibe como signo de su benevolencia. Dios cumple sus promesas. La desgracia, por el contrario, es signo de su «ira», de acuerdo con las amenazas de la alianza (Deuteronomio 28:25-68). En esta perspectiva, los profetas anuncian también un día en que la ira de Dios se manifestará de forma definitiva contra su pueblo pecador.

Este juicio está anunciado tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. «Cerca está el gran día del Eterno. [...] Día de ira ese día, día de angustia y aflicción, día de ruina y desolación, día de tinieblas y oscuridad, día nublado y tenebroso [...] Atribularé a los hombres y sudarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor» (Sofonías 1:14-18, NRV).

Y he aquí el mismo mensaje en el Nuevo Testamento: «En efecto, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia» (Romanos 1:18; BJ). «Y la misma palabra tiene reservada para el fuego, el cielo y la tierra de ahora, guardándolos para el día del juicio y de la ruina de los impíos. [...] El día del Señor llegará como un ladrón, y entonces los cielos acabarán con un estampido, los elementos se desintegrarán abrasados y la tierra y todo lo que se hace en ella desaparecerá» (2 Pedro 3:7-10).

Realmente, Dios no sería Dios sin esta ira, a condición, claro está, de que no confundamos esta ira con la de los hombres. En Dios no se encontrará, en absoluto, una falta de control debida a la agresividad ciega o a pulsiones pasionales. Su ira no es otra cosa que su repulsa debida al mal. No puede soportar el pecado. «Tus ojos son demasiado puros para estar mirando el mal» (Habacuc 1:13). Y para experimentar esta actitud la Biblia emplea un antropomorfismo.<sup>31</sup> El rechazo al pecado provoca una reacción que los humanos llaman ira. Pero en Dios esta ira es parte integrante del amor. Es necesaria para proteger el bien y la justicia. Si sucede que Dios toma la vida, es por proteger la vida.

La ira es condenable cuando perjudica a otro, o cuando daña a quien la provoca. En Dios la ira interviene con paciencia —él es lento a la ira (Éxodo 34:6)— para proteger a las víctimas del mal. El pecado acarrea la muerte, por consiguiente Dios no puede verlo y permanecer impasible. Si

---

<sup>31</sup> El antropomorfismo es una imagen extraída del comportamiento de los hombres.

no, no sería él quien finalice la historia. La creación escaparía a su control.

Como resultado de leyes que proceden de él, Dios está presente en el corazón de la creación. Es lo que se llama la inmanencia de Dios. A la obediencia de los hombres, la voluntad de Dios responde con la bendición. A su desobediencia, corresponde la maldición. Todo esto está inscrito en las leyes del universo. ¿Puede uno quejarse? ¡Sería una insensatez! La noción de juicio no debe espantarnos o rebelarnos. Es una noción vital. Si es cierto que pone en evidencia el señorío de Dios, también lo es que destaca el valor del hombre. No se invita al hombre a capitular ante un tirano que decide todo de manera arbitraria. Se le llama a responder de sus actos. La dignidad de la vida reside precisamente en el acceso a la responsabilidad. Un día, nuestra vida será juzgada. Hoy sufrimos la alteración general y, a menudo, de un modo injusto e indignante.

Durante cierto tiempo, Dios es paciente y deja que las cosas ocurran. Pero alguna vez interviene. La Biblia muestra algunos ejemplos: el diluvio, la destrucción de Sodoma y Gomorra, el combate con los egipcios frente a Moisés, los habitantes de Canaán. En todos estos casos, brinda su gracia el mayor tiempo posible. Pero hay un umbral que no se puede traspasar. En ese nivel, la gracia es imposible. Hay una conversación de Dios con Abrahán antes de la aniquilación de Sodoma y Gomorra que es reveladora en este sentido. Si hubiera habido diez justos, a esas ciudades invadidas por el pecado se las podría haber perdonado. En el caso del diluvio había ocho justos. En el caso de Sodoma, quedaba la familia de Lot. Dios, en su gracia, reconoce siempre a los suyos cuando aparece la necesidad de juicio.

El caso de los egipcios es interesante. Dios no podía salvar a Israel, conforme a sus promesas, sin perder a quienes se oponían obstinadamente a su gracia. Así pues, hizo honor a sus compromisos. La situación es idéntica con los habitantes de Canaán. Este caso es especialmente revelador, gracias a las precisiones del texto.

Cuando Dios prometió a Abrahán que daría a sus descendientes el país de los amorreos, precisó que tendrían que esperar cuatrocientos años (Génesis 15:13), tiempo de gracia ofrecido a los amorreos. Y dijo Dios al patriarca: «Tú, en tanto irás en paz con tus padres, serás sepultado en buena ancianidad. Y a la cuarta generación volverán ellos acá; porque hasta entonces no se habrá colmado la maldad de los amorreos (Génesis



15:16; BJ). Dicho de otro modo, los amorreos no serían destruidos antes de que llegara para ellos la hora del juicio, de acuerdo con la justicia de Dios.

La intención del Señor es clara. El país de Canaán está destinado a los israelitas porque la maldad de sus habitantes llega a su punto culminante. Pero un tiempo de gracia, relativamente largo, se les ofrece a dichos habitantes. Solo debían ser destruidos aquellos que se negaran a aceptar la llamada de Dios. Una vez más, estamos ante un juicio que permite salvar la vida al mundo. Por desgracia, Dios se ve obligado a suprimir a los que destruyen la imprescindible armonía vital.

En este punto permítaseme adelantar una hipótesis. Si los hijos de Abrahán hubieran sido fieles probablemente Dios habría cuidado de resolver él mismo los problemas. La entrada en Canaán es significativa a este respecto. El paso del Jordán y la toma de Jericó son obra de Dios. La parte que corresponde al hombre se reduce a la fe (Hebreos 11:30).

Pero el ser humano sigue llevando consigo una parte de sombra que intenta manifestarse. Lamentablemente, el éxito se sube pronto a la cabeza de los vencedores. La soberbia hace que surjan las armas ante Hai. Pero los hebreos son vencidos. Cómo me gustaría saber en qué modo se habrían desarrollado los acontecimientos si los hijos de Dios hubieran sido fieles, evitando la violencia. Pero no se puede volver atrás y rehacer la historia.

En este punto se impone una observación de la mayor importancia. La historia se desenvuelve de un modo distinto según que los humanos se dejen conducir por Dios o no tengan en cuenta su voluntad. Los cristianos deben saber hoy que Dios no reina. En la oración que Jesús propone a los apóstoles, que le habían pedido que les enseñara a orar, Jesús dice: «Santificado sea tu nombre, venga tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10; BJ).

Jesús revela así tres verdades fundamentales: Dios es mal conocido; no es él quien reina, pues Satán es el príncipe de este mundo; su voluntad es burlada. La situación que resulta de ello está descrita con lucidez: «Las naciones se habían encolerizado, pero ha llegado tu ira y el tiempo de que los muertos sean juzgados, al tiempo de dar recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra» (Apocalipsis 11:18; BJ).

Vivimos, pues, un tiempo de desorden y de angustia. La crucifixión de Jesús es la mayor y la más grave desobediencia de los humanos. El mundo que ha rechazado a Dios en Jesucristo está destinado a ser juzgado. Mientras tanto, este mundo es asolado por la violencia.

## 6. El amor y la justicia de Dios

Al estudiar los dos Testamentos, podemos observar aún que el amor de Dios está descrito en el Antiguo con tanta intensidad como en el Nuevo, y que de la ira de Dios se habla en el Nuevo con tanta severidad como en el Antiguo. Atribuir la violencia al Antiguo Testamento y el amor al Nuevo Testamento no tiene fundamento alguno.

Por cierto, la declaración de Juan 3:16 (versión Biblia de Jerusalén) constituye el fundamento de la Revelación completa: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna». Pero ¿puede hallarse una expresión más conmovedora del amor de Dios que en el libro del profeta Isaías, más de siete siglos antes de Jesucristo?: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada» (Isaías 49:15-16; BJ). Es una elocuencia sublime en su ingenuidad.

En cuanto a la severidad de Dios, esta es la conclusión del capítulo que proclama su amor, que llega hasta a entregar a su Hijo unigénito para salvar al mundo: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que resiste al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece en él» (Juan 3:36; BJ). Son ejemplos que pueden multiplicarse sin dificultad. En Dios, el amor y la justicia son dos facetas inseparables de un solo y mismo carácter. Los encontramos estrechamente unidos en todas partes en que se trata de él en los dos Testamentos.

El apóstol Pablo no duda en asociar la ira de Dios al Evangelio (Romanos 1:16-19). Pero prestemos atención al verdadero sentido de las palabras. Se llama «ira de Dios» a su reacción a todo lo que daña a la armonía de su creación y, en consecuencia, a la verdadera bienaventuranza de los hombres. Su ira es su fuerte reprobación del mal. En verdad, esta ira es una faceta necesaria de su amor. La Epístola a los Hebreos afirma curiosamente que Dios es un fuego devorador (12:29). No nos confundamos acerca de esta declaración. Dios no consume sino las impu-

rezas. La zarza ardiente de Moisés ardía sin consumirse. Y los que atraviesan con Dios el fuego de la prueba están sostenidos por él (Isaías 42:2). Pero el pecado no se le resiste. Para abreviar, la ira de Dios descubre el misterio de la salvación. La Palabra de Dios, bien comprendida, «estalla en chispas al golpe del martillo».<sup>32</sup>

La Biblia toda proclama el amor de Dios. En términos más precisos: identifica a Dios con el amor. Debemos al apóstol Juan una de las frases más cortas que jamás se hayan escrito: «Dios es amor» (1 Juan 4:8) Pero esta frase corta es inagotable. Si Dios es amor, el amor está en todos sus pensamientos, en todas sus palabras y en todos sus actos. Nada de lo que viene de él puede estar desprovisto de amor. Nada que lleve la marca del amor puede estar separado de Dios. El que es amor no puede hacer nada sin amar. En consecuencia, allí donde no veamos el amor en Dios, debemos preguntarnos si hemos mirado bien, si no lo hemos perdido de vista.

Es verdad que en el maravilloso campo de la creación, Satanás ha sembrado la cizaña del mal (Mateo 13: 24-28). Por un solo hombre el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte (Romanos 5:12). La creación toda está sometida a la vanidad. Suspira y sufre dolores de parto (Romanos 8:19-22). La naturaleza se ha torcido. Está llena de disfunciones y disarmonías. El amor de Dios ya no se refleja en ella sin reserva. ¡Bien a su pesar! Nadie sufre por ello más que él mismo. Toda su obra, hasta la cruz y la resurrección, no tiene otro objetivo que el de restablecer el amor.

Una afirmación semejante se impone igualmente a propósito de la historia. Si es cierto que Dios finaliza la historia, no es él quien la dicta. La historia resulta más bien de la voluntad de los humanos, o de su vileza. San Pablo lo afirma con claridad: «[Este Dios], que en las generaciones pasadas, permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos». (Hechos 14:16; BJ). Pero en seguida añade «si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo» (Hechos 14:17; BJ).

Ahora bien, él es amor. Por eso se manifiesta «derramando bienes, enviándoos, desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando vuestros corazones de sustento y alegría...». Un pensamiento idéntico expresa la pluma del profeta Jeremías: «De pronto hablo contra una nación o reino, de arrancar, derrocar o perder; pero si vuelve atrás de su mal aque-

---

<sup>32</sup> Stan ROUGIER, *¡Montre-moi ton visage! Variations sur les Psaumes* (París: Desclée de Brouwer, 1995), p. 10.

lla gente contra la que hablé, y yo también desisto<sup>33</sup> del mal que pensaba hacerle. Y de pronto hablo, tocante a una un reino, de edificar y plantar; pero hace lo que parece malo desoyendo mi voz, y entonces yo también desisto del bien que había decidido hacerle» (Jeremías 18:7-10; BJ). La experiencia de Jonás en Nínive es igualmente significativa. La misión del profeta es anunciar el fin de la ciudad, a menos que se arrepienta. Pero bien, se arrepiente, y en consecuencia no es destruida. En este caso, Dios respeta feliz la libertad de los hombres, pero respeta también nuestra libertad cuando genera la aflicción de su amor.

En definitiva, es posible descubrir el amor de Dios en la naturaleza y en la historia. Según san Pablo, «las cualidades invisibles de Dios, entre otras su poder eterno y su divinidad, son percibidas por el pensamiento, en sus obras, desde la creación del mundo»<sup>34</sup> (Romanos 1:20). Hablando con claridad, no es «a simple vista» como se distingue a Dios en la naturaleza o en la historia. Al contrario, para extraer todas las enseñanzas posibles, es importante aplicar la propia reflexión con oración. Tal es la afirmación de san Pablo.

De ahí se comprende también que el amor no puede evitar el juicio. Ya que el amor sin justicia ya no es amor. Y si Dios es amor, es también justicia (Jeremías 23:6). En esta perspectiva, la luminosa teofanía que se brinda a Moisés, ávido de perdón tras haber roto las dos tablas de la ley escrita por Dios, adquiere todo su sentido: «El Señor bajó en la nube y se quedó con Él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él, proclamando: ¡el Señor, el Señor, el Dios compasivo y clemente paciente misericordioso y fiel, que conserva la misericordia hasta la milésima generación, que perdona culpas, delitos y pecado, aunque no deja impune y castiga la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos!» (Éxodo 34:5-7).

Comprendámoslo bien, esto significa que el amor dura eternamente, mientras que las consecuencias penosas, pero inevitables, de la justicia están limitadas en el tiempo. Nobleza obliga. El hombre libre debe aprender, por las consecuencias de sus actos, si está caminando hacia la vida o hacia la muerte. Por eso el mal lleva en sí la capacidad de autocastigo. Él mismo determina el proceso de la represión. El pecado genera la infelicidad. Dios nos advierte: «Tu maldad te escarmienta, tu apostasía te ense-

---

<sup>33</sup> Aplicado a Dios, este verbo significa «cambiar de planes en función de las circunstancias».

<sup>34</sup> Romanos 1:20, traducción personal literal. La traducción corriente es imprecisa.

ña: mira y aprende que es malo y amargo abandonar al Señor, tu Dios, sin sentir miedo oráculo del Señor de los ejércitos» (Jeremías 2:19; véanse Ezequiel 9:10; Salmo 37:15; Proverbios 14:32; Números 32:23, etcétera).

En definitiva, el juicio de Dios está engranado de una manera inmanente por la desobediencia del hombre en virtud de los principios mismos de la creación. El pecado genera el desorden, con sus consecuencias dolorosas, de manera natural y casi científica. Sin una intervención personal de Dios. Esta es la pedagogía inherente a la creación. «¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastrables sus caminos! Pues, ¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién es su consejero?» (Romanos 11:33,34)

Si bien este pensamiento del gran visionario que fue el apóstol Pablo inspira la humildad, no nos impide creer en el amor de Dios. Del Génesis al Apocalipsis oímos cantar este amor. En la Biblia, a medida que el día de Dios se acerca, los registros del gran órgano dan la máxima intensidad, el esplendor irradia, la fuerza afluye, la justicia truena, pero la ternura triunfa. Al fin resuenan los claros acordes del amor, único vencedor. No más guerras, no más lágrimas, no más sufrimientos, no más muertes. Dios está con los seres humanos, por la eternidad, cubriéndolos con su gloria y su bondad.

Es cierto que el amor y la justicia pueden a veces parecer estar en contradicción. Pero el análisis muestra que se trata entonces de una ilusión. La historia del paso del mar Rojo,<sup>35</sup> en el Éxodo, lo muestra con claridad. Veámoslo más de cerca.

Sensible al sufrimiento de su pueblo reducido a la esclavitud por los egipcios, Dios quiere liberarlo. Multiplica sus llamadas al faraón. Pero la obstinación del rey en perseguir a Israel hasta el mar encierra a Dios en un callejón sin salida. Si deja actuar al ejército egipcio, su promesa fracasa, su gracia aborta, su amor se extingue. No olvidemos que Dios ha hecho todo para convencer a los egipcios. Hasta ofrecerles que se unieran a los israelitas, lo cual hizo una gran muchedumbre (Éxodo 12:38). Desde entonces, la alternativa es inevitable. O Dios sigue siendo el Dios de la promesa, o cede ante la obstinación de un rebelde. Por una parte, el orden, la sabiduría y la vida; por otro, el desorden, la locura y la muerte. El

---

<sup>35</sup> O también, mar de las Cañas.

Señor ofrece la elección. La conclusión depende de la decisión de los hombres.

Desde ese momento, para respetar sus compromisos, Dios no tiene más que un recurso: que los soldados egipcios sean devorados por el mar (Éxodo 14:26-28). Sin este juicio su amor pierde toda su eficacia. Sin justicia, el amor queda comprometido. Decididamente, no existe amor justo sin un aspecto de poder, que la Biblia llama ira, condición para la fidelidad. ¿Conviene personalizarla? ¿Estaríamos más cerca de la verdad dejando esta comisión a una especie de inmanencia impersonal regida por leyes?

La importancia de esta noción, no podría ser exagerada. Merece la reflexión más sincera y completa por nuestra parte. Pensad en ello. El amor de Dios no es arbitrario. No favorece a unos en detrimento de otros (Romanos 2:11). La idea de predestinar unos a la muerte y otros a la vida no es bíblica, afortunadamente. Es impensable. En realidad, Dios desea la salvación de todos los seres humanos (1 Timoteo 2:3). Además, el amor de Dios no es anárquico. La anarquía engendra el caos. El respeto a los principios condiciona la vida. La vida no hace sino cantar al unísono con su voz. «No os engañéis, con Dios no se juega: lo que uno cultive, eso cosechará. El que cultiva los bajos instintos, de ellos cosechará corrupción; el que cultiva el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (Gálatas 6:7-8).

El amor de Dios no puede ser arbitrario, no puede ser anárquico; tampoco puede aliarse con la debilidad o a una cobarde complacencia. «[Dios] no deja impune» (Éxodo 34:7). Si aceptara la debilidad, el mal se instalaría por todas partes, inexorablemente. Egipto triunfaría. El sufrimiento de Israel se eternizaría. No, el cielo no puede consistir en un revoltijo de desalmados (Apocalipsis 21:8). Para acceder a él hay que aprender el bien. La Biblia se termina, de hecho, con una promesa sin equívoco: «Voy a llegar en seguida, llevando mi salario para pagar, a cada uno conforme a la calidad de su trabajo. Fuera los perros, los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, los idólatras y todo amigo de cometer fraudes. Yo, Jesús, envié mi ángel para que os declarase esto acerca de las iglesias» (Apocalipsis 22:12-16). ¿Es posible hablar más claro?

Hay una tensión entre amor y justicia que es inevitable y genera lo que en la Biblia se llama temor de Dios. «Este temor santo nada tiene que ver con el miedo supersticioso y suspicaz para el ser humano moderno

racional y adulto. En la Biblia el temor de Dios significa de hecho la aguda conciencia de la mirada de Dios (Salmo 33:18) que sigue los movimientos de aquí abajo, no solo para controlar y juzgar (Salmo 139; 33:13; 50:1-6; Proverbios 24:12; Ezequiel 8:12), sino también para proteger y salvar (Éxodo 3:7; Salmo 106:44; 138:6). Dentro del temor de Dios se inscriben juntas y asociadas la dimensión de su justicia y la de su amor (Deuteronomio 10:12-13).»<sup>36</sup>

### 7. Conclusión

Es hora de concluir este capítulo. Hemos señalado que a veces se intenta resolver el problema de la violencia, frente a la Biblia, decretando una oposición radical entre los dos Testamentos. Pierre Chaunu, célebre historiador, y teólogo en su tiempo libre, hace esta observación: «Las plumas retóricas oponen, tradicionalmente, en la línea de la vieja tentación gnóstica (que ya cuenta con dieciocho siglos en la iglesia), el rudo Antiguo Testamento, el Dios judío de la Biblia, al dulce Evangelio, como si el Dios de Jesucristo no fuese el que al principio creó y condujo con mano fuerte, prestándole ayuda y protegiéndolo, al pueblo del Éxodo a través del desierto.»<sup>37</sup>

Así pues, la solución a nuestro problema debe buscarse en otra dirección. Porque hay un solo Dios, que no cambia (Malaquías 3:6), al igual que Cristo, que es el mismo ayer, hoy y eternamente (Hebreos 13:8; Apocalipsis 1:8).

Dos testamentos, dos alianzas, pero un solo Dios, que es a la vez justo y bueno, sin contradicción, pero a condición de no edulcorar el amor, desnaturalizándolo, y de no endurecer la justicia, mecanizándola. A condición también de no olvidar las particularidades de los géneros literarios distintos, cuyas reglas es importante respetar. En hebreo, la palabra *justicia* tiene la misma raíz que la palabra *amor*. Los dos testamentos se unen.

---

<sup>36</sup> Jacques DOUKHAN, en *Cheminer avec Dieu*, ed. Roland Meyer (Lausana: Editions Belle Rivière, 1995), p. 12.

<sup>37</sup> Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu*, op. cit., p. 66.





## Capítulo III

# Historia y revelación<sup>38</sup>

Antes de intentar comprender la voluntad de Dios, por lo que respecta a la violencia, a mi entender se impone un rodeo, aunque delicado, para descubrir cuál es su responsabilidad en la historia. El tema es complejo, pero depara algunas luces muy útiles.

### 1. La historia vista bajo el ángulo de la fe

Se puede decir, de un modo global, que la historia, tal como está contada en el Antiguo Testamento, es fuertemente cuestionada desde finales del siglo XIX. Aunque no se pueden examinar aquí los diversos aspectos de ese problema, creemos útil no obstante exponer algunas reflexiones generales. Lo que importa en nuestra búsqueda es la teología, más que la historia, pero en la Biblia la enseñanza religiosa y la historia son prácticamente inseparables. Los autores bíblicos nos hablan de Dios a propósito de la historia. Relatan la historia en función de su fe en Dios. Así pues, esta historia es en sí misma, en cierto modo, una teología, que enseña lo que Dios hace y no cesará de realizar por la salvación de los hombres. No es una crónica impersonal y fría, científica. Se trata en realidad de acontecimientos auténticos, pero a través de los cuales se expresan el amor y la justicia de Dios.

### 2. Jesucristo: Cumplimiento de la historia

El reconocido historiador Pierre Chaunu no se ha equivocado. Según él, «el Antiguo Testamento, desde el capítulo 12 del Génesis, es todo él el relato de la inserción de Dios en la historia, hasta el punto culminante de la Encarnación, a partir de lo cual todo se construye, la historia de Dios, la historia de los hombres, la historia de la naturaleza, la antropogénesis teológica y la cosmogénesis».<sup>39</sup>

Kierkegaard, el gran filósofo danés del siglo XIX, nos ofrece una extraña observación:

---

<sup>38</sup> Este capítulo es un poco técnico. Aquellos a quienes no les atraiga pueden, decididamente, pasarlo por alto.

<sup>39</sup> Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu, op. cit.*, p. 192. *Antropogénesis*: origen del ser humano; *cosmogénesis*: origen del mundo.

«...—...Aun cuando la generación contemporánea no hubiese dejado más palabras que éstas: “Hemos creído que Dios se ha manifestado en tal *anno* y en la forma humilde de siervo, que ha vivido y ha enseñado entre nosotros y que después ha muerto”— eso sería más que suficiente. La generación contemporánea ha hecho lo necesario, ya que este pequeño anuncio, esta *nota bene* de la historia mundial es suficiente para servir de ocasión a los posteriores; y las noticias más prolijas no podrían hacer más por los posteriores en toda la eternidad.» sucesor.»<sup>40</sup>

Sin duda se ha insistido demasiado en la idea de que un abismo nos separa de Dios, pues él se revela en la naturaleza, siempre que se la contemple con la inteligencia del corazón (Romanos 1:20; Efesios 1:18). Su huella se encuentra también en la historia y en la conciencia. No obstante es, por supuesto, en la Biblia, y sobre todo en Jesucristo, donde el descubrimiento de Dios se ilumina plenamente. Sin la Encarnación estaríamos aún reducidos a buscarlo a tientas (Hechos 17:27). Dios quiso hacerse hombre para que pudiéramos comprenderlo. Desde este punto de vista, la historia puede brindar la ocasión suprema de encontrar a Dios. A condición, no obstante, de rehuir tanto la puerilidad como la fanfarronada. Vía prohibida a la estulticia y a la soberbia.

### 3. La historia como revelación

Los especialistas en teología bíblica han visto con acierto que una de las señales distintivas de la Biblia es su concepción de la historia como lugar privilegiado de la revelación de Dios.<sup>41</sup> Quienquiera que lo niegue se condena a no hacer nada más que filosofía, es decir, a construir un sistema a partir del ser humano. Se cae entonces en la subjetividad. A cada cual su verdad.

Lo genial del Antiguo Testamento es haber sabido descubrir la intervención de Dios en la historia. No estamos, pues, tratando con una historia científica, sino con una teología de la historia. Los autores se preocupan menos por la exactitud de los detalles que por su relación con la alianza, por su significación espiritual. No lo olvidemos, la inserción de

---

<sup>40</sup> Søren KIERKEGAARD, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, IV, 296, 1844, trad. Rafael Larrañeta (Madrid: Trotta, 2007), p. 107.

<sup>41</sup> Véase Colin BROWN, «Le croyant et l'histoire», en *Vérité historique et critique biblique* (Lausana: Presses Bibliques Universitaires, 1982), p. 214.

Dios en la historia no siempre es fácil de comprender. Pues, como bien decía Calvino, en ella Dios balbucea para adaptarse a nuestra pequeñez.<sup>42</sup> La lectura de los hechos puede incluso variar en función de la situación del escritor con respecto a Dios.

Un ejemplo concreto puede ilustrar nuestras palabras. En 598 a.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, prepara el sitio de Jerusalén. El profeta Jeremías es llamado por Dios para denunciar los errores de su pueblo. «Porque dos maldades ha cometido mi pueblo; me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua» (Jeremías 2:13). Y las exhortaciones se hacen apremiantes: «Vuelve, Israel apóstata –oráculo del Señor–. [...] Reconoce tu culpa, pues te rebelaste contra el Señor tu Dios; prodigaste tu amor a extraños bajo el árbol frondoso y me desobedeciste». (3:12,13) «¡Volved, apóstatas y os curaré de vuestra apostasía.» (3:22).

Lamentablemente, Jeremías no es comprendido. Los responsables civiles y religiosos protestan. Y Dios se queja:

«Profetas y sacerdotes se dedican al fraude. Pretenden curar por encima la fractura mi pueblo, diciendo: Marcha bien, muy bien. Y no marcha bien. ¿Se avergüenzan cuando cometen abominaciones? Ni se avergüenzan ni conocen el sonrojo; pues caerán con los demás caídos, tropezarán el día de la cuenta –lo ha dicho el Señor–.» (6:13-15).

#### 4. La posibilidad de una doble lectura de la historia

He aquí, frente a los mismos acontecimientos, dos interpretaciones diametralmente opuestas. Jeremías predice la guerra; los otros profetizan la paz, en nombre del mismo Dios. Esto constituye ya la oposición entre religión y fe, entre el clericalismo instituido que tiene sus falsos profetas atrapados por la política, y la piedad auténtica, que escucha realmente la voz de Dios. Por eso, Dios vuelve a la carga. «Maldito el que no acate los términos de esta alianza, que yo impuse a vuestros padres cuando les saqué de Egipto, de aquel horno de hierro» (11:3). «Mentiras profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, no los mandé, no les hablé visio-

---

<sup>42</sup> Juan CALVINO, *Institution de la religion chrétienne*, edición en francés de 1560, Libro III, XXI, 4 (ed. esp.: *Institución de la religión cristiana*, 5.ª ed., 2 vols. [Rijswijk, Holanda: Fundación Editorial de Literatura Reformada, 1999], p. 2:728).

nes engañosas, oráculos vanos, fantasías de su mente es lo que os profetizan» (14:14).

Entonces, los dirigentes deciden desembarazarse del profeta de desgracias. «Vamos a tramar un plan contra Jeremías, que no nos faltará la instrucción de un sacerdote, el consejo de un docto, el oráculo de un profeta; vamos a herirlo en la lengua, no hagamos caso de lo que dice» (18:18). Esto es ya el clericalismo politizado contra el profetismo.

La tensión sube hasta ser insoportable. Pues Jeremías lleva la audacia hasta recomendar a su pueblo que se rinda al enemigo. «Así dice el Señor: Yo os pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte. Los que queden en la ciudad morirán a espada, de hambre y de peste; los que salgan y se pasen a los caldeos sitiadores, salvarán la vida, los cogerán como su botín vivo» (21:8-10). ¿Cómo no quedar escandalizado? Para el pueblo, he aquí un traidor a su patria. Y como traidor es vergonzosamente tratado Jeremías.

Este relato muestra –convendrá recordarlo– que «los portavoces oficiales de Dios» han interpretado a veces los acontecimientos de manera contradictoria. San Pablo, gran especialista del Antiguo Testamento, con toda certeza lo había comprendido. Ya en su primera carta, escribió hacia el año 50: «No apaguéis el Espíritu, no tengáis en poco los mensajes inspirados; pero examinadlo todo retened lo que haya de bueno» (1 Tesalonicenses 5:19-21). ¡Vaya una recomendación inesperada! Pues, cuando se trata de profecía, uno podría esperar que se tuviera que dejar a un lado la razón. Pues no, en absoluto, protesta el santo erudito e inspirado: «Examinadlo todo, incluso cuando se trata de palabra inspirada.»

Claro está que el «retened lo que haya de bueno» no es arbitrario. No se trata de elegir en función de los propios gustos y opiniones. Pablo era demasiado escrupuloso en relación con la revelación divina para considerar semejante liberalismo. Pero nos anima a que leamos los textos con atención para descubrir su verdadero significado, su intencionalidad. En esto consiste «retened lo que haya de bueno».

Para corresponder a la inspiración de Dios cada palabra debe ser estudiada dentro de su contexto.

## 5. Desciframiento indispensable

La Biblia, en efecto, exige una interpretación. Uno no puede alinear todas las palabras en un mismo plano. No olvidemos que la Biblia, palabra de

Dios, es también palabra de seres humanos, donde lo humano no siempre queda absorbido por lo divino. Al igual que Jesús es Dios hecho hombre (Juan 1:14) y no Dios escondido bajo una vestimenta humana, la Biblia no es un barniz que recubre superficialmente lo inspirado. Comprender hoy día la revelación requiere que se tomen en cuenta los elementos humanos que la componen, igual que los elementos divinos. Se trata de Descubrir a Dios en su actuación, más allá de los hechos en sí.

Digámoslo bien alto: para encontrar el propio camino en la Biblia (lo que llamamos «camino de salvación») basta una lectura sincera. Dios no juega al gato y al ratón. Pero la elaboración de una teología –ciencia de Dios– requiere mucho más. El creyente sincero, cuando lee la Biblia con una confianza conmovedora, no tiene ninguna idea de los numerosos trabajos científicos sin los cuales no tendría en las manos ese libro que aprecia como la Palabra de Dios.

## 6. Una revelación progresiva

Elaborar una teología implica un análisis de la manera en que los hechos han sido comprendidos y relatados. Consideremos el ejemplo de Jesús. En el Sermón de la Montaña, rechaza la tradición religiosa que limitaba el sentido de «la ley» (*torah*) a los actos externos del ser humano. Sus famosas antítesis: «Habéis oído... pues yo os digo...»,<sup>43</sup> son muy significativas.

Entre otras cosas, prueban:

- que Jesús examinaba todas las cosas;
- que la revelación no es inmóvil, estática.

Vive con los humanos que la transmiten y con los que la reciben. Aquí, el tiempo cuenta. Dios camina con su pueblo. A Moisés, debe asegurarle: «Yo soy el Señor. Me aparecí a Abrahán, a Isaac y a Jacob, como “Dios todopoderoso”, pero no les di a conocer mi nombre: “el Señor”» (Éxodo 6:3). Algo ha cambiado. Y en la misma línea, el apóstol Pablo, mucho más tarde, escribiría: «Podréis daros cuenta de que entiendo del secreto del Mesías. Nunca se había dado a conocer a los hombres de otras generaciones como ahora lo ha revelado el Espíritu a los santos, a los

---

<sup>43</sup> La progresión a veces se sitúa en el nivel de la comprensión de los textos. Jesús afirma: «Se ha dicho», *erréthe*, y no «Se ha escrito», *gégraptai*. No denuncia la Escritura sino la tradición.

apóstoles y profetas» (Efesios 3:4,5). En verdad, el camino recorrido es a la vez largo y maravilloso. Así pues, no es lo mismo ayer que hoy.

A este respecto, se habla de la progresión de la revelación bajo la inspiración. No es que Dios se haya complacido en ocultar una parte de la verdad. No. Son los humanos quienes no estaban en situación de recibir todo, de comprender todo. Y Dios se adaptó, por solidaridad, por condescendencia y por amor. Él desciende voluntariamente al nivel de quien le escucha. Lo que es verdad globalmente en la historia de la revelación es igualmente verdad en la experiencia personal de cada uno. Qué sentimiento grato, cuando volvemos la mirada atrás, al comprobar que hemos sido objeto de tan dulce paciencia.

Otra distinción acompaña a la que señala la diferencia entre ayer y hoy. Nos obliga a no confundir la forma con el espíritu. Jesús lo puso de relieve también. Por ejemplo, ante el malentendido que provocaron sus palabras acerca del pan de vida. Dirigiéndose a sus hermanos judíos les recuerda que, en otro tiempo, en el desierto, Dios los alimentó con el maná que caía del cielo. Hoy, la ayuda de Dios está plenamente concedida en el don del Hijo. El Hijo no solo aporta el pan del cielo, él es el pan de vida. Y la imagen es llevada hasta el límite: «si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Juan 6:53; BJ).

Es demasiado. Todo el mundo se queda escandalizado, hasta tal punto que muchos discípulos lo dejan de forma definitiva. Entonces, el Maestro explica: «Solo el Espíritu da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida» (Juan 6:63). En el mismo orden de ideas, Jesús responde a una mujer samaritana que le pregunta dónde debe adorar, en Jerusalén o en Garizim: «Dios es espíritu, y los que lo adoran han de dar culto con espíritu y verdad» (Juan 4:24).

Debemos admitir que a veces se abusa de este principio, como si despojara de todo valor a la forma. De hecho, la forma cuenta. Es, incluso, esencial. Si no se tiene en cuenta la forma, se prestan al texto las ideas propias. Se le hace decir lo que uno tiene ganas de oír. Nada hay más grave. Significa inclinarse del lado de la subjetividad más fantasiosa. ¡Es ponerse en el lugar de Dios! Por el contrario, Jesús nos invita a descubrir, detrás de lo que el autor inspirado escribió en realidad, lo que verdaderamente ha querido decir. Y no siempre es algo evidente, ya que exige considerar con atención el contexto literario, lingüístico, histórico y religio-

so.<sup>44</sup> El sentido de las palabras debe, pues, quedar cuidadosamente establecido.

Es más, hay ciertas costumbres que se adoptaron en otros tiempos que nos desconciertan hoy día. En hermenéutica,<sup>45</sup> donde se establecen los principios de interpretación de la Biblia, se insiste en el hecho de que los hombres, en Israel, ponían a menudo en la cuenta de Dios lo que Dios no había impedido. He aquí, a modo de ilustración, el ejemplo más conocido.

Después de un período de reposo enriquecido por la paz y la luz, el rey David, movido una vez más por sus demonios, se lanza a un recuento de sus riquezas humanas. Hace un censo de sus guerreros. El mismo Joab, su mejor amigo y general de su ejército, protesta severamente. Pero David se obstina. Sin razón, desde luego, ya que los censos estaban prohibidos. Y el culpable no tardó en arrepentirse. Dijo al Eterno: «He cometido un gran error. Ahora, Señor, perdona la culpa de tu siervo, pues he hecho una locura» (2 Samuel 24:10).

Hasta aquí, no hay nada que nos parezca extraño. En cambio, nos quedamos verdaderamente desconcertados al descubrir dos explicaciones diametralmente opuestas en los dos relatos bíblicos del mismo hecho. En lo que refiere Samuel, leemos: «El Señor volvió a encolerizarse contra Israel e instigó a David contra ellos: “Anda, haz el censo de Israel y de Judá”» (2 Samuel 24:1). Ahora bien, en el libro de Crónicas, leemos: «Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo a Israel» (1 Crónicas 21:1). Es una tremenda contradicción, pues en un texto David está inspirado por el Eterno y en el otro por Satán.

Para explicar esto tenemos que mencionar brevemente una de las enseñanzas principales de la Biblia. Cuando explica el mundo,<sup>46</sup> la Biblia insiste en el hecho de que hay un solo Dios en el origen de todo. No existe un Dios del bien y un Dios del mal (Isaías 45:5). Por consiguiente, tanto el mal como el bien se conciben a partir del Dios único. No porque

---

<sup>44</sup> «Un verdadero tratamiento semántico cuantitativo permite alcanzar, más allá de las palabras, la consciencia que las une en su orden correcto para la expresión, más allá de la paja de los términos, el grano cargado con el contenido de un inconsciente colectivo enmascarado tras las palabras, pero que dichas palabras pueden desvelar si uno sabe buscar a conciencia en ellas.» (Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu, op. cit.*, p. 32).

<sup>45</sup> Este término viene de una palabra griega que significa «explicar», «interpretar».

<sup>46</sup> Es lo que se llama teodicea, que consiste en justificar la bondad de Dios en su conducción del mundo.

él sea el autor del mal, sino porque el mal, en definitiva, no puede realizarse más que con las fuerzas proporcionadas por Dios. Desde esta óptica, hay que reconocer que sin Dios el mal no existiría, puesto que sin Dios no existiría nada. Para enunciar esta verdad esencial, Isaías hace decir a Dios: «Artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz creador de la desgracia yo, el Señor, hago todo esto» (Isaías 45:7,8). El mundo malo no es el mundo de Dios añadiéndole el mal, sino el mundo de Dios sin el respeto a la voluntad de Dios.

Desde entonces, para que solo surja el bien, es de una importancia absoluta que toda criatura, ángel o ser humano, acepte las directrices divinas. Toda desobediencia genera un giro incontrolado de las fuerzas recibidas de parte del Creador. Y la Biblia, llama Satán al que desencadenó la guerra en el cielo (Apocalipsis 12:7-9). Ahora bien, Satán no es Dios, sino una criatura de Dios, de quien procede todo su poder, y contra quien se subleva con toda su inteligencia. Cuando esto se ha comprendido bien, se ve en qué sentido el texto de Samuel hace intervenir al Señor en el censo de David, mientras que el de Crónicas acusa a Satán de esa seducción. Es la misma verdad, vista desde dos ángulos muy distintos pero complementarios.

A la luz de este principio, si estuviera demostrado que el Dios de Jesucristo nunca quiso, de derecho, la violencia, muchas páginas de la Biblia merecerían una lectura nueva, la que precisamente hacía Jesús. Estamos convencidos de ello. Volveremos a este aspecto más adelante. Es Jesucristo quien proporciona la clave de lectura de toda la Biblia. Al acoger su palabra como criterio no se corre el riesgo de atascarse en discusiones de opiniones humanas.

### **7. Jesucristo: Clave de la interpretación**

Digámoslo una vez más, la entrada de Dios en la historia es lenta y progresiva debido a la caída. Cuando el hombre se hizo dios, el verdadero Dios se retiró. Pero no cesó de llamar al hombre de nuevo a él. «En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló antiguamente Dios a nuestros padres por los profetas. Ahora en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo» (Hebreos 1:1). Llega entonces el gran día en que la Palabra se hace carne, encarnada, personificada en Jesucristo. Nunca nadie superará a Jesucristo, ni en palabras ni en actos.



Por eso, entre las diversas teorías que intentan legislar en lo que se refiere al Antiguo Testamento, la única verdadera consiste en interpretar todo a la luz de Cristo, que pudo decir: «Yo soy la verdad» (Juan 14:6). Tal es, además, la actitud de los escritores del Nuevo Testamento. Cuando sobreviene una duda entre dos lecturas posibles del Antiguo Testamento, la elección debe hacerse en función del Nuevo Testamento.

Recordemos que una línea divisoria se esboza ya en el Antiguo Testamento entre el ideal divino, transmitido por los profetas, y la historia, con frecuencia influida por los responsables políticos y religiosos. La experiencia de Jeremías, que antes mencionábamos, lo ilustra de forma dramática. Pero, una vez, más Jesús nos da luz.

Sus detractores vienen un día a hacerle preguntas sobre el divorcio, con la intención de ponerle a prueba. Su respuesta es singularmente esclarecedora. Pasa por encima de Moisés para referirse «al principio». En la creación, Dios dijo: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos un solo ser». De modo que ya no son dos, sino un solo ser; luego lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre» (Mateo 19: 5,6). Pero los fariseos citan entonces a Moisés, que «prescribió darle a la mujer acta de divorcio».

He aquí, claramente, dos lecturas: matrimonio indisoluble, dice Dios; divorcio posible, dice Moisés. ¿Quién tiene razón? Jesús explica: «Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —no por fornicación— y que se case con otra, comete adulterio» (Mateo 19:8,9).

Ayer y hoy no están en el mismo plano. La verdad está en Jesucristo porque en él encontramos, más allá de los balbuceos de la historia, el ideal eterno de Dios. La misma constatación se impone a propósito de la poligamia, vivida por los patriarcas, pero abandonada definitivamente por el cristianismo. En este aspecto, el apóstol Pablo señala con audacia que los hombres se han «vuelto duros de entendimiento». Para ellos, el Antiguo Testamento está a menudo oscurecido por un velo, y es en Cristo cuando ese velo desaparece (2 Corintios 3:14-16). Al hablar así, el judío convertido al cristianismo no tiene la menor intención de desacreditar el Antiguo Testamento. Al contrario, indica la clave que permite el acceso a sus tesoros.

Si tal es la verdad a propósito del matrimonio, igual debe ser con respecto a la violencia de las armas. La última palabra de la revelación de Dios nos es dada por Jesucristo. En él se revela el misterio oculto desde siempre a los santos (Colosenses 1:26). En este misterio están ocultos todos los misterios de la sabiduría y de la ciencia (Colosenses 2:3). Quienquiera que lo olvide al leer el Antiguo Testamento, cualquiera que sea la piedad que le anima, corre el riesgo de que se vele su comprensión.

## Capítulo IV

### No matarás

#### 1. El sexto mandamiento en discusión

El sexto mandamiento es sencillo y breve: «No matarás» (Éxodo 20:13). Aquí está todo. O casi. La justicia, la pena de muerte, la violencia, los camorristas, la guerra, la revolución, el totalitarismo, la responsabilidad colectiva del hambre en el mundo, la contaminación, el suicidio, la eutanasia, el aborto, y hasta... el automóvil. Es demasiado, sin duda. Por eso, no faltan tentaciones enfocadas a limitar el alcance de este mandato.

En su explicación de los Diez Mandamientos, el teólogo «checoslovaco» Jan Milič Lochman, que enseñó en Praga, en Basilea y en la Universidad de Harvard en Cambridge no vacila en escribir:

«Entre los mandamientos del Decálogo, el sexto aparece como el más evidente, aun para aquellos que rechazan toda Iglesia. [...] Mientras el resto de la ética se va a pique, el principio según el cual uno no debe asesinar ni matar permanece intocable. El imperativo categórico del sexto mandamiento parece constituir el verdadero punto fijo de Arquímedes de la ética cristiana y secular».<sup>47</sup>

No obstante, el profesor añade de inmediato: «No por ello habrá que caer en el simplismo. Vemos que surgen problemas que ponen en tela de juicio el carácter de evidencia y autoridad de este precepto».<sup>48</sup> Se refiere al significado del verbo hebreo *ratsah* que, según él, designa una forma de matar bien específica, a saber la destrucción del enemigo personal, el acto arbitrario de suprimir la vida, la muerte ilegal en la que el ser humano se pone por encima de la ley y la sociedad.

De esta interpretación semántica se deriva una consecuencia grave: «Este precepto protege, pues, la vida del israelita contra cualquier ataque que no esté conforme al derecho, no autorizado. Así, este mandamiento puede tener su sitio en un grupo que admite la pena de muerte y la guerra legítima.»<sup>49</sup> Pero como si quisiera matizar su afirmación, Lochman aña-

---

<sup>47</sup> Jan Milič LOCHMAN, *Faut-il encore parler des commandements?* (París: Cerf, 1981), p. 101.

<sup>48</sup> *Ibid.* p. 101-102.

<sup>49</sup> *Ibid.*

de: «Así es, en todo caso, como hay que entenderlo en el Antiguo Testamento.»<sup>50</sup>

En este sentido se impone una distinción entre el hecho de matar con una intención malévola, lo que hay que llamar crimen sórdido, y el hecho de quitar la vida cuando se ajusta a derecho. Entonces hay que admitir que las guerras del Antiguo Testamento son guerras santas, así pues, justas, para eliminar toda contradicción entre ellas y el sexto mandamiento. De pronto, el Dios del Antiguo Testamento ya no se opone a la violencia. Más aún, a menudo la reclama. Pero, ¿cómo no ver de inmediato que esta percepción hace muy difícil una verdadera armonía entre los dos testamentos puesto que Jesús pide al cristiano que ame a sus enemigos? ¿Se puede matar amando?

Curiosamente, hay muchos teólogos a quienes esta contradicción no molesta. Citemos, a título de ejemplo, a Bernard Gilliéron. He aquí su comentario a propósito del sexto mandamiento:

«Este mandamiento no concierne al hecho de matar en general, para lo que se utiliza otro verbo hebreo, sino exclusivamente el homicidio deliberado, el asesinato: nadie tiene el derecho de atentar contra la vida de otro por motivos personales; este texto no puede aplicarse a otras situaciones, tales como la pena capital, la guerra, el interdicto, la venganza.»<sup>51</sup>

Admitamos que el verbo *ratsah*, empleado en Éxodo 20:13 y en Deuteronomio 5:17, se suele aplicar al hecho de matar con sentimientos perversos. Se traduce en griego en la LXX,<sup>52</sup> con la palabra *phoneúō*, que presenta la misma tendencia semántica.

Sin embargo, ese no es el caso de una manera absoluta. He aquí un ejemplo revelador: «Entonces Moisés separó tres ciudades al este del Jordán, para que buscarse asilo en ellas al que sin intención hubiera matado a otro sin que lo odiase antes; refugiándose en una de ellas, salvaría la vida» (Deuteronomio 4:41,42). Matar involuntariamente no tiene nada de perverso.

---

<sup>50</sup> Ibid.

<sup>51</sup> Bernard GUILLIÉRON, *Dictionnaire biblique* (París: Éditions du Moulin, 1985), p. 228.

<sup>52</sup> LXX: Septuaginta. Es la más antigua traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego.

El matar de forma involuntaria está aquí expresado por el verbo *ratsah*, empleado en el sexto mandamiento. El responsable, no culpable, puede escapar al vengador de sangre dirigiéndose a la ciudad de refugio. La misma situación se describe en el libro de Números 35:22-28. No es un crimen malvado, puesto que es involuntario.

La dificultad de los traductores la describe con acierto el pastor Alphonse Maillot, autor de muchos comentarios bíblicos:

«Es imposible, dice, encontrar una traducción adecuada para ese mandamiento. “Homicidio voluntario” o “asesinato” no son exactos, ya que ambos incluyen premeditación, o en todo caso un acto voluntario. Puede tratarse, por ejemplo, de una muerte por negligencia o inadvertencia (que, además, se distingue claramente de la muerte premeditada). Pero *matar* no es el verbo exacto, pues el hebreo (lengua muy rica en todo lo que se refiere a eliminar al prójimo) emplea aquí un verbo que no se usa ni para referirse a la ejecución de criminales ni para las matanzas de tiempos de guerra.»<sup>53</sup>

En resumen, el verbo hebreo *ratsah* puede tener un sentido amplio, correspondiente a matar. Pero entonces nos enfrentamos a un problema espinoso ante las guerras de la historia judía. Se puede decir otro tanto del verbo griego *phoneúō*. El especialista de la lengua del Nuevo Testamento, R.-C. Trench, lo reconoce así. Habla de sentido «general» y especifica que el sustantivo *phoneus*, el que mata:

«... implica un significado vago, de manera que se aplicaba la palabra a alguien que es malo diciendo que es un *phoneus tēs eusebeías*, un hombre que destruye la piedad (aunque no atacara en absoluto directamente la vida de los hombres); a un traidor o a un usurpador, como *phoneus tēs patridos* [...]; no es raro encontrar tales empleos de estas palabras.»<sup>54</sup>

¿No sería más prudente que nos dejáramos inspirar aquí por un conocido principio de hermenéutica? Cuando una palabra hebrea del Antiguo Testamento viene citada en el Nuevo, se debería optar por el sentido que han retenido los autores inspirados de este último. Por ejemplo, la palabra hebrea *almah* se emplea en Isaías 7:14, donde generalmente se la traduce

---

<sup>53</sup> Alphonse MAILLOT, *Le Décalogue* (París: Les Bergers et les Mages, 1976), p. 97.

<sup>54</sup> Richard-Chevenix TRENCH, *Synonymes du Nouveau Testament* (Canadá: Éd. Copie-Express, 1994), p. 350-352.

por «virgen», cuando suele designar con más frecuencia a una mujer joven. Pero la traducción griega de la Septuaginta daba ya *parthénos*, que significa efectivamente «virgen», término recogido en Mateo 1:23, y utilizado también por Lucas 1:27. Ahora bien, la virginidad de María en la concepción de Jesús constituye una enseñanza fundamental.

Según el mismo método, conviene dar al verbo del sexto mandamiento su sentido más completo, ya que es así como Jesús lo comprendió. En el Sermón de la Montaña, Jesús implica en la acción de matar hasta las palabras malintencionadas que expresan sentimientos que pueden desembocar en un crimen.

¿Podemos decir que el verbo *ratsah* contempla el asesinato individual y no la guerra ni la pena de muerte pronunciada de acuerdo con las leyes del país? El pastor Jean Lasserre lo admite, en su destacada obra *La guerre et l'Évangile*. Pero tras una aguda discusión acerca del sexto mandamiento, concluye:

«No es menos cierto que este mandamiento, por su parte, implica una condena general de todo lo que atente contra la vida humana. Si el aviador que lanza bombas sobre una ciudad no asesina a la gente, uno se pregunta: ¿realmente qué es lo que hace? Hay disputas banales por las palabras que acaban por ser odiosas, como las discusiones farisaicas sobre el *corbán* mencionadas por Jesús (Marcos 7:11). [...] El hecho es que el sexto mandamiento es el único al que la iglesia, desde hace siglos, da una interpretación restrictiva.»<sup>55</sup>

Cuando Dios ordena: «No robarás» (octavo mandamiento), ¿no está afirmando que todo hombre tiene derecho a la propiedad? Del mismo modo, cuando prohíbe matar está afirmando que todo hombre tiene derecho a la vida. El homicidio destruye la imagen de Dios que está en el hombre. Mancilla la tierra.

En aras a la claridad, debemos recordar que el apóstol Pablo enseña terminantemente que la lectura del Antiguo Testamento permanece oculta por un velo mientras no es iluminado por Jesucristo:

«...hasta el día de hoy permanece ese mismo velo en la lectura del Antiguo Testamento, y no se levanta, pues sólo en Cristo desapare-

---

<sup>55</sup> Jean LASSERRE, *La guerre et l'Évangile* (París: La Réconciliation, 1953), p. 198, 195, 196. La palabra *corban* designa un don dedicado a Dios, que no puede ser utilizado para ningún otro fin.

ce. Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones. “Pero cuando los corazones se conviertan al Señor, el velo será quitado”.» (2 Corintios 3:14,15).

Para ser consecuentes, vamos a estudiar las principales enseñanzas del Nuevo Testamento relativas a la violencia, antes de extraer algunas ideas clave que permitan comprender mejor el Antiguo. Gracias a Jesús, disponemos de las claves indispensables.

## 2. Conclusión

Todavía hoy sucede que, a veces, se quiere justificar el despliegue de la violencia en el Antiguo Testamento, remitiéndose a un sentido particular del verbo hebreo *ratsah* en el sexto mandamiento. Este verbo prohibiría el hecho de matar transgrediendo las leyes, pero no el hecho de suprimir la vida estando de acuerdo con las autoridades. Nosotros hemos visto que esta interpretación no se impone, ya sea refiriéndose al verdadero uso de este verbo, en hebreo o, más aún, si se tiene en cuenta su correspondiente griego *phoneúō*, recogido por Jesús en su impresionante comentario al sexto mandamiento en el Sermón de la Montaña. Para conocer la voluntad de Dios a propósito de la violencia debemos, pues, buscar otra explicación.





## Capítulo V

### La enseñanza de Jesús como normativa

#### 1. La necesidad de ir más allá

Sin lugar a dudas, el Sermón de la Montaña es el texto de mayor fuerza en lo referente a ética cristiana. El objetivo del Maestro es mostrar la necesidad de ir más allá de la justicia de los escribas y los fariseos (Mateo 5:20). Estamos en presencia de un esclarecedor comentario de la ley. Y en absoluto restrictivo, como a menudo se pretende. Jesús no va más allá de la ley olvidándola o suprimiéndola, sino mostrando su cumplimiento real, sus implicaciones más íntimas. No como un revestimiento externo sino como un impulso desde el interior, un devenir.

La *torah*, o la ley, es en realidad la descripción de un camino a seguir para ser feliz. Con la condición de no detenerse en la forma externa. Si así fuera, uno podría asemejarse a los sepulcros blanqueados (Mateo 23:27). El corazón del ser humano es lo que debe cambiar y no solamente su actitud externa, su apariencia. David lo había comprendido de maravilla: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (Salmo 51:12). El cumplimiento que se preconiza consiste en ir hasta el final de la exigencia.<sup>56</sup> No quedarse en el brote sino continuar hasta la flor y el fruto. Crisóstomo lo dice con mucho acierto: «Las palabras de Cristo no revocan las de antaño; al contrario, las visten y las enriquecen». La metamorfosis procede de dentro a fuera.

Los escribas y los fariseos eran conocidos por su minuciosidad. Habían calculado que la ley contenía 248 mandamientos y 365 prohibiciones, o sea 613 preceptos. Pero la justicia anhelada por Jesús no se define en grados o en cantidad de gestos sino por la naturaleza profunda de la obediencia, auténtica armonía con la creación divina.

Para ilustrar sus palabras presenta seis antítesis que introduce con estas palabras: «Habéis oído que dijo a los antiguos» (Mateo 5:21,27,31,33,38,43; BJ). Tomemos nota de la precisión «Habéis oído que se dijo». Jesús no se opone a las enseñanzas de Dios sino a la manera en que han sido comprendidas. Lamentablemente, la tradición a menudo

---

<sup>56</sup> El verbo *cumplir* traduce el griego *plērōsai*, que significa «llenar».

traiciona la revelación de las Santas Escrituras (Marcos 7:8,9). Esto sigue siendo cierto hoy día.

En una palabra, el conformismo doctrinal de los escribas no salva. Saber no basta. Hay que comprender. Y el conformismo legal de los fariseos no salva tampoco, por muy buena que sea la voluntad. El nuevo nacimiento es una regeneración del ser, que parte del pensamiento, alcanza el corazón y transforma la vida entera.

Jesús va, pues, más allá del orden antiguo. El judaísmo había civilizado la ley de Dios adaptándola a las circunstancias, conforme a la naturaleza humana. Pero el Hijo de Dios quita el velo que cubre los verdaderos principios de vida, con todas sus implicaciones.

## 2. El primer grado de la no violencia: Un principio fundamental

El primer ejemplo de ese imprescindible «ir más allá» que propone Jesús consiste en «cumplir» el sexto mandamiento del Decálogo entendido como respeto incondicional a la vida. En efecto, si ese principio queda ya transgredido al llenarse de ira contra un hermano o insultándolo, ¿cómo podría observarse arrebatándole la vida que pertenece a Dios?

¿Hace falta que sea Sartre quien recuerde a los cristianos que «les da igual dar muerte puesto que no saben lo que es la vida»? «¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!», clamaba Milon, el legado del papa, en la toma de Besièrs, durante la Cruzada contra los cátaros.

¿Cómo justificar la violencia? ¿No se ve acaso que la violencia da automáticamente la razón al más fuerte? Parece evidente que la verdad no siempre está precisamente de su lado. En una ocasión, un pirata cayó en manos de Alejandro Magno:

–¿En qué piensas para devastar el mar? –le dijo el rey.

–¿En qué piensas tú para devastar la tierra? –le respondió el pirata con audacia.– Y prosiguió:

–Porque no tengo más que un frágil navío, me llaman corsario, y a ti, porque tienes una gran flota, te llaman conquistador.

La violencia de las armas es una seducción satánica, una mentira luciferina. Al esperar que la solución venga de un conflicto, está preparando otros conflictos más dolorosos, si es posible. Cuanto más se avanza en el tiempo, más pagan los inocentes. Como escribía Victor Hugo en *Los castigos*:

«Sería un error creer que estas cosas  
Acabarán en cantos y en apoteosis.»

¿Conocéis la historia del gato, contada por el fabulista antiguo? Un gato estaba lamiendo una lima con frenesí, regalándose con la sangre que tragaba, creyendo alimentarse. Hasta que murió, exangüe. Cada lametón precipitaba su fin. La historia muestra que las prácticas inhumanas pasan automáticamente de un régimen a otro. El que queda por encima muy pronto deja de ser preferible al otro, y de serle preferido. En verdad, las querellas no se dirimen por medio de la violencia. Se las incuba para hacer que renazcan más fuertes y mortíferas.

Para concluir, citemos a Jacques Ellul, profesor en la Universidad de Burdeos, filósofo y teólogo:

«Hay que considerar el “No matarás” (en su más amplia extensión dada por Jesucristo) no como una ley sino como la obra suprema del hombre. Puedo decir que es por estas dos palabras por lo que el hombre es hombre. [...] Pues al decir esto, el hombre se ha erguido contra el curso natural de las cosas. El animal mata cuando tiene necesidad de hacerlo. Esto no constituye ningún problema. Todo en la naturaleza es poder mortífero, y toda vida no se desarrolla sino sobre una hecatombe. Cuando el hombre dijo “No matarás”, se afirmó entonces como distinto al animal, como el que no sigue ya la ley normal de la naturaleza, como el que ha emprendido un camino nuevo, y es aquí donde se le descubre ya como hombre».<sup>57</sup>

Precisemos que esta conquista no es debida al hombre sino al Hijo del hombre.

### 3. El consejo de Juan el Bautista a los soldados

Para legitimar el ejército y la guerra se suele citar una recomendación de Juan el Bautista, el precursor del Mesías. Se le acercaron unos soldados y le preguntaron: «Y nosotros ¿qué debemos hacer?» Y él les respondió: «No cometáis ni extorsión ni fraude para con nadie, y contentaos con vuestro sueldo» (Lucas 3:14). En efecto, Juan el Bautista no desapruueba el ejército. Al recomendar a los militares que sean honestos, aprueba su oficio y por consiguiente la guerra. Esta actitud, ¿es normativa para un

---

<sup>57</sup> Jacques ELLUL, «Tu ne tueras pas», *Conscience et liberté*, 2.º semestre 1974, p. 61.

cristiano? No lo creo. No olvidemos que una gran parte del pueblo judío de la época se armaba en secreto, con la esperanza de sacudirse el yugo romano. La esperanza suprema era lograr que Jesús participara en ello. Pero él se guardó siempre de hacerlo, sin el menor equívoco.

En cuanto a Juan el Bautista, es el profeta, encargado de preparar el camino para el Mesías. Precede a Jesús y está, y permanece, en la intersección de las dos alianzas. Él designó a Cristo como el enviado por Dios. En eso consiste su grandeza. Pero, curiosamente, no lo siguió. Fue incluso asaltado por una duda punzante en la prisión de Maqueronte donde le esperaba la muerte. Ciertamente, tenía razón en anunciar a propósito de Cristo: «A él le toca crecer, a mí menguar» (Juan 3:30), «Yo no merezco ni desatarle la correa de las sandalias» (Lucas 3:16).

Cuando Jesús proclama que «el más pequeño en el Reino de Dios es más grande que él» (Mateo 11:11), pone en evidencia la necesidad de superación, de ir más allá, que tiene el cristiano con relación a Juan el Bautista. Claramente, ese consejo a los soldados forma parte aún de la Antigua Alianza. Está probablemente condicionado por un concepto propio de su época, según el cual el Mesías expulsaría al ocupante. Pero se desvanece ante la luz del Sermón de la Montaña. Atribuirlo al cristianismo constituye un grave error de perspectiva.

#### 4. Jesús expulsa a los mercaderes del templo

No se ha desaprovechado la ocasión de utilizar el episodio en el que Jesús expulsa a los mercaderes del templo con un látigo para extraer de él un argumento a favor de la violencia. ¿Qué hay de todo ello? Notemos que Juan es el único que menciona el látigo y sitúa el relato al principio del ministerio, mientras que los sinópticos lo sitúan al final (Juan 2:13-22; Mateo 21:12-17; Marcos 11:15-19; Lucas 19:45-48). No hay nada que impida admitir que la primera reacción no tuvo consecuencias, de modo que más tarde se impuso una nueva intervención del Maestro, que contribuyó a precipitar los acontecimientos que desembocarían en la crucifixión (Marcos 11:18).

El análisis de los textos es fácil. En ambos casos Jesús intervino con una asombrosa autoridad, echando a los que convertían la casa de su Padre en cueva de ladrones. Los evangelistas Marcos, Mateo y Lucas no aportan ningún elemento que permita imaginar el uso de tipo alguno de violencia. ¿Qué hay del látigo mencionado por Juan?

Esta es la traducción literal del texto original: «Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos del Templo con las ovejas y los bueyes; desparamó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas» (Juan 2:15; BJ). Acción espectacular, con toda certeza. Pero es muy improbable que el látigo se hubiera utilizado contra las personas. En primer lugar, porque el texto no lo dice. También porque Jesús era manso y humilde de corazón (Mateo 11:29). Finalmente, y sobre todo, porque había en el templo ujieres encargados del orden, y no habrían dejado de arrestar a Jesús como culpable si hubiera maltratado a los fieles. En cambio, se contentan con hacerle una pregunta: «¿Con qué derecho haces esto? ¿Quién te ha dado derecho?» (Marcos 11:28, traducción libre). Para resumir, el incidente parece provocar más un cuestionamiento teológico que un escándalo relacionado únicamente con el derecho civil.

De cualquier modo, podemos concluir, con Jean Lasserre: «La guerra no se hace con látigos [...]. Entre un látigo y una metralleta no hay solamente una diferencia de grado, sino también una diferencia de calidad».<sup>58</sup>

### 5. Jesús y las espadas

Pero, dirán algunos, Jesús ¿no había recomendado a los discípulos que compraran espadas? Efectivamente, poco antes de ser arrestado, Jesús había hecho recomendaciones a los suyos:

«Pues ahora, el que tenga bolsa, que la tome, y lo mismo que el que tenga una alforja, y el que no tenga, que venda su manto y se compre una espada. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: Ha sido contado entre los malhechores. “Porque lo que se refiere a mí toca a su fin”. Ellos dijeron: “Señor, ¡aquí hay dos espadas! Él les dijo. “Basta”» (Lucas 22:36-38).

Este pasaje suele citarse para legitimar la violencia de las armas. Sin embargo, si se entiende *espadas* en sentido literal, como lo único compatible con esta interpretación, las dificultades son casi insuperables:

- contradicción flagrante con el conjunto de la predicación cristiana;
- inconsecuencia inexplicable, puesto que Jesús, en ese caso, estaría contradiciéndose pocas horas más tarde, de palabra: «Todos los que empuñen espada, a espada perecerán», y en actos:

---

<sup>58</sup> Jean LASSERRE, *La guerre et l'Évangile, op. cit.*, p. 53.

- la orden que da a Pedro de envainar la suya de nuevo, seguida de la curación de Malco, el soldado herido;
- decisión irrisoria, ya que en la circunstancia, dos espadas hacen sonreír de lástima frente al ejército romano.

Ante estos inconvenientes, se ha buscado una interpretación muy ingeniosa, fundada en Lucas 22:37. Sabiendo que la hora de su muerte había llegado, dicen, Jesús al parecer cuidaba de que se cumpliera una profecía que anunciaba que sería contado entre los malhechores (Isaías 53:12). Se necesitaban, pues, dos buenas espadas para disfrazar a los apóstoles de actores en una escena que no podrá fallar.

Pero ¿cómo imaginar a Jesús, en esa hora solemne, cuidando de una puesta en escena totalmente desprovista de sentido y de nobleza? Por lo demás, semejante explicación no cuadra ni con la profecía de Isaías ni con el discurso del Mesías. Con respecto a Isaías, el profeta ve a Jesús entre los culpables, aun cuando él es inocente, porque es portador de los pecados de los hombres. El Salvador se hace solidario de los hombres pecadores hasta el punto de asumir su condición de pecadores. La presencia de dos espadas no da sentido alguno a esta predicción.

Con respecto al discurso de Jesús, hay que compararlo con las instrucciones dadas a los doce después de su consagración como apóstoles (Lucas 9:1-6). Leyendo entre líneas se imaginan fácilmente las palabras del Maestro.

He aquí, poco más o menos, lo que debió de decirles: En aquel momento os envié sin bolsa, ni saco, ni calzado, y nada os faltó. Era la maravillosa primavera galilea de mi ministerio. No teníais ni mucha fe, ni mucho conocimiento, ni mucha experiencia. Pero las condiciones eran favorables. La oposición nunca era dramática. Y, además, yo estaba con vosotros. Ahora, en cambio, llega el tiempo de las dificultades. Se acerca mi hora y también la vuestra. Primero, la mía. Vosotros me creéis invencible. Sin embargo, voy a sufrir aparentemente una derrota escandalosa. Vosotros esperáis verme pronto con un cetro de hierro. Primero tengo que atravesar otra etapa. La gloria queda para más tarde. Me han entregado... Satanás va a cribar el trigo. La noche se acerca. Armaos de valor y de fe. Os hará falta una buena provisión de fuerza moral y agresividad misionera. La Espada del Espíritu os será más útil que el manto de las buenas apariencias. Ha pasado la hora de la euforia. Vais a afrontar la oposición.

En vez de interpretar el texto en el sentido de un llamamiento a las armas –lo que sería un sinsentido–lo entiendo más bien como una exhortación espiritual. El Nuevo Testamento ofrece muchos textos similares. «Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu», dice san Pablo (Efesios 6:17). «Por tanto, dado que el Mesías sufrió en su carne mortal, armaos también vosotros del mismo principio», escribe el apóstol Pedro (1 Pedro 4:1). «Además la palabra de Dios es viva y energética, más tajante que una espada de dos filos [...]», leemos en la Epístola a los Hebreos (4:12).

Pero ha sucedido a veces que Jesús empleó imágenes y fue mal comprendido. Por ejemplo, la levadura de los fariseos fue objeto de un grave contrasentido. «Jesús les recomendó: Atención, cuidado sin la levadura de los fariseos y con la de Herodes. Discutían unos con otros por qué no tenían pan. Dándose cuenta les dijo Jesús: Cómo ¿discutiendo por qué no tenéis pan? ¿No acabáis de entender ni de comprender?» (Marcos 8:14-21). Las palabras del Maestro dejan traslucir cierto cansancio. Había empleado la palabra en un sentido espiritual y los apóstoles lo habían comprendido en un sentido material.

En el sermón que precede el arresto, Jesús tenía buenas razones para estar decaído. La interpretación simbólica de las espadas se armoniza, pues, perfectamente con el contexto histórico y encaja con los usos lingüísticos. De todos modos, ¿por qué haber dicho a propósito de las dos espadas que presentaban los discípulos: «Basta»?

Evidentemente, el Maestro estaba decepcionado por la incompreensión de los suyos. Es la prueba de que no siguieron el desarrollo de su pensamiento. Seguían prisioneros de sus tradiciones mesiánicas falsas. Decaído ya por las circunstancias agotadoras que estaba viviendo, Jesús se siente turbado por el visible bloqueo del entendimiento de los suyos. Desde este momento, es inútil proseguir. No es tiempo para discursos. Corta en seco: «¡Basta!», les dice.

La expresión griega así traducida, *hikanón estin*, no se aplica a las espadas. Jesús no dice «Basta». Sin ironía ni impaciencia, pone fin a una conversación inoportuna, a un diálogo de sordos. Más tarde tendrá la oportunidad de explicarse con claridad. Dejémoslo aquí.

Para concluir, digamos que todas las explicaciones que retienen el sentido literal de la palabra *espada* tropiezan con incoherencias y en nada tienen en cuenta el contexto. En cambio, la lectura espiritual del pasaje se

armoniza a la perfección con la revelación divina en su conjunto y no le falta pertinencia.

## 6. El fin no justifica los medios

En verdad, se cosecha siempre lo que se siembra. «El vino servido, ese vino de sangre y lágrimas, servido por los sombríos embriagadores, en cuyas manos dejan los pueblos a la aventura el cuidado de su dirección política, hay que beberlo.»<sup>59</sup> —«La iglesia debe recordar con una actitud intransigente que el fin no justifica nunca los medios. Esta intransigencia es tal vez la más original e insustituible función del cristiano en la vida política.»<sup>60</sup> El cristiano respeta la separación de la iglesia y el Estado, pero tiene el deber de ser un modelo para el Estado. Jesús lo invita a ser la sal de la tierra y la luz del mundo.

«Si de verdad Jesús resucitó [...] y si de verdad el Resucitado es idéntico al Crucificado [...] eso significa indiscutiblemente que el fin es idéntico a los medios. El fin no es nada más que el producto de los medios, la cosecha de los medios. El fin es la mies de la semilla que son los medios. Lo que el hombre siembra, eso cosecha también, dice san Pablo. [...] Son los malos medios los que corrompen el mejor de los fines. Pues el fin está constituido por los medios como un lago por los ríos que vierten sus aguas en él. Ríos envenenados hacen un lago envenenado. [...] Jamás la injusticia desembarcará en la justicia ni la mentira en la verdad.»<sup>61</sup>

Añadimos, con Albert Camus, premio Nobel de Literatura en 1957, que la cobardía y el crimen del adversario no excusan que uno se vuelva cobarde y criminal.

## 7. La disuasión nuclear

Es verdad que suele prepararse la guerra bajo el pretexto de proteger la paz, según la antigua máxima *Si vis pacem, para bellum*, si quieres la paz,

---

<sup>59</sup> Wilfred MONOD, *Jésus ou Barabbas* (París: Librairie Stock, 1925), p. 169. «Le vin est tiré, il faut le boire», literalmente se traduciría por «Servido el vino, hay que beberlo». El autor quiere significar lo irremediable de atenerse a las consecuencias de los propios actos (se podría decir: «A lo hecho, pecho»), en este caso, delegar el poder de su dirección política en manos de quienes no lo merecen. (*N. de la T.*)

<sup>60</sup> Charles WESTPHAL, *Foi et Vie*, 1950, p. 335.

<sup>61</sup> Roland de PURY, *Foi et Vie*, abril 1948, p. 216, 221.



prepara la guerra. La disuasión nuclear aparece constantemente en la primera página de los periódicos. Conviene reflexionar acerca de ello. Por primera vez en la historia, la humanidad se ha provisto a sí misma del medio para autodestruirse. El resultado es un verdadero *sursum corda* por parte de muchos pensadores. El gran filósofo francés Gabriel Marcel, por ejemplo, se expresó valerosamente: «Un hecho sumamente general me parece dominar la situación contemporánea. Los hombres han entrado en lo que tenemos que llamar una era escatológica [...] Hay que proclamar muy alto que la guerra, con su rostro de hoy, es el pecado mismo.»<sup>62</sup>

El hombre ¿es incapaz de resistir al mal de otro modo que con el mal?

«En una estrategia de disuasión, y a pesar de los avances tecnológicos que permiten limitar sus efectos secundarios, el arma nuclear –cuyo uso irresponsable e incluso accidental no queda totalmente excluido– sigue siendo el instrumento potencial de destrucción masiva e indiscriminada. Si la utilización de todas las armas infringe el sexto mandamiento, la atómica lo hace –hasta que no haya prueba de lo contrario o de lo peor– en un grado mucho mayor que cualquier otra.»<sup>63</sup>

Paradójicamente, hay quien condena la utilización de armas nucleares, pero aprueban su posesión. ¿Dónde está la lógica? ¿Hay derecho a proferir una amenaza que no se tendría derecho a ejecutar? «¿Cómo, pues, conciliar el sí provisional a la disuasión [...] y el no al crimen contra la población civil?»<sup>64</sup> La cuestión sigue siendo espantosamente compleja. Sabemos que está enturbiada por numerosos intereses.

## 8. La legítima defensa

¿No tenemos derecho, incluso el deber, de defendernos? Este es realmente el único fundamento moral que pueden invocar los partidarios de la guerra y los defensores de la disuasión nuclear. «El judaísmo, el catolicismo y el islam aprueban este principio. Judaísmo e islam lo erigen en deber.»<sup>65</sup>

---

<sup>62</sup> Gabriel MARCEL, *Technique et péché*, 1947.

<sup>63</sup> Henri BURGUELIN (profesor), Michel DAUTRY (pastor), «Les Églises protestantes et l'arme nucléaire», en *Les religions et la guerre* (Paris: Cerf, 1991), p. 317.

<sup>64</sup> Christian MALLON, *Éthique et violence des armes* (Paris: Éd. Assas, 1995), p. 65.

<sup>65</sup> Pierre VIAUD, *Les religions et la guerre* (Paris: Cerf, 1991), p. 12.

«Cada Estado debe poder justificar toda posesión o adquisición de armas en nombre del principio de suficiencia, en virtud del cual un Estado puede poseer únicamente las armas necesarias para asegurar la legítima defensa.»<sup>66</sup>

Llegamos al punto más sensible. ¿Quién es el hombre que aceptaría que maltrataran a los suyos mientras permanece de brazos cruzados? Aquí, la vista se nubla y el corazón se acelera. Por eso no pensamos celebrar el juicio a quienquiera que sea. ¿Con qué derecho lo haríamos? Convergamos incluso que es quizá legítimo no confundir el caso sencillo en que el mal está clara y totalmente de un lado, mientras que la verdad, el bien y el derecho están clara y totalmente del otro, con los conflictos entre naciones, donde las responsabilidades están muy mezcladas. Cuando ladrones armados penetran en una casa, el planteamiento está claro: están, por una parte, los inocentes, y por la otra, los malhechores. Se comprende entonces el reflejo de autodefensa. La cuestión sigue siendo saber si esa es la solución acertada o la mejor.

En los conflictos que generan la guerra, ¿se pueden situar todos los derechos al lado de unos y todas las sinrazones al lado de los otros? Lo dudo mucho. Sea como fuere, no es la sabiduría de los hombres lo que nos importa, sino la de Dios, sabiendo que él ve mejor y más lejos que nosotros.

Un hecho concreto de la vida de Jesús arroja luz sobre este tema. En estos términos lo encontramos en los cuatro Evangelios. Después de la cena de Pascua, cuando Judas se había ido a vender a su Maestro, Cristo y los once apóstoles fueron al monte de los Olivos. Allí Jesús fue descubierto por la delegación que conducía el traidor. Pedro quiso defender a su amigo. ¿Fue su intención matar al servidor del sumo sacerdote? En lugar de hendirle la espada en el cráneo, logró solo cortarle la oreja derecha. «¡Basta!» exclamó Jesús. Y dijo a Pedro: «Vuelve tu espada a su sitio; pues todos los que empuñen la espada, a espada perecerán» (Lucas 22:51; Mateo 26:52). Y a continuación curó a Malco, el servidor herido (Juan 18:1-11).

El pensamiento de Jesús se encuentra, a la vez, encarnado en un gesto elocuente y expresado en un principio lapidario. Se trata claramente de un caso de legítima defensa. Nunca hombre alguno fue más digno de protec-

---

<sup>66</sup> Mons. Michel DUBOST (obispo del ejército francés), *Le commerce international des armes: Une réflexion éthique*, (París: Cerf, 1994), p. 13.

ción. Ahora bien, no contento con rechazar categóricamente el recurso a las armas, se aplica con caridad a curar a la víctima. Y el principio enunciado a modo de explicación reviste una forma normativa y general: «Todos los que empuñen la espada, a espada perecerán».

En otras palabras, las guerras engendrarán siempre guerras. Nunca se reparará nada por las armas; estas no sirven sino para hacer más alta la siniestra pila de cadáveres que amontonan, sin hacer avanzar a la humanidad ni una pulgada en la verdadera solución de los problemas. No se puede servir a la causa de Dios con procedimientos de Satanás.

Con el mal no se puede hacer el bien. Esta era ya la tentación que rechazó el Mesías en el desierto, al principio de su ministerio: aliarse con Satanás para conquistar el mundo.

Convengamos en que es un principio más fácil de enunciar que de poner en práctica. El instinto de conservación en el ser humano es visceral y poderoso. La legítima defensa es un reflejo natural. Pero, precisamente, el Sermón de la Montaña plantea la verdadera cuestión: ¿actuamos como seres humanos naturales o espirituales? (véase 1 Corintios 2:12-16) Guardémonos de lanzar el anatema a quienquiera que sea. Por mi parte, me niego categóricamente a hacerlo así. Pero reflexionemos fríamente para encontrar la puerta estrecha que da acceso a la vía angosta, la del Cristo en nosotros. Tal vez llegaremos, por la gracia de Dios, a condicionarnos según las normas divinas, para que no nos encuentre desprevenidos si un día llegáramos a encontrarnos en dificultades y tuviéramos que vérnoslas con este problema.

Bienaventurado quien, como Cristo, recibe del Espíritu la gracia de vivir el amor, el amor absoluto que no quiere hacer correr sangre alguna, excepto la suya. Su única espada será la Palabra de Dios, que ilumina hasta el final el camino de la vida. Y el fruto del Espíritu, que es el amor, encierra un poder que nunca se ha agotado. Quiero decir que la violencia humana, aun al servicio de las mejores causas es, por cierto, menos eficaz que la protección divina buscada con fe. Hemos de admitir, por tanto, que si la violencia no se empleara sino únicamente en caso de legítima defensa, quedaría ya expurgada de un importante veneno.

## 9. Una parábola a modo de conclusión: «El juicio de la colmena»

–Oh, hermanas mías, –dijo la abeja–, nosotras somos las chispas del Sol, nuestro cuerpo es del mismo metal. Somos las hijas del

gran Cielo, nuestras alas son del mismo cristal. La justicia reina en nuestras ciudades, la razón os dirige a la felicidad, la música acompaña nuestros actos.

—Somos alimentadas por la luz líquida, con un azúcar incorruptible y diáfano. Somos las únicas criaturas que saben comer sin matar. Para nosotras, comer es unirnos a la más pura esencia de las cosas. Para nosotras, comer no es perseguir una presa, abatir un ser vivo, desgarrar el cadáver, arrancar y echar a perder el fruto; para nosotras, es fecundar la flor y hacer que surja de nuevo la vida.

—Pero, hermanas mías, ¿por qué no somos perfectas, igual que lo son los astros? Una sola cosa nos aparta de la dignidad de los dioses: el aguijón y el veneno que llevamos en el vientre. Ahora bien, el que hace uso del aguijón perece por el aguijón. La sabiduría y el cielo os lo enseñan: el aguijón mata, pero quita la vida a aquel que mata.

—Si, pues, el amor no os retiene, que al menos el temor os impida. Yo, por mi parte, prefiero morir a manos de mis enemigos que por el efecto de mi propia malicia. Oh Reina, yo te entrego mi aguijón, y de mí mismo veneno quiero hacer miel.

Las obreras juzgaron y dijeron:

—¿Para qué la miel sin el aguijón y el veneno? Cuanta más miel tengamos, más riesgo de pillaje habrá para nuestra colmena. Entregar el aguijón es hacerse cómplice del enemigo.

—¿Quién no discierne el veneno y la traición en las palabras de miel de esta que habla? La acusada merece la muerte.

Los Machos juzgaron y dijeron:

—Nosotros conocemos nuestro destino, que es perecer por el aguijón, pero ¿se nos tilda de cobardes? El amor y la muerte están vinculados. Querer lo uno sin lo otro es contrario a la lógica, a la costumbre y al honor. La propuesta nos ofende. La acusada merece la muerte.

La Reina juzgó y dijo:

—Si el razonamiento de la acusada fuera justo, señalaría el final de la colmena, luego, es falso. Merece la muerte.

—Así pues, todos los aguijones se volvieron contra la abeja que había renunciado al suyo. Todos los que la picaron murieron con bra-

vura. Toda la colmena murió por el miedo a quedarse sin defensa.»<sup>67</sup>

## 10. El segundo grado de la no violencia: Para ganar la paz

### 10.1. Una reacción necesaria

Jesús no se contentó con rechazar el recurso a la violencia para resolver los conflictos, cualesquiera que sean. El *no* a la violencia conlleva un principio activo a menudo mal conocido.

De hecho, la ambigüedad pesa sobre la expresión «no violencia». Christian Mellon la describe en su libro ya citado:

«La ambigüedad de la noción la había percibido con acierto el mismo Gandhi. Habiendo recibido de su tradición religiosa la palabra *ahimsa*, que designa la negativa absoluta a dañar al prójimo, sintió la necesidad de forjar otro término para designar su método de lucha, el *satyagraha*. Por cierto que no estaba en su ánimo ninguna separación radical entre las dos nociones, ya que *satyagraha* suponía para él una adhesión profunda a la *ahimsa*. Pero era lo bastante lúcido como para ver que muchos hindúes no obedecían a sus consignas de no violencia sino por razones pragmáticas, sin compartir su convicción de que la violencia debía ser excluida por razones religiosas y éticas.»<sup>68</sup>

Igual que Lanza del Vasto, discípulo de Gandhi, distinguimos tres grados en la no violencia. La vertiente que contempla el respeto a la vida es el primer grado, la no violencia pasiva de la que hemos hablado ya, a saber, la negativa a matar según el sexto mandamiento del Decálogo. El segundo grado es la no violencia activa, el poder de la verdad, la defensa de la justicia con las fuerzas de la justicia. Es la aceptación del sufrimiento, del sacrificio. El tercer grado es la vertiente que contempla el amor y la gracia, y consiste en devolver bien por mal.

El segundo grado es muy mal conocido en Occidente. Ahora bien, sin él, la no violencia es como un soldado sin arma, incapaz de hacer el mal, pero incapaz también de impedir que se haga el mal. Esto habla de la

---

<sup>67</sup> LANZA DEL VASTO, *Approches de la vie intérieure*, (París: Denoël, 1962), p. 278, 279.

<sup>68</sup> Christian MELLON, *Éthique et violence des armes*, *op. cit.*, p. 45.

importancia de este aspecto del tema que nos ocupa. Sin él, la no violencia no tiene ninguna fecundidad.

La hemos fundado sobre el poder de la verdad. Pues la verdad contiene, en efecto, una gran fuerza. Como, curiosamente, observaba el mismo Napoleón, hay dos fuerzas en el mundo, la fuerza de la espada y a la fuerza del Espíritu. Y añadía: la fuerza del Espíritu acabará venciendo la fuerza de la espada. Pues sí, es al famoso guerrero a quien debemos esta máxima notable. En lugar de vencer, hay que convencer. Quien defiende con la espada una causa justa está sobreentendiendo que la justicia de su causa no tiene fuerza en sí misma. Pero, entonces, ¿qué garantía tiene de que el más fuerte sea también el más justo? Ahora bien, en este caso, será el más fuerte quien quite la razón al otro.

He aquí la solución que contemplaba el gran Pascal: «La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica... Así pues, hay que unir la justicia y la fuerza; y para ello, hacer que lo que es justo sea fuerte, o que lo que es fuerte sea justo.»<sup>69</sup> Tal es el método propuesto por Jesús. Se trata de una verdadera técnica para resolver conflictos.

Escuchemos de nuevo a Jesús en el Sermón de la Montaña: «Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal» (Mateo 5:38-39). Jesús se refiere al texto de Éxodo 21:21, generalmente invocado como ley del talión. No olvidemos que aquí nos encontramos frente al código civil judío. Al ser Israel una nación, necesitaba tenerlo. El objetivo de dicho código no era alentar la venganza, sino limitarla, controlando que no se desbandara. Las naciones contemporáneas no lo hacen mejor. Tanto más cuanto a ese código Israel añadía el precepto religioso, por otra parte tan discutido: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Levítico 19:18).

La superación requerida por Jesús consiste en «no resistir al mal» (Mateo 5:39). Aunque sea correcta, esta traducción crea un malentendido: no resistir equivale a dejar actuar, a inclinarse ante el malvado. Ahora bien, el texto griego no sugiere lo mismo. La idea que presenta consiste en no resistir en el mismo nivel que él. Con otras palabras: no responder a un acto de maldad con otro acto de maldad, no buscar el equilibrio en el plano de los daños, no emplear las armas para resistir a las armas.

---

<sup>69</sup> Blaise PASCAL, *Pensées*, ed. de Brunshvicg, 298 (en línea: *Les Pensées de Blaise Pascal*, <http://www.penseesdepascal.fr/Raisons/Raisons20-moderne.php> [31 enero 2014]).

Si esto se comprende, lo que sigue es su consecuencia lógica:

«Antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida da, y al que te desee que le prestes no le des la espalda.» (Mateo 5:39-42).

No son pocas las chanzas que se han lanzado a propósito de estas palabras. Es verdad que, aplicadas ciegamente, muchas veces generarían desastres. El mismo Jesús no lo hizo. Durante su proceso, interrogado por el sumo sacerdote, recibió una bofetada de un guardia. No le presentó tontamente la otra mejilla sino que respondió con dignidad: «Si he faltado en hablar, declara en qué está la falta; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?» (Juan 18:19-23). En consecuencia, lo que importa es descubrir el sentido real de las palabras en cuestión. ¿Qué quiso decir el Maestro? Una gran verdad, pero difícil de discernir y más difícil aún de poner en práctica. Intentemos comprender.

Si alguien te hace daño, es porque hace un juicio negativo acerca de ti. Si respondes con un mal de la misma naturaleza, confirmas al otro en su impresión. Esto puede generar muy pronto un montón de desgracias. Así pues, no te quedes en la misma posición que el otro. Corta el circuito del mal, si es necesario aceptando provisionalmente un mal mayor. Tu verdad resultará fortalecida. Tu justicia será más visible. La conciencia del otro tendrá más oportunidades de abrirse. Y la reconciliación, tal vez, se hará posible.

Aquí aparece el vínculo con el primer grado de la no violencia. «Busca un arreglo con el que te pone pleito, cuanto antes, mientras vais todavía de camino» (Mateo 5:25). El homicidio es la manifestación suprema y última de la irritación contra el prójimo. Ahora bien, para los seres humanos que están en el camino de la vida, no solo todo acto a través del cual se traduce esta irritación –atentar contra sus intereses, ofensa, insulto, juicio inicuo– es una falta moral, sino que el hecho mismo de sentirla es ya culpable en sí mismo. En eso consiste precisamente la originalidad del Evangelio.

El cumplimiento o la superación de los que habla Jesús no se realiza, a no ser que la hostilidad instintiva contra el prójimo sea reemplazada por una buena voluntad surgida del fondo del alma. Este es el orden nuevo en el cual la vida del otro no queda negada sino reconocida y afirmada. De

ahí la importancia que se da a la reconciliación. Esto prima sobre todo, incluso por encima de los deberes más sagrados (Mateo 5:23). La reconciliación se construye en oposición al hecho de dar muerte. Es tan fecunda, como destructor es el acto de matar.

Pero no se puede forzar la reconciliación. Jesús mismo sufrió rechazos espantosos. La reconciliación exige por ambas partes una disposición interna, una apertura, una capacidad espiritual. Desprovistos del poder creador de la vida nueva, no podríamos sino copiar sin éxito sus manifestaciones. Sería desastroso. Ojalá que la ley de la vida nueva pueda reinar en nosotros.

Es hora de precisar en qué consiste la no violencia como técnica de reconciliación. Digamos primero lo que no es. No está emparentada con la cobardía. No podemos tolerar la injusticia. Quien asiste a la opresión de un débil, a un robo, una violación, un homicidio y no interviene cuando tendría fuerza para hacerlo, no es sabio ni prudente sino cobarde.

Del ser humano que vive en paz con sus convecinos no se diría que es no violento. Ni tampoco del que es impotente. El cordero no hace mal a nadie, es incapaz de hacerlo. Para ser no violento hay que ser fuerte, pero capaz de dominar la propia fuerza. El hombre incapaz de montar en cólera ante la injusticia no es un hombre (*vir*, en latín, es fuerza). Pero si no convierte su ira no es cristiano. Un día oí a Lanza del Vasto decir algo similar a esto: la no violencia tiende no a hacer huir al enemigo sino a llevarlo frente a él mismo; no a reducirlo y dejarlo a merced, sino a liberarlo de su propio juicio; no a confundirlo sino a liberarlo de su ceguera; no a humillarlo sino a recordarle que su propio honor le obliga a hacer honor al derecho.

He de advertir que la no violencia no se confunde con la no resistencia, a pesar de la nobleza de esta última, como la actitud de los mártires, por ejemplo, que cantaban himnos en el momento de su muerte.

No se limita tampoco a la resistencia pasiva, que consiste en hacer lo menos posible: aceptar las armas y no hacer uso de ellas, no marchar sino bajo la amenaza de la muerte. Quien acepta las armas permite que quien se las confía cuente con él. Si no las usa en el momento oportuno, falta a su deber. Cuántos cristianos han acallado así su conciencia, cuando en realidad se estaban haciendo culpables de una falta grave.

En pocas palabras, no hay que confundir la no violencia con una dimisión temerosa o con la complicidad del silencio, en la inacción. Consis-



te más bien en decir claramente no a la violencia, pero sin violencia. Ataca a la injusticia y no al ser humano, que es su autor. Aborda al adversario ofreciéndole el diálogo. Apela constantemente a la conciencia buscando la reconciliación. Si hace falta, se niega a obedecer por motivos de conciencia, este es el ejemplo de los apóstoles que hicieron frente a las autoridades religiosas de Jerusalén diciendo: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29).

No hay que engañarse. Esta actitud activa de resistencia al mal no siempre es acogida con una sonrisa. Los apóstoles sufrieron esta dolorosa experiencia, ya que casi todos fueron perseguidos o martirizados. Esta no violencia se manifiesta en el compromiso que hace decir a Jesús: «No penséis que he venido a sembrar la paz en la tierra: no he venido sembrar paz, sino espadas. [...] El que conserve su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la conservará.» (Mateo 10:34-39). Él mismo vivió la experiencia de ello en la cruz y en la resurrección.

### *10.2. Algunos ejemplos*

He aquí algunas muestras, para concretar la teoría. En India, el gobierno inglés quería prohibir la venta de la sal local. Una medida vejatoria e inútil. Gandhi encuentra esta ley injusta y organiza su campaña de la sal. El día señalado, millares de personas van a comprar sal y se dejan detener sin intentar escaparse. A las autoridades, esto les desborda.

En Estados Unidos los restaurantes para la población blanca estaban prohibidos para los negros. Martin Luther King organiza una acción no violenta.<sup>70</sup> Grupos de negros y algunos blancos se instalan en los restaurantes. A varios de ellos los meten en la cárcel. En cuanto salen, vuelven a hacer lo mismo. Van a las mesas y se ponen a desenvolver su tentempié. El gerente monta en cólera, y llama a la policía. Pero la misma historia se repite en todos los restaurantes de la ciudad. La policía está desbordada. Autorizan a los negros a comer. Pero los blancos se van. Las comidas que se habían preparado para ellos se pierden. Al día siguiente, vuelta a empezar. Y lo mismo al otro día. Finalmente, los restaurantes

---

<sup>70</sup> El 28 de agosto de 1963, durante la marcha a Washington, Martin Luther King pronuncia su célebre «I have a dream» (Tengo un sueño) delante de 250.000 personas. «Sueño que un día, sobre las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los ex dueños de esclavos podrán sentarse juntos a la mesa de la hermandad. [...] Con una fe así, seremos capaces de transformar el sonido discordante de nuestra nación en una maravillosa sinfonía de fraternidad.» (Martin Luther KING, «*Je fais un rêve*» [Paris: Centurion, 1987], p. 56).

quedan libremente abiertos a los negros que, en vez de aprovecharse de su victoria, actúan con delicadeza. El día de la victoria, un solo negro por restaurante, en un rinconcito.

Una organización semejante se estableció con respecto a los cines. Esto era más complicado debido al control al entrar. Tres o cuatro negros hacen cola para comprar entradas. Se les hace salir con sequedad. Respuesta: «Yo creí que el cine estaba abierto para todos los hijos de Dios.» Los blancos se sienten molestos. Todos los días de la semana, un negro hace lo mismo, volviendo a la cola hasta unas treinta veces por noche. Al cabo de una semana, le lleva una orquídea a la cajera. Al día siguiente, la joven deja su puesto de trabajo.

Otro ejemplo muy distinto. Estamos en Viena, al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando llega la capitulación. Llegan los soldados rusos y no gozan precisamente de la mejor reputación. Una madre y su hija, que es muy bonita, están inquietas. ¿Esconderse? Es demasiado arriesgado ¿Huir? Es una verdadera locura. Abren la Biblia con un sentimiento de oración y leen:

«Amigos, no os toméis la venganza, dejad lugar al castigo, porque dice el Señor en la Escritura: “Mía es la venganza, yo daré lo merecido”. En vez de eso, “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: así le sacarás los colores a la cara”. No te dejes vencer por el mal, vence al mal a fuerza de bien» (Romanos 12:19-21).

Deciden ponerse a entonar cánticos de Navidad y entonces llaman a la puerta. Entran tres soldados creyendo que la radio estaba puesta. Muy asombrados, descubren que eran las mujeres que estaban cantando. La madre les ofrece asiento en los sillones. Ellos permanecen de pie. Les ofrece de beber y aceptan. La atmósfera se relaja. Se ponen a cantar aires de su tierra. Pasan varias horas y no les hacen ningún daño; después, se retiran dando las gracias. Más tarde, las dos mujeres se dan cuenta de que uno de los soldados hace guardia en la puerta.

Vemos cómo el secreto de la no violencia activa consiste en poner en acción la fuerza del Espíritu, sensibilizando la conciencia del otro. Pues se trata verdaderamente de una fuerza, de una presión. Y es ahí, precisamente donde aparece su límite aceptable. Pues no es menos grave forzar moralmente que forzar físicamente. Esta presión tiene sus límites. Conviene estar atento a ellos, pues nada es peor que la corrupción de las me-

jores cosas. El ayuno no violento, por ejemplo, puede ser útil. A condición, sin embargo, de no llegar hasta arrojar sobre la conciencia de los otros una muerte cuyo autor responsable es únicamente quien decide ayunar. No se juega con la conciencia. Hay que reflexionar acerca de ello con seriedad, ya que es terriblemente sutil y los errores son abundantes.

La crucifixión de Jesús puede considerarse como el desenlace de su no violencia. Dijo a Pilatos: «Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí» (Juan 18:36; BJ). Y cuando Pedro blandió su espada para defenderlo, declaró: «¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre? Él pondría a mi lado ahora mismo más de doce legiones de ángeles» (Mateo 26:53). Sí, Jesús habría podido escapar a la muerte, pero no se sustrajo de ella. Todo tipo de autoridades se pusieron de acuerdo para infligírsela; judías con Caifás, romanas con Pilatos, cristianas con Judas. Son ellos los artífices de la cruz. Hay un abismo entre la crucifixión infligida a Jesús y la libre elección de un ayuno que conduce a la muerte.

Hay que afirmarlo con claridad: la no violencia utilizada como técnica revolucionaria no siempre es digna del Evangelio. Cruel para quienes la practican, puede serlo también para los otros que la sufren. No obstante, sus derivaciones negativas no deben impedir que apreciemos sus auténticas virtudes. Alguien que estaba en contra de su actuación decía a Gandhi en 1932: «Nunca en la historia hubo un país que pudiera adquirir su independencia por medios no violentos.» «Escribamos una nueva historia», respondió Mahatma.

Para mí, se impone una última observación, inesperada pero fundamental. La no violencia es inseparable de una vida totalmente orientada por la conversión. Debe enraizarse en la fe. No se puede hacer de ella un truco ocasional para salir de apuros. El truco interviene entonces demasiado tarde, ya que no funciona sin amor. Y el amor es el don supremo del Espíritu. Volveremos a ello más adelante.

En la misma óptica se puede contestar a un argumento mencionado con frecuencia para justificar la guerra.

«Contra la invasión de Hitler, por ejemplo, quién juzgaría inmoral la resistencia por las armas?»<sup>71</sup> De acuerdo. Juzgar sería presuntuoso, insis-

---

<sup>71</sup> Christian MELLON, *Éthique et violence des armes*, op. cit., p. 18.

to en repetirlo. No olvido los sentimientos que me invadieron cuando vi mi cielo abarrotado de bombas, desde mayo de 1940.

Observo, sin embargo, que había que actuar a contracorriente. Sabemos, desgraciadamente, que no faltaron autoridades religiosas para aprobar el nacionalsocialismo alemán. Después, las manos estaban atadas.<sup>72</sup> «Cuando la solución es tal que la desesperación no ve ninguna otra posibilidad que la violencia, es que los cristianos no han sido lo que debían ser.»<sup>73</sup> Una vez más, servido el vino, hay que beberlo. Si existiera otro medio que con certeza invirtiera el curso de los acontecimientos, Jesús lo hubiera empleado en su tiempo. Pues, no lo olvidemos, pueblos oprimidos no faltaban en su época. La no violencia no es una panacea.

### 11. El tercer grado de la no violencia

Llegamos al punto culminante de toda enseñanza que se haya dado jamás en relación con el comportamiento de los seres humanos entre sí. Se ruega a los profanos abstenerse, ya que esto no es para ellos. Para ser capaz de ponerlo en práctica, se impone el recurso a un poder externo de liberación. Leamos primero:

«Os han enseñado que se mandó: “Amarás a tu prójimo...” y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos. Si queréis solo a los que os quieren ¿qué premio merecéis? ¿No hacen eso mismo también los recaudadores? Y si mostráis afecto solo a vuestra gente ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos? Por consiguiente, sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo.» (Mateo 5:43-48).

---

<sup>72</sup> La misma observación se impone con respecto a la Primera Guerra Mundial. La llamada de los 93 intelectuales alemanes de octubre de 1914 es significativa: «Representantes de la ciencia y del arte alemanes, desmentimos como falsas ante el conjunto del mundo civilizado las mentiras y calumnias con las cuales nuestros enemigos pretenden mancillar la causa pura de Alemania...» (Citado por Klauspeter BLASER, *La Théologie au XXe siècle* [Lausana: L'Âge d'Homme, Lausana, 1995], p. 53). Karl Barth quedó también desconcertado por la ideología guerrera adoptada por el conjunto de sus maestros de teología en Alemania.

<sup>73</sup> Jacques ELLUL, «Tu ne tueras pas», *op. cit.*, p. 61.

No puedo pensar en comentar aquí este texto en detalle. Su riqueza es demasiado extensa. Esforcémosnos, al menos, en descubrir la naturaleza del amor del que aquí se trata. Pues no se parece al amor de los esposos, ni al afecto de los allegados, ni al acuerdo de los amigos. No es la dulce efusión del corazón a la cual no hay nadie que se resista. El sentimiento nace espontáneamente o de forma natural, como surge la llama cuando se encuentran dos electrodos. Su centro de gravedad está en el exterior. Como dice el poeta: «solo un único ser me falta y todo está desolado».<sup>74</sup> Es maravilloso y legítimo. Pero no nos quedemos en este ámbito. El amor que Jesús exige se llama *ágape* y no *eros*, amor conyugal, ni *philia*, amistad.

Si se tratara de un sentimiento, de una inclinación espontánea, no podría ser objeto de una exigencia y Jesús emplea el imperativo: «Amad a vuestros enemigos». Este amor no es, pues, del orden de la sensibilidad, sino que depende de la voluntad. No sentimiento, sino virtud. Es un principio que pone en marcha a todo nuestro ser: amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza y con todo el pensamiento (Lucas 10:27). El detonante no se produce en el exterior, sino en el interior. No es el otro el que suscita la inclinación. ¿Cómo iba a hacerlo el enemigo? Hacia él de forma natural se experimenta aversión. En el fondo del ser es donde se forja el amor que se requiere. Su centro de gravedad está dentro.

Como observaba el poeta, todo amor de la carne «supone de sombra triste la mitad».<sup>75</sup> El hombre que ama a una mujer de esta manera odia a los que la admiran demasiado y a los que no la admiran lo suficiente. Podría odiarla a ella, si llegara a preferir a otro. Podría odiarse a sí mismo, si no lograra mantenerla para él. Es mucho odio para un solo amor.

Ese amor debe ser convertido. La conversión de la inteligencia da la fe. La conversión del cuerpo da el dominio de sí mismo. La conversión del amor da la «caridad», que es lo opuesto al amor propio y a la concupiscencia. El amor natural está al servicio de las necesidades egoístas. La caridad hace que este orden cambie de arriba abajo. Trasciende la atracción y el apego. Se interesa por el leproso.

---

<sup>74</sup> Nicolas-Germain Léonard (1744-1793) es de hecho el autor del verso, sin embargo, ligeramente modificado, quién lo dio a conocer fue Alphonse de Lamartine. (*N. del E.*)

<sup>75</sup> Paul VALÉRY, «El cementerio marino», trad. Fernando Reyes Franzani (en línea: [http://fernandoreyesfranzani02.blogspot.com/2011/04/le-cimetiere-marin-y-la-version-literal\\_16.html](http://fernandoreyesfranzani02.blogspot.com/2011/04/le-cimetiere-marin-y-la-version-literal_16.html) [31 enero 2014]). (*N. del E.*)

Pero hay un ser humano más difícil de amar que el leproso: el enemigo. Quien logra este amor se acerca a la perfección del Padre, no en su aspecto cuantitativo sino en el cualitativo (Mateo 5:48). Rompe su último obstáculo. Lleva consigo las penas de los otros, en vez de apartarse de ellas. El ejemplo supremo lo da Jesús, de quien se ha dicho que ha sido portador de nuestras deficiencias, enfermedades, sufrimientos y hasta de nuestros pecados (Isaías 53:4,5; Mateo 8:17). Lo que quiere decir que él hizo todo lo que dependía de él para liberarnos. Hasta morir. El ágape llega hasta el olvido de sí mismo por el bien de los otros.

La parábola del buen samaritano (Lucas 10:25-37) arroja así una hermosa luz sobre el tema que estamos tratando. Samaritanos y judíos eran enemigos. Sin embargo, el samaritano se acerca al judío herido. Deja su camino y sus proyectos, ofrece su sitio en la montura. Ha comprendido que el prójimo que hay que amar es el hombre acorralado. A despecho de las tradiciones y de la religión, contrariamente al sacerdote y al levita, conciudadanos y correligionarios del herido, que se desvían por miedo a transgredir la ley al tocar a un muerto (Levítico 21; Ezequiel 44:25-27). Amar es, pues, acercarse, dejar por un momento el propio camino, las preocupaciones, elegir a pesar de los propios intereses. No negar al otro, no negarse uno mismo, sino hacer por el otro lo que él necesita. Y después, cerrar el paréntesis y proseguir el camino, en la luz.

Paradójicamente, en vez de establecer una sujeción molesta, la caridad ofrece la libertad. «En cambio, el que se concentra en la ley perfecta, la ley de los hombres libres, y es constante no en oírla y olvidarse, sino en ponerla por obra, ese encontrará su felicidad en practicarla» (Santiago 1:25). En efecto, todo lo que odio me aísla, me restringe, me endurece en mis límites y me aprisiona. Y al contrario, me hago más grande con lo que amo. Al oponer nuestras fuerzas, las anulamos. Al conjugarlas, las redoblamos. Compartiendo mis penas, las alivio. Compartiendo mis alegrías, las multiplico. El amor verdadero es cumplimiento de la ley en la libertad.

Recordemos que la consigna de Cristo, Mateo 5:20, apunta a la superación de la justicia mediante el amor. Para esclarecer este tema, me parece útil resumir una enseñanza original de Lanza del Vasto:<sup>76</sup>

---

<sup>76</sup> Exposición oída dentro del marco de los encuentros del Arca, movimiento dirigido por Lanza del Vasto en los años 1950, en Francia.

«Todo el mundo sabe lo que es la justicia, dijo. Es tan claro como que dos y dos son cuatro. Pero no hablo en vano de dos y dos, ya que para que dos y dos sean cuatro, hace falta que uno sea igual a uno. Es fácil de imaginar cuando se trata de cálculo. Mucho menos cuando el uno soy yo. Pues yo soy la cosa más importante del mundo.

»Para que yo llegue a decir que yo u otro es lo mismo, es necesario que fuerce y cambie de arriba abajo mi naturaleza. He aquí lo que explica por qué la justicia rara vez va separada de la fuerza. Parece provista de una balanza y también de una espada, que corta a menudo en la carne viva. El justo se fuerza a sí mismo a la justicia. Pero, ya que yo u otro es lo mismo, no hay un justo que no se sienta forzado a forzar también a los demás.

»Si tengo tanta repugnancia a pensar que yo u otro es lo mismo, es que ahí hay también en esto algo de falsedad. Esta parte de falsedad me aparece con claridad desde el momento en que considero a la persona que amo. Ella u otra, no es lo mismo. Así, los fundamentos de la justicia vacilan cuando se hace intervenir al amor.»

»¿Cómo, entonces, ser justo, combatir la injusticia y amar? Si por amar se considera la pasión, el afecto o la atracción, no se evita la contradicción entre amor y justicia. Hay que mortificar constantemente el amor para ser justo o resignarse a ser injusto para proteger el amor. A menos de no confundir amor y ágape-caridad, que es virtud y no preferencia.

»Se podría decir que el Evangelio aporta una reivindicación de los derechos de la caridad frente a la justicia. En sus parábolas, Jesús combate con frecuencia nuestro espíritu de justicia exterior y de cifras. Tratándose de los obreros de la viña, por ejemplo, los que no han trabajado sino una hora reciben el mismo salario que los que se han esforzado durante todo el día. ¿Y qué decir del hijo pródigo? Ha malgastado hasta el desenfreno los bienes de su padre. Pero a su regreso es él quien es festejado, en perjuicio del que se ha desvivido sin descanso. Nuestras nociones clásicas de justicia se tambalean.

»¡Qué difícil de comprender y de vivir! Recordad la historia. El día en que los cristianos dejaron de ser una secta oprimida, erigieron tribunales y condujeron ejércitos; persiguieron a quienes rezaban al

mismo Dios de manera distinta de la suya. Curiosamente, el cristiano sabe que debe mostrarse caritativo en lo particular, pero en lo colectivo no cree poder permitirse serlo.

«La justicia tiene su balanza y el amor su balancín, que ponen entre el bien y el mal una relación oscilante, constata con humor nuestro autor. El balancín del amor hace volar al hombre, de un tirón, de la ciega complacencia a la ceguera de la ira y el desprecio. La justicia primero, dicen unos, de lo contrario nos hundiremos en el desorden y la locura. Cuando el orden esté establecido y la razón satisfecha por la fuerza, tendremos oportunidad de pensar en el amor. Pero el matrimonio de conveniencia de la razón y la fuerza engendra el odio que aplaza el sueño de amor indefinidamente.

»El amor primero, dicen otros, y no nos atasquemos con ninguna ley. Pero el matrimonio de amor del amor con el desorden engendra el desacuerdo que mata a la justicia y al amor. He aquí cómo la justicia y el amor desembocan en el caos, donde el remedio para el mal aumenta el mal. He aquí cómo, desde hace miles de años, la humanidad se consume debido a esta contradicción.

»Jesús vino a ofrecer la solución. Hay que eliminar toda contradicción entre las dos virtudes principales, justicia y amor. Quitar a una y otra lo que pueden tener en común con el mal: la violencia. Si quiero permanecer con Dios justo y bueno, debo abandonar la violencia a los malvados, me cueste lo que me cueste. No dejarme nunca llevar a la justicia sin amor, ni al amor sin justicia. El puente que tendió Jesús entre la justicia y el amor es la no violencia.»<sup>77</sup>

El padre René Coste, profesor en el Instituto Católico de Tolosa, reconoce también los méritos de la no violencia:

«Existe, incontestablemente, un mandamiento de no violencia evangélico (especialmente Mateo 5:38-42). El mismo Jesús se negó a recurrir a la violencia para defenderse, en el momento de su detención. Al rechazar el mesianismo político-religioso de la mayoría de sus compatriotas (significado simbólico esencial del relato de la Tentación), había rechazado por ese mismo hecho el recurso a la violencia para cumplir su misión.»<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Según *Les nouvelles de l'Arche*, año 3.º, pp. 33-41.

<sup>78</sup> En Pierre VIAUD, *Les religions et la guerre*, (París: Cerf, 1991), capítulo V, p. 93.



La expresión más profunda de la ética cristiana sigue siendo con certeza el amor ágape. Amar a Dios, amar como Dios. Amar con el amor de Dios. Amar al prójimo como a sí mismo, como siendo uno mismo. Amar a Dios en el otro, amar al otro en Dios. Todo está contenido aquí. Pero ese amor es fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). No se logra sin haberse purificado «internamente por la respuesta a la verdad», sin haber sido regenerado por la palabra viva y permanente de Dios (1 Pedro 1:22,23).

Algunos pretenden reemplazar toda forma de obediencia por el amor. No olvidemos que «el cumplimiento de la ley es el amor» (Romanos 13:10). Hay un vínculo intrínseco que une amor y obediencia. Jesús fue obediente hasta la muerte (Filipenses 2:5-11); vivió el amor hasta morir por ello, pero su muerte mató a la muerte porque estaba preñada de amor.

Lamentablemente, como decía Bernanos, odiarse es más fácil de lo que uno cree. Acurrucado en posición horizontal, Gandhi hablaba en Lausana. Un estudiante, visiblemente pagado de sí mismo, le interrumpió: «Señor Gandhi, el mundo está patas arriba, ¿qué podemos hacer para ponerlo de nuevo en su sitio?»

Chispeante de malicia detrás de sus gafas, el Mahatma respondió: «Joven, es su alma la que está patas arriba. Comience por poner orden dentro de sí mismo y verá que el mundo se pone en orden también.» Utopía, con toda certeza, para muchos, y sin embargo sabiduría. Pues no se puede dar al mundo aquello de lo que uno mismo se ve privado. Si el mundo actual avanza corriendo hacia su perdición, hay que trabajar, a toda velocidad, por su curación. Pero esa curación empieza por la mía propia.

## 12. César y Dios

La decisión de deshacerse de Jesús estaba tomada. Así pues, se multiplicaban las trampas con la esperanza de cogerle en alguna falta.

«Enviaron unos fariseos y partidarios de Herodes para cazarlo con una pregunta. Se acercaron y le dijeron: “Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa de nadie, porque tú no miras lo que la gente sea. No, tú enseñas el camino de Dios de verdad. ¿Está permitido pagar tributo al César o no? ¿Pagamos o no pagamos?” Jesús, notando su fingimiento, les dijo: “¿Por qué intentáis comprometerme? Traedme acá una moneda, que la vea. Se la llevaron y él les preguntó: “¿De quién son esta efigie y esta leyenda?” Le con-

testaron: “Del César”. Jesús les replicó: “lo que es del César, devolvédsele al César, y lo que es de Dios a Dios. Y los dejó atónitos...” (Marcos 12: 13-17)

Lucas precisa que no pudieron responder nada (20:26). Mateo añade que se marcharon (Mateo 22:22).

Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. ¿Está claro? Para los oyentes del Maestro fue así, puesto que no encontraron ninguna réplica, a pesar de sus intenciones perversas. Hoy, la frase ha perdido su sal hasta tal punto que se le atribuyen los sentidos más contradictorios. Algunos pretenden encontrar en ella la justificación cristiana a la sumisión integral a las autoridades de este mundo. Otros, en cambio, sostienen que Jesús no concede al Estado ninguna consideración especial. ¿Quién tiene razón? El contexto nos ayudará.

Los fariseos son nacionalistas muy patriotas. Así pues, para ellos los romanos son enemigos a los cuales tienen el sagrado deber de resistir. Sin embargo, los herodianos tienen simpatía por los romanos. Deseosos de proteger sus bienes, prefieren pactar con el invasor. Son «colaboracionistas». He aquí, pues, unos antagonistas que se encuentran y se ponen de acuerdo para poner a Jesús en dificultades. Porque pagar el impuesto al César equivale a desacreditarse a ojos de los fariseos puesto que es una forma de colaboración. Un verdadero pecado. Pero negarse es ilegal, tanto que los partidarios de Herodes se apresurarían a denunciar al culpable de disturbios.

El asunto está orquestado con astucia, es luciferino. Pero Jesús posee el más alto grado en el arte de derrotar a los «malvados». «¿Por qué intentáis comprometerme?, les dice con aplomo. Traedme acá una moneda para que la vea.» Una manera aguda e irónica de culpabilizarlos, ya que la moneda que le dan (un denario) era impura para un judío ortodoxo. Sin insistir, el Maestro continúa: «¿De quién son esta efigie y esta leyenda? ¿Del César? Lo que es del César dad al César y lo que es de Dios a Dios.»

La respuesta es inesperada. Un poco como si Jesús dijera: «¡Devolved deprisa esta moneda; os está mancillando». En resumen, se evade así a una cuestión de principio para encontrarse ingenuamente ante un caso particular, ante una falta elemental, cometida por esos hombres con reputación de gran piedad ritual y formalista. El cazador ha resultado cazado.

¿Debemos quedarnos aquí o conviene, a pesar de todo, que de estas palabras sencillas, pero enigmáticas, se desprenda una línea de conducta normativa? No ha faltado en absoluto quienes lo hicieran. He aquí las principales tendencias bien resumidas por Jean Flori, director de investigación del CNRS.<sup>79</sup>

### *12.1. Un problema sin importancia*

Esta es la conclusión de Søren Kierkegaard y de Albert Schweitzer, Jesús concede que es necesario pagar el impuesto, pero eso no tiene importancia.

### *12.2. La interpretación antizelote<sup>80</sup>*

Jesús reconoce la existencia de la autoridad de César. El poder político existe y viene de Dios. La presencia del denario en suelo palestino lo prueba. Imposible escapar a este estado de hecho. Hay, pues, que pagar el tributo, ya que el César representa la autoridad legítima.

### *12.3. La interpretación zelote*

Igual que los zelotes, Jesús parece ser un feroz contestatario del poder imperial romano y partidario de un retorno a la teocracia. Desde esta perspectiva el «dad al César» es un consejo de ruptura absoluta con todo lo que viene de Roma. Por consiguiente, no hay que pagar el tributo.

### *12.4. La distinción entre los dos poderes*

Muchos teólogos, seguidos por la mayoría de los historiadores, piensan que Jesús reconoció la existencia legítima de ambos poderes, uno político y el otro religioso. Así, piensan que instituyó la separación de los poderes espiritual y temporal, mostrando a los fariseos que se puede obedecer al César sin ser infiel a Dios, y a los partidarios de Herodes que la sumisión al César no dispensa de la fidelidad a Dios. En pocas palabras, hay que pagar el impuesto obedeciendo al mismo tiempo a Dios.

### *12.5. El doble reino*

Varios conocidos teólogos presentan una interpretación más matizada. Según Oscar Cullmann, por ejemplo, encontramos aquí la famosa tensión

---

<sup>79</sup> Ver Jean FLORI, en *Conscience et Liberté*, 1.<sup>er</sup> semestre 1975, p. 12-16.

<sup>80</sup> Recordemos que los zelotes eran los patriotas que preparaban en secreto la revolución.

entre el ya y el todavía no. El reino de Dios está ya presente en el mundo, aunque no todavía verdaderamente establecido. La respuesta de Jesús sería resultado de esta percepción escatológica. El teólogo suizo Pierre Bonnard, adopta el mismo punto de vista. La autoridad civil reviste una auténtica legitimidad, pero debe inscribirse en el reino, más amplio, de Dios. Günther Bornkamm, discípulo de Bultmann, llega incluso a enfocar la sumisión al César como necesaria pero temporal, mientras que la autoridad de Dios es absoluta. Jesús no da más que un consejo provisional, transitorio, que viene a decir: pagad el impuesto en espera del reino de Dios.

### *12.6. Los adversarios hombro con hombro*

La intención de Jesús es únicamente escapar a la trampa, negándose a dejarse encerrar en lo que considera un falso problema. En otras palabras: «Hay que pagar el impuesto, y vosotros lo sabéis muy bien, ya que no dudáis en usar las monedas que revelan vuestra obediencia al César».<sup>81</sup>

Estas son, pues, las principales explicaciones que generalmente se proponen. ¿Cuál elegir? Un análisis de la intención nos ayudará sin duda. Al señalar la efigie o la imagen del César, Jesús ¿no espera despertar la atención sobre otra imagen, muy conocida por los judíos, de Dios en el hombre? «Creó Dios al hombre a su imagen», afirma Génesis (1:26). Verdad fundamental que atraviesa y domina la Escritura en su totalidad.

Significa que Dios hace participar al hombre en su naturaleza. Lamentablemente, la caída ha comprometido este privilegio inestimable del hombre-Adán, hijo de Dios (Lucas 3:38), pero el Evangelio es la gran y buena nueva del restablecimiento posible de esta relación. El apóstol Pedro lo afirma rotundamente: la gracia y el poder de Dios, dice, nos aseguran las más grandes y preciosas promesas para que por ellas podamos «participar de la naturaleza de Dios» (2 Pedro 1:4). En resumen, Jesús recuerda al hombre, con sutileza, que pertenece a Dios, para fundar su famosa recomendación: «Dad a Dios lo que es de Dios», es decir vosotros mismos, vuestro ser y vuestra vida.

El hombre se separó de Dios. Reivindicó su autonomía personal. Ganó con ello la servidumbre y la muerte, pues solo en Dios puede gozar de la vida (Hechos 17:28). ¡Que vuelva, pues, a Dios! Si el César, reclama

---

<sup>81</sup> Jean FLORI, *op. cit.*, p. 7-19.

sus derechos, sobre el denario por ejemplo, Dios puede hacer valer los suyos con el hombre. Que Dios sea, pues, el primero en ser servido.

Por lo que respecta a la inscripción en la moneda, rezaba como sigue: «Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto, supremo pontífice.» ¡Qué pretensión! De hecho, estaba ante ellos el Hijo de Dios, el verdadero, el sumo sacerdote acreditado por el Altísimo para ejercer su autoridad sobre la tierra. César palidecía ante él. Pero Jesús domina en condición de siervo, reina dándose. Qué drama, los hombres lo vieron, lo miraron de hito en hito cínicamente y no lo reconocieron. «No tenemos más rey que el César» (Juan 19:15): tal es la profesión de fe que hacen ante Pilatos, representante oficial de los romanos que los oprimen.

Así iluminada desde el interior, la fórmula del Maestro adquiere todo su relieve. Estamos lejos de la primera conclusión mencionada anteriormente. «¡Sin importancia!» Imposible también admitir la interpretación zelote o la antizelote. Por lo que respecta a la distinción de poderes, es peligrosa. Partir la vida en dos partes, una para el César, a quien se debe tributo de dinero y de sangre, y la otra para Dios, a quien se ofrece lo demás, el no darle gran cosa a Dios, implica una terrible contradicción, ya que «nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mateo 6:24).

Al fundar sobre el «dad al César» una justificación cristiana del impuesto, del ejército, de la guerra, se produce un verdadero sinsentido. El pastor Jean Lasserre lo muestra con acierto:

«¿Cómo calificar, dice, la asombrosa contradicción de los que sacan de este texto a la vez la justificación del impuesto nacional (haciendo así abstracción de la idea de nación, ya que el César era el ocupante extranjero) y la justificación del ejército nacional (introduciendo entonces, al contrario, con una sorprendente piroeta, esa idea de nación, pues el ejército no tiene sentido a no ser que uno crea tener derecho a defender la propia nación con las armas contra los extranjeros)? De este modo, parece que Jesús hubiera legitimado al mismo tiempo la colaboración en el ámbito del impuesto y la resistencia en el ámbito del combate armado.»<sup>82</sup>

No hay réplica posible.

---

<sup>82</sup> Jean LASSERRE, *La guerre et l'Évangile*, op. cit., p. 109.

Si no aprobamos de entrada la legitimidad de esta observación, no obstante decisiva, es porque perdemos de vista la verdadera dimensión que tenía el César para los cristianos de los tres primeros siglos. A partir de Constantino, el emperador convertido al cristianismo se contempla como el símbolo de un Estado protector y bienhechor. Pero en la época de Jesús, el César era poco más o menos lo que fue Hitler en 1943. «Dad a Hitler lo que es de Hitler.» Y de pronto se comprende cuánto se desvirtúa el pensamiento de Cristo atribuyéndole la orden de obedecer ciegamente a cualquier autoridad.

En definitiva, podemos quedarnos con las dos últimas explicaciones mencionadas. Por una parte, Jesús despide a sus adversarios hombro con hombro, sin caer en la trampa tan bien ideada. Por otra parte, su respuesta contiene un juicio virtual acerca del doble reino, que llega a ser contradictorio. Sea cual fuere su fidelidad a Dios, el cristiano vive aún en la tierra, en el mundo cuyo príncipe es Satanás. ¿Cómo escapar a la tensión que tan bien describe Cullmann entre el ya y el todavía no? Ya estoy salvado, pero no estoy todavía en el reino eterno del Padre. Me incumbe vivir con Dios en un mundo que niega a Dios. Aceptar a las autoridades de este mundo sin participar en sus obras malas. No lo olvidemos, cuanto más gocemos del reino del César, más seremos deudores suyos. Cuanto más reclamemos ser de Dios, más le perteneceremos, con todas las consecuencias que ello implica.

Desde esta perspectiva, no tenemos derecho a sustraernos a las exigencias del poder cuyo soporte reclamamos. Siempre con la condición de no olvidar el otro imperativo: «Dad a Dios lo que pertenece a Dios». El cristianismo debe cumplir ante todo y siempre la voluntad de Dios. En caso de conflicto, Dios debe ser el primero a quien se sirve. El Estado no es una divinidad autorizada a reclamar una obediencia incondicional y servil. El Estado está hecho para el ser humano y no el ser humano para el Estado, pues el ser humano está hecho para Dios. Que el Estado respete sus límites, y el ser humano tiene el deber de sostenerlo lo mejor posible. Que el Estado olvide a Dios, y el cristiano tiene entonces el deber de recordárselo con firmeza, con dignidad. Dios desea que nuestra obediencia a los hombres permanezca bajo la luz, vigilante, crítica y provisional.

### 13. El reino de Dios forzado por los violentos

Existe una declaración de Jesús que suele emplearse para justificar el recurso a la violencia. «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el

Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12; BJ). Se encuentra, casi idéntica, escrita por la pluma de Lucas: «La Ley y los profetas llegan hasta Juan; a partir de ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos emplean la violencia frente a él» (Lucas 16:16; BJ).

Digamos de inmediato que estos textos nos enfrentan a una seria dificultad de interpretación porque los términos que aquí evocan la violencia no aparecen en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento. En este caso, la traducción es siempre delicada. Aquí el problema consiste en saber si Jesús pronuncia un cumplido o hace un reproche. Los expertos se preguntan si hay que tomar el texto *in bonam partem* o *in malam partem*, en buen sentido o en mal sentido. Y hay que reconocer que tanto traductores como comentaristas tienen opiniones muy diversas.

André Chouraqui, por ejemplo, da toda la impresión de leer este pasaje de modo favorable. «Al Reino de los cielos se le fuerza y los fuertes se apoderan de él» (Mateo 11:12). En cambio, la Biblia de Jerusalén es de la opinión opuesta: «El Reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan». La Nueva Biblia Española va en el mismo sentido: «Se usa la violencia contra el reinado de Dios y gente violenta quiere arrebatarlo.»

He aquí la nota explicativa que sugiere la Biblia de Jerusalén a propósito de la expresión «sufre violencia»:

«Expresión diversamente interpretada. Puede tratarse: 1) de la santa violencia de los que conquistan el Reino al precio de las más duras renuncias; 2) de la equivocada violencia de los que quieren establecer el Reino por las armas (los zelotes); 3) de la tiranía de las potencias demoníacas, o sus secuaces terrestres, que intentan conservar el imperio de este mundo y obstaculizar la expansión del Reino de Dios. Finalmente, algunos traducen: “el Reino de los Cielos se abre su camino con violencia”, es decir se establece con fuerza a despecho de todos los obstáculos». <sup>83</sup>

Las diversas interpretaciones están así perfectamente resumidas. Debemos añadir que la primera opción reúne muchas aprobaciones. Fue popularizada por Lutero, para quien Jesús hacía alusión a los que desde Juan el Bautista se apoderan del reino con esfuerzo, como de una presa.

---

<sup>83</sup> *Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 1998), p. 1439.

Si fuese válida no se podría extraer de ella ninguna recomendación a favor de una violencia guerrera, pues cae de su peso que en el momento en que hablaba Jesús se oponía a ella de manera radical. Más bien se debería admitir la comprensión de Chouraqui, y prevenir de que no se puede entrar en el reino de Dios sin fuerza ni coraje.

Pero los progresos que se han hecho en el conocimiento de la lengua del Nuevo Testamento conducen a ver las cosas de otro modo. Vamos a resumir lo que piensa de ello un especialista, Gottlob Schrenk, de Zúrich, según su estudio publicado en el prestigioso *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (por sus siglas en inglés: *TDNT, Theological Dictionary of the New Testament (TDNT)*, editado por Gerhard Kittel, de Tubinga, una obra considerada de referencia.<sup>84</sup>

Las palabras clave son el verbo griego *biázomai* y el sustantivo *biastēs*. Con relación al verbo, el autor declara de inmediato que describe un acto forzado y no un acto voluntario. En cuanto al sustantivo, hay que ver en él a una persona que comete una acción mala con poder. El sentido es, pues, peyorativo, y queda reforzado cuando el verbo y el sustantivo van asociados. Desde el punto de vista semántico,<sup>85</sup> nos vemos, pues, inclinados a descubrir un reproche en las palabras de Jesús.

Veamos si el contexto puede darnos alguna luz. Al principio del capítulo, Mateo refiere las dudas de Juan el Bautista a propósito de la obra mesiánica de Jesús (Mateo 11:1-6), y la declaración de Jesús acerca de la humilde apariencia de Juan (7-8), su función de importancia capital anunciada por los profetas con referencia a la venida del Mesías (9-15), y la manera desastrosa con que fue recibido por el pueblo (16-19). De 20 a 24, encontramos los duros reproches en contra de las ciudades del lago de Galilea.

Un cuadro sombrío y severo, en efecto, que Juan destaca. Él es más que un profeta, más grande que ningún otro hombre nacido de mujer. Sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él (11:11). Su limitación procede del hecho de que no ha vivido completamente el despliegue del reino.

---

<sup>84</sup> Ver una actualización abreviada del *TDNT*, G. BRAUMANN, «Fuerza», en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, 4 vols., ed. Lothar COENEN, Erich BEYREUTHER, Hans BIETENHARD, 3.ª ed. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1990), p. 2:220-226. (*N. del E.*)

<sup>85</sup> Semántica: con relación al sentido de las palabras.



Reconozcamos en que una situación así descrita hace que esa generación no parezca digna de encomio (11:16). No se verá en ello tampoco una reprimenda dirigida a los zelotes, pues ellos actuaban ya mucho antes de la venida de Juan el Bautista. Las manifestaciones de violencia de las que aquí se trata proceden, pues, más bien, de quienes no habían comprendido el carácter espiritual del reino.

Para ser más precisos, al principio de su ministerio en Galilea, Jesús hizo muchos milagros. Su popularidad creció muchísimo. La multitud estaba convencida de haber descubierto al fin el liberador tan esperado. Todos los corazones saltaban de esperanza. Aquel hombre era capaz de responder a todos los anhelos. Al fin quebraría el yugo infame de los romanos. Había que coronarlo rey cuanto antes. Pero Jesús huyó de ese entusiasmo (Marcos 1:35-39). Y la gente imaginaba que era la modestia lo que le impedía aceptar este honor. Entonces, deciden forzarlo.

«Jesús, entonces, dándose cuenta de que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez al monte, él solo» (Juan 6:15). A su celo de Dios le faltaba sabiduría (Romanos 10:2). No tenían la comprensión de la voluntad divina. Como bien dice la traducción ecuménica:<sup>86</sup> «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos está asediado con violencia; son los violentos los que lo arrebatan». En estas condiciones, Jesús se retiraba y suplicaba a Dios que les revelara el carácter divino de su misión.<sup>87</sup>

Esta explicación tiene la ventaja de concordar a la perfección con el contexto literario e histórico, teniendo en cuenta el sentido exacto del verbo «hacer uso de la violencia» y de la expresión «los violentos». Con este punto de partida, cualquier utilización de este pasaje para justificar la violencia es un contrasentido.

Volvamos ahora al texto que presenta Lucas. Esta es la traducción de la Nueva Reina Valera: «La Ley y los Profetas fueron proclamados hasta Juan. Desde entonces se predica la buena nueva del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él» (Lucas 16:16). La Biblia de Jerusalén dice: «Todos emplean la violencia frente a él». Recordemos la Nueva Biblia

---

<sup>86</sup> El autor se refiere a la *Traduction œcuménique de la Bible* (TOB), aparecida en 1975-1976, es una traducción francesa de la Biblia llevada a cabo en común por cristianos de confesión católica y protestante. (*N. del E.*)

<sup>87</sup> Véase Ellen G. WHITE, *Jésus-Christ*, (Dammarie-lès-Lys: Éd. S.D.T., 1966), p. 370.

Española: «Todo el mundo usa la violencia contra él». Chouraqui, por su parte, plantea: «Y cada cual lo fuerza».

Hablando del vocabulario, aquí encontramos, como en Mateo, el verbo *biázomai*, que describe una coerción. En cambio, Lucas no le añade el sustantivo *biastēs*, que presenta peyorativamente a un violento y que influye en el sentido del verbo cuando se le asocia.

El contexto es muy distinto del de Mateo. Lucas distingue el trasfondo histórico de la misión de Cristo. El verbo *euangelízeisthai*, bien traducido por la Nueva Reina Valera, significa «anunciar una buena nueva». Da cuenta de la era nueva que introduce Jesús. Juan el Bautista se encuentra, pues, en el cambio entre la antigua Alianza y la nueva, en el cual el Evangelio será predicado también a los paganos (Hechos 13:46).

Lucas vivió esta maravillosa apertura al lado del apóstol Pablo, a quien acompañaba en sus viajes misioneros. Desde entonces, todos son llamados. Frédéric Godet, teólogo suizo parte de esta idea, y traduce el verbo como un pasivo: «Todos son fuertemente apremiados para entrar».<sup>88</sup> Esta interpretación va en el mismo sentido que el texto de Lucas 14:23, «Insístele hasta que entren», que, claro está, no sugiere el uso de la violencia, sino la llamada a toda la fuerza de la convicción.

No obstante, como muestran las versiones que hemos citado anteriormente, la mayoría de los traductores no comprenden la interpretación de Jesús como apuntando al esfuerzo de los otros por convencer sino como hablando del esfuerzo de todos para entrar en el reino. Lucas prolongaría aquí lo que escribió en 13:24: «Forcejead para abriros paso por la puerta estrecha».

No olvidemos, en todo caso, que el verbo tiene una connotación peyorativa. Esto es así tanto para Lucas como para Mateo. Ya que, la puerta estrecha que se trata de encontrar es el arrepentimiento. Lucas sabe por su maestro, san Pablo, el peligro de querer conquistar la salvación por las propias obras. Vía nefasta, que desemboca en la desesperación o en la soberbia.

Probablemente, esa es la idea escondida en el texto. La Buena Nueva del reino es anunciada pero, lamentablemente, despliega su fuerza, uno se

---

<sup>88</sup> Frédéric GODET, *Commentaire sur l'Évangile de Saint Luc*, 2 vols. (Neuchâtel: Éd. de l'Imprimerie Nouvelle L.-A. Monnier, 1963), p. 2:259.

hace violencia para entrar por la puerta errónea. Lo que hace Jesús es, pues, expresar una queja, y no otorgar felicitaciones.

En conclusión, y en cualquier caso, los textos de Mateo 11:12 y Lucas 16:16 no pueden recuperarse para legitimar la violencia.



## Capítulo VI

### Jesús y la revolución no violenta

No se encuentra en la Biblia la expresión «no violencia». Sin embargo, una palabra de las Bienaventuranzas pronunciadas por Jesús la evoca claramente: es el término griego *hoi praeîs*, generalmente traducido por «los mansos». Ahora bien, a veces esta palabra puede fácilmente asimilarse con alguien que, a fuerza de querer ser bueno, se comporta con debilidad. Bueno y tonto, diría la sabiduría popular. Con toda certeza, es imposible traicionar más de lleno el pensamiento del Maestro. Prueba de ello es que los *praeîs* son bienaventurados porque heredarán la tierra (Mateo 5:5). La victoria les está prometida. Estarán sentados en tronos cuando el Hijo del Hombre renueve todas las cosas (Mateo 19:28).

Jesús, que en las Bienaventuranzas esboza el retrato de los buscadores espirituales sedientos del Espíritu divino, precisa que son también «artífices de paz» (*eirēnopoioî*). Obviamente, el cristiano sigue siendo bueno mientras trabaja con coraje por la paz, en todos los frentes. Se comporta como hijo de Dios (Mateo 5.9).

La bienaventuranza que le es prometida (*makários*) no depende de una buena fortuna (*eudaimōn*, en griego). Es un gozo paradójico, con frecuencia opuesto al de la experiencia sensible, nunca tejida con resignación. No lo confundamos con el estoicismo, cuyo eslogan es: «Soporta y abstente». Procede de la unión con Cristo y se actualiza definitivamente en la *parusia*, cuando Dios será todo y en todos (1 Corintios 15:28). Chouraqui traduce: «Bienaventurados» por «¡En marcha!», pues es verdad que el término no tiene sentido si no es por el dinamismo que implica.

La no violencia cristiana no tiene nada de dulzona o de equívoca. Un rápido vistazo al comportamiento de Jesús nos convencerá de ello.

#### 1. Frente al poder establecido, político o religioso

- Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande y tetrarca de Galilea y de Perea ha hecho decapitar a Juan el Bautista. Señal de su crueldad al servicio de su lascivia. Algunos fariseos vienen a Jesús para decirle: «Vete, márchate de aquí, que Herodes quiere matarte». Respuesta del Señor: «Id a decirle a ese don nadie: Mi-

ra hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; y al tercer día acabó.» Pero hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lucas 13:31-33). He aquí todo un programa de acción.

- Ante los fariseos. El discurso referido por Mateo no deja de sorprender. «¡Ay de vosotros!», aparece ocho veces. No me acostumbro a esta severidad tan atrevida: Hipócritas, sepulcros blanqueados, serpientes, raza de víboras (Mateo 23). ¿Es esta la actitud de un cobarde?
- Ante el sumo sacerdote, durante su juicio: «¿Por qué me preguntas a mí? De qué he hablado yo, pregúntaselo a los que me han oído; ellos saben lo que he dicho. Apenas dijo esto, uno de los guardias presentes le dio una bofetada diciendo: ¿Así le contestas al sumo sacerdote? Jesús le respondió: Si he faltado en el hablar declara en que está la falta, pero y si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?» (Juan 18:19-23). La actitud es correcta, pero digna.
- Ante Pilato, que tenía sobre él poder de vida y muerte, Jesús reconoce su reino. Pero reino que no es de este mundo donde uno combate para defenderse (Juan 18:33-38).

A pesar de su inocencia debidamente reconocida, Jesús es azotado. Pilato entonces vuelve a la carga, con la preocupación de desembarazarse de ese prisionero molesto. «¿De dónde vienes tú? Jesús no le dio respuesta. Insistió Pilato: ¿Te niegas a hablarme a mí? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte? Jesús le contestó: No tendrías autoridad alguna para actuar contra mí si Dios no te dejara» (Juan 19:8-11).

El respeto sigue manifestándose, pero ¡qué solemnidad, qué dignidad en su soberanía!

## **2. Ante la sociedad, ya se trate de ricos, de pobres o de pecadores**

- Ninguna adulación para los ricos: «lo repito: Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios» (Mateo 19:24).
- Una afectuosa consideración hacia los pobres. Una pobre viuda, que había echado dos pequeñas monedas en el arca de las ofren-

das del templo es objeto de un elogio que permanece por los siglos: «Esta viuda, que es pobre, ha dejado en el cepillo más que nadie, os lo aseguro. Porque todos han echado de lo que les sobra, mientras que ella ha echado de lo que le hace falta, todo lo que tenía para vivir» (Marcos 12:41-44). Él sabe apreciar los verdaderos valores.

- Ante la gente mal vista. La protección que ofrece a la mujer adúltera está en todas las memorias (Juan 8:1-11) Jesús no teme afrontar el desprecio ni las acusaciones de los que se muestran piadosamente escandalizados. Porque él vino para los enfermos.

### 3. Ante la religión

Su audacia en este ámbito es aún más sorprendente. Sin ninguna consideración por las sacrosantas tradiciones, restablece el valor del sábado (Marcos 2:33–3:5), intenta una reforma del templo (Juan 2:13-22), lleva la ley hasta su cumplimiento (Mateo 5–7). Deja estupefactos a sus oyentes judíos al descubrirles la universalidad de la gracia (Lucas 4:16-30) y, al contrario, deja maravillada a la mujer samaritana, en las cercanías del pozo de Jacob, al mostrarle que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad (Juan 4:23), y que no duda en responder a la fe de una pagana (Marcos 7:24-30).

Nada detiene a Jesús. El celo lo devora. Quiere caminar sin vacilaciones (Juan 11:9) dar testimonio de la verdad (Juan 18:37). Su conducta, igual que su enseñanza, suscitan exasperación (Lucas 20:19; Juan 11:53) hasta el punto de la ruptura. Qué fidelidad a su misión, qué valor, hasta la abnegación. Rey coronado de espinas (Mateo 27:29) y crucificado, pero liberado de «las ataduras de la muerte, no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio» (Hechos 2:24). Sublime victoria a través de la no violencia.

### 4. De su boca salía una espada afilada (Apocalipsis 19:15)

El último libro de la Biblia, Apocalipsis, es el que revela las consecuencias últimas de la no violencia de Cristo. El nombre de este libro significa, y con razón, «desvelar», «revelación». En efecto, levanta una esquina del velo, lo que permite al lector participar anticipadamente en la alegría de la victoria.

Durante sus visiones celestiales, el apóstol Juan ve a Cristo que se presenta como el león de la tribu de Judá, el vástago de David, que ha vencido (Apocalipsis 5:5). Pero a este vencedor se le describe también como un cordero. Tal y como, con mucho acierto, lo explica Jacques Doukhan, Juan:

«...su aparición difícilmente se asemeja a la de un león poderoso: el León de la tribu de Judá, que ha triunfado. En cambio, en el centro del Trono se sienta un Cordero débil; un Cordero sacrificado, además. Esta paradoja –la unión de fuerza y debilidad– también es evocada por el carácter doble del Cordero. Tiene siete cuernos. En la Biblia los cuernos simbolizan fortaleza.»<sup>89</sup>

¿Se podría representar mejor a Jesús? Durante otra visión, Juan se entera de que Cristo está destinado a apacentar a todas las naciones con un báculo de hierro (Apocalipsis 12:5). Esta profecía se precisa al final del libro. Una espada afilada sale de la boca del vencedor para herir con ella a las naciones (Apocalipsis 19:15). ¿A qué se refiere?

¿Nos habremos equivocado? ¿Se determinará nuestro cordero finalmente a emplear las armas? ¿Qué espada es esa que sale de su boca? Fieles a nuestro método, buscaremos la respuesta en la Biblia.

De hecho, la espada intervino muy pronto. Una vez consumada la ruptura entre Adán y Eva y Dios, el camino del árbol de la vida está guardado por querubines que agitan una «espada llameante» (Génesis 3:24). Expresión contundente, al alcance de los seres humanos, para decir que no se tendrá ya acceso a la vida verdadera, la vida eterna, sin un auténtico retorno a Dios, pues es en Dios en quien «vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos 17:28). Por otra parte, el carácter sagrado de la vida queda subrayado con fuerza por Dios, como hemos visto (Génesis 4:15; 9:6).

El profeta Isaías anuncia la venida de aquel que va a reducir las espadas a polvo (Isaías 41:2). «Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia...» (Isaías 42:3; BJ). Su boca es semejante a una espada cortante (Isaías 49:2). Uno comprende que una nueva fuerza tiene que aparecer, de naturaleza totalmente distinta, ya que

---

<sup>89</sup> Jacques DOUKHAN, *Le cri du ciel: Étude prophétique sur le livre de l'Apocalypse* (Dammariè-lès-Lys: Éd. Vie et Santé, 1996), p. 79 (ed. esp.: *Secretos del Apocalipsis: El Apocalipsis visto a través de ojos hebreos* [Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008], p. 58).



la espada tiene otro sentido distinto de la sangre.<sup>90</sup> Pone en obra el poder de la verdad, sin compromiso, pero con compasión, pues no se puede vencer la violencia con una violencia de la misma naturaleza.

La paz del César no es más que una guerra en reposo. No la confundamos con la no violencia cristiana. La no violencia es una ilusión sin la fe en Dios, Padre de todos los seres humanos, cualquiera que sea su raza. Requiere un arma temible que es la Palabra de Dios, creadora de vida, de verdad, de justicia y de amor. Solo ella puede disipar los miedos que suscitan los conflictos, el odio que los alimenta y la angustia de venganza con la que uno se destruye antes de querer aniquilar a los otros. Pues la Palabra de Dios comienza su obra en nosotros, insinuándose hasta en los repliegues más íntimos de nuestra alma (Hebreos 4:12). Actúa porque viene de Dios, por el Espíritu Santo, cuyo fruto sobrenatural es el amor (Gálatas 5:22).

Así pues, el Antiguo Testamento había captado ya la naturaleza de la espada de Dios, vinculada a la boca, palabra insuflada por Dios «para enseñar, reprender, corregir, educar en la rectitud; así el hombre de Dios será competente, perfectamente equipado para cualquier tarea buena» (2 Timoteo 3:16-17). No obstante, es el Nuevo Testamento el que despliega esta verdad vital en todos sus efectos. Y al apóstol Pablo le debemos un desarrollo sin equívoco:

«Con que en pie: abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la honradez; bien calzados, dispuestos a dar la noticia de la paz. Tened siempre embrazado el escudo de la fe, que os permitirá apagar todas las flechas incendiarias del malo. Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu, es decir, la palabra de Dios. Al mismo tiempo con la ayuda del Espíritu, no perdáis ocasión de orar, insistiendo en la oración y la súplica.» (Efesios 6:14-18).

Así es la armadura del cristiano. Sus armas «no son mundanas, sino poderosas, en Dios para destruir fortalezas» (2 Corintios 10:4; NRV). Y esas fortalezas son los razonamientos que se elevan contra el conocimiento de Dios (10:5). No se puede mostrar de forma más clara que el enemigo está, primero, en nosotros, y que la espada debe disipar nuestras tinieblas. Por eso, dice Santiago, «quitaos de encima toda costra espesa de

---

<sup>90</sup> Guy LABOUERIE, *Dieu de violence ou Dieu de tendresse* (Paris: Cerf, 1982), p. 51.

maldad y aceptad dócilmente el mensaje plantado en vosotros que es capaz de salvaros» (Santiago 1:21).

Con la espada de la palabra que sale de la boca de Cristo, la victoria es segura. Al final de la luminosa revelación que Dios le ofrece y que lleva por nombre «Apocalipsis» o revelación, el apóstol Juan ve un caballo blanco. Quien lo monta se llama Palabra de Dios. Es fiel y verdadero. Combate con justicia. Los ejércitos del cielo le siguen en caballos blancos. Es el Rey de reyes, el Señor de señores. Llega al final de su combate, el combate de la fe. El amor produce su reverso de fuego. El pecado y la muerte desaparecen para siempre en el lago de fuego (Apocalipsis 19:11-16; 21:8). Viva la vida, engendrada por Dios, gracias a Cristo y defendida por la espada-palabra.

## Capítulo VII

### La sal de la tierra

No quisiera que quedara en el aire ni equívoco ni ilusión alguna. Pretender rechazar la violencia sin contar con Dios es, para mí, algo sin sentido.

Pero la no violencia, aun practicada dentro de la fe, nunca es fácil ni cómoda. Por lo demás, Jesús no engaña a nadie ya que al principio del famoso Sermón de la Montaña, acaba sus promesas de felicidad paradójica anunciando persecuciones (Mateo 5:10-12). E inmediatamente después viene la célebre afirmación: «Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se pone sosa, ¿con qué se salará? Ya no sirve más que para tirarla a la calle y que la pise la gente» (Mateo 5:13).

Veremos cómo, si están bien entendidas, estas palabras superan con mucho el sentido que se les atribuye cuando se ve en ellas nada más que una simple comparación, para ilustrar la función que el cristiano está llamado a desempeñar en el mundo. No obstante, recordemos esto para empezar.

#### 1. La sal da gusto

La sal da gusto a los alimentos. «¿Va uno a comer sin sal lo desabrido?», preguntaba Job (6:6). Si hacemos una transposición, la imagen significa que el cristiano debe apreciar la vida y comportarse de manera que la valore tanto como sea posible. Imposible, en estas condiciones, practicar la violencia. Además, san Pablo recomienda estar siempre alegre (1 Tesalonicenses 5:16). El cristiano triste es un triste cristiano. Pensemos en ello. Vivir es un bien para tomarlo entre las manos, es una oportunidad que no hay que perder.

#### 2. La sal preserva

Se utiliza para conservar los alimentos. Los israelitas debían poner sal en todas sus ofrendas, señal de su alianza duradera con Dios (Levítico 2:13). Sin duda era esta una manera concreta de ilustrar el carácter eterno de esta alianza. Continuando con la transposición, la imagen recuerda al cristiano su responsabilidad como testigo (Hechos 1:8). Su privilegio consiste en conocer los principios o los secretos de la vida. Su deber es

darlos a conocer a su alrededor para que se extienda la alianza de Dios con los hombres.

### 3. La sal purifica

Al nacer un niño, lo frotaban con sal para purificarlo (Ezequiel 16:4). Hoy día se siguen haciendo gárgaras con sal cuando duele la garganta. La sal desinfecta. Jesús parece, pues, confiar al cristiano el delicado deber de intervenir para mantener a raya el mal espiritual. «Si tu hermano te ofende, ve y házselo saber, a solas entre los dos» (Mateo 18:15). «Hermanos, incluso si a un individuo se le cogiera en algún desliz vosotros, los hombres de espíritu, recuperar a ese tal con mucha suavidad» (Gálatas 6:1). «Os exhortamos, asimismo, hermanos a que amonestéis a los que viven desconcertados» (1 Tesalonicenses 5:14-15).

### 4. Pero la sal puede estar sin sal

Todas estas nociones podrían desarrollarse más. Jesús las tenía probablemente presentes al comparar a sus discípulos con la sal. Sin embargo, su pensamiento apunta a otra parte. El conjunto de la frase nos conduce a la pista fiable: «Y si la sal se pone sosa, ¿con qué se salará? Ya no sirve para nada más que para arrojarla fuera y que sea hollada por los pies de los hombres». Difícilmente se aplicaría esta afirmación a la sal de cocina pues se sabe que no puede perder sus cualidades químicas. Que una sal pueda volverse «sosa» se ha considerado incluso como un absurdo.<sup>91</sup>

Se podría admitir que Jesús emplea una imagen imposible, comparable a la del camello que no puede pasar por el ojo de una aguja (Mateo 19:24; Marcos 10:25; Lucas 18:25). Su intención sería entonces la de subrayar el absurdo de querer ser cristiano dejando de lado lo que es esencial en el cristianismo. Oscar Cullmann declara que esta explicación es generalmente desechada hoy día, y examina otras dos que se deben a un mejor conocimiento de la lengua del Nuevo Testamento.

Puede que Jesús estuviera hablando, dice, «no de sal pura sino de un sedimento del mar Muerto que representa una mezcla de yeso, sal pura y otros elementos. Esta mezcla, evidentemente, conserva el gusto de la sal, pero solo mientras no le cae encima la lluvia. En cuanto empieza a llover,

---

<sup>91</sup> Marcos 9:50 se traduce literalmente: «Si la sal se vuelve sin sal» (*hâlas ánalon*). En cambio, Mateo 5:13 y Lucas 14:34 dicen: «Si la sal se vuelve insensata, loca (*mōranthèi*)».

la sal pura que contiene se disuelve y el residuo sólido, que propiamente hablando no es sal, pero que puede en el lenguaje común seguir designándose así, se vuelve *ánalon* (sin sal), pues ya no tiene su cualidad de sal». <sup>92</sup>

El teólogo apela a continuación a una solución más reciente, a la cual concede su preferencia. Puede que Jesús aludiera a una costumbre, en uso entre los panaderos árabes, que metían placas de sal en los hornos para activar el fuego. Con el tiempo, esas placas sufrían una transformación química. En lugar de favorecer la combustión, acababan impidiéndola. El panadero no tenía más remedio que cambiar las placas, que debían desecharse porque ya no servían para nada.

Cullmann se pregunta entonces cuál es esta cualidad que ilustra la sal y sin la cual un discípulo ya no podría servir como discípulo. Ahora bien, si se estudia con cuidado el contexto, el sentido se vuelve evidente. Cullmann escribe: «La parábola de la sal que pierde su sal debe referirse al sacrificio, al sufrimiento, a la renuncia total.» <sup>93</sup> Cuando Jesús dice, según Marcos 9:49: «Cada cual será salado a fuego», está aludiendo a las dificultades a las que los discípulos no escaparán.

«La sal es el espíritu de sacrificio, de renuncia, condición imprescindible del discípulo. [...] La sal vivifica, conserva, purifica, pero tiene todas estas cualidades únicamente porque al mismo tiempo es corrosiva y hace daño. Así, el sufrimiento del discípulo es doloroso, pero precisamente por esa razón le da la fuerza de cumplir su alta misión de discípulo.» <sup>94</sup>

### 5. Mateo 5:14,15

Ahora que las palabras nos han entregado todos sus significados, preguntemos al contexto para estar seguros de captar correctamente la intención del Maestro. La frase acerca de la sal la refieren Mateo, Marcos y Lucas. Veámosla primero en el texto de Mateo.

Se encuentra intercalado entre el final de las Bienaventuranzas y la identificación del cristiano con la luz (Mateo 5:14-16). Podemos así re-

---

<sup>92</sup> Oscar CULLMANN, *La Foi et le Culte de l'Église Primitive* (Paris: Delachaux et Niestlé, 1963), p. 214.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 218-219.

construir el discurso de la manera siguiente: si estáis decididos a dejaros guiar por el Espíritu de Dios (Mateo 5:3), se producirá en vosotros una prodigiosa evolución, gracias a la cual conoceréis el gozo que no puede brindar el mundo. Haced de manera que mantengáis el contacto con el Señor y dejadlo actuar. Es él quien os hará crecer. El sermón no es una ley, una moral, sino una ciencia. Describe el desarrollo natural consecutivo al nuevo nacimiento.

Pero, naturalmente también, ese desarrollo provocará reacciones. Cuando se sumerge en el agua un hierro candente, el agua crepita. En el mismo orden de cosas, el Hijo de Dios no pudo vivir entre los hombres dando testimonio de que sus obras son malas sin suscitar odio (Juan 7:7). No os quedéis desconcertados si surge la prueba a lo largo de vuestra vida. Es normal, ya que sois la sal de la tierra. Jesús no dice: «debéis ser», sino «sois».

«Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os querría como a cosa suya; pero como no le pertenecéis, sino que al elegiros yo os he sacado de él, el mundo os odia. [...] En el mundo tendréis aperturas, pero, ánimo que, yo he vencido al mundo.» (Juan 15:18-19; 16:33).

Sois la sal, y no podéis serlo sin aceptar a las consecuencias, la no violencia será tal vez dolorosa, a condición de que la sal no pierda su sabor, pues si perdéis vuestra razón de ser (lo que significa el verbo griego *mōrainō*, volverse loco, insensato), ya no serviréis para nada. Que vuestra luz brille también delante de los hombres. Para salar, sois sal. Para alumbrar, sois luz. Tal es la misión sagrada que Dios os confía.

## 6. Marcos 9:49,50

Pasemos ahora al texto de Marcos. «Buena cosa es la sal, pero si la sal pierde el gusto ¿con qué la sazonaréis? Que no falte entre vosotros la sal y convivid así en paz» (Marcos 9:50). Aquí la frase no es presentada de la misma manera. Cae por su peso que los evangelistas no disponían de una grabación integral de los discursos del Maestro, lo cual produce de uno a otro énfasis distintos. Según Mateo, Jesús dijo: «*eán dé tó hálas mōranthē*», si la sal se vuelve loca. Marcos refiere las frases de Jesús con otra imagen: «*eán dé tó hálas ánalon génētai*», si la sal se queda sin sal. ¿Y cuál es el contexto?

El título del pasaje es significativo: «Advertencia contra las ocasiones de caída». No caigáis en una intolerancia ciega.

«O sea, el que no está contra nosotros está a favor nuestro. Y además, [*gar*, en griego] el que os dé un vaso de agua por razón de que seguís al Mesías no se quedará sin su recompensa. Y al que escandalice a uno de esos pequeños que creen en mí sería mejor para él que le encajaran en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar.» (Marcos 9:40-42).

La intención es clara, bien conforme al carácter del servidor del Eterno, que no rompe el junco quebrado y no apaga la mecha que aún arde (Isaías 42:3). Jesús completa su pensamiento con tres precisiones: si tu mano, si tu pie, si tu ojo son para ti ocasión de pecado, acepta limitarte al precio de un sacrificio, antes que traicionar tu vocación. La acción de Dios en ti y tu devenir espiritual tienen ese precio. «De hecho, cada cual será salado a fuego. Buena cosa es la sal; pero si la sal pierde el gusto, ¿con qué la sazonaréis? Que no falte entre vosotros la sal y convivid en paz» (Marcos 9:49-50). El apóstol Pablo precisará: «Por lo que a vosotros toca, estad en paz con todo el mundo» (Romanos 12:18).

Al principio del capítulo 9, vemos al Maestro increpar a los doce porque disputan como mundanos por saber quién será el más grande. Ahora bien, la inversión de la autoridad es la primera ley del Reino anunciada por el Evangelio. La grandeza es servir. Y, si hace falta, servir en la renuncia, aunque haga falta pagar con la propia persona. La grandeza no es proporcional a las capacidades. Más vale mantenerse dentro de los límites de la prudencia que ponerse por delante, hundiéndose en la locura de los hombres.

No creo que haya que identificar necesariamente la sal-fuego con el sufrimiento, como si Dios sintiera placer infligiendo penas. De lo que se trata es de purificación. Y para purificarse hay que aceptar renunciar a placeres malsanos. De ello puede resultar cierto dolor, pero no es el sufrimiento lo que Dios quiere. Dios quiere la purificación, no el sufrimiento. La sabiduría, para el ser humano, es consentirlo. Si acepta, entonces es «salado a fuego» (Marcos 9:49).

### 7. Lucas 14:34,35

Nos queda ver la frase de la sal en el contexto de Lucas. He aquí su traducción literal: «Pues la sal es algo bueno; pero si la sal se vuelve sosa,

¿con qué se la sazonará? No es buena para la tierra ni para el estercolero; se la arroja fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga» (Lucas 14:34,35).

Notemos la conclusión: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Cuando Jesús se expresa así, el texto esconde siempre un enigma. Este-mos, pues, atentos. Una cosa nos llama la atención al principio: la frase relativa a la sal está introducida por la conjunción «pues» (*oûn*), lo que significa que resume lo que precede: «Todo aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío» (Lucas 14:33).

Pero esta afirmación a su vez está introducida por «esto supuesto» (*houûtōs oûn*), lo que nos obliga a ir más atrás para encontrar el punto de partida del razonamiento. Pero, el versículo 31 empieza también por una conjunción de coordinación «o bien» (*ē*), y el versículo 28 por «ahora bien» (*gar*). Por tanto, el primer eslabón de esta cadena de pensamiento se encuentra en el versículo 26.<sup>95</sup>

Lucas observa que grandes multitudes caminaban con Jesús. Lo cierto es que el Maestro desconfía de los entusiasmos superficiales. Le gusta moderarlos, incluso desanimarlos. Pone las cosas en su sitio: «Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío».

Es imposible ser más claro, realista, honesto y transparente. Estamos lejos de los «grandes» predicadores actuales que prometen a la fe cualquier cosa en cualquier ámbito. ¿Deseáis un automóvil nuevo? Pedidlo con fe y lo conseguiréis. Lo mismo con respecto a la salud, el dinero, el amor. Jesús, por su parte, sabe que no se resiste al mal sin quemarse, mucho o poco. Para seguir al guía hay que renunciar a sí mismo y llevar la propia cruz (Mateo 16:24). Dejemos de jugar con los sentimientos prometiéndolos castillos en el aire. Eso no es honesto. Poner a Dios en el lugar principal puede implicar sacrificios, incluso con relación a los ape-gos más legítimos.

Jesús se explica –y no está de más ya que la frase es temible– con una primera comparación:

---

<sup>95</sup> Con placer doy estos detalles porque es una ocasión de mostrar cómo hay que despedazar una frase para captar su «médula y sustancia».



«Ahora bien si uno de vosotros quiere construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?, para evitar que si echa los cimientos y no puede acabarla, los mirones se pongan a burlarse a coro, diciendo: “Este empezó a construir y no ha sido capaz de acabar”.» (Lucas 14:28,29).

En otras palabras, querer seguir a Jesús sin estar decidido a perseverar hasta el fin, cualesquiera que sean las eventuales pruebas que se habrá que aceptar es una insensatez tan grande como querer construir un edificio sin tener la seguridad de poder acabarlo. Con toda evidencia, Jesús apela a la sabiduría, a la prudencia, a una lógica sana.

El segundo ejemplo trae a escena a un rey que partiera a la guerra sin tener buenas posibilidades de lograr una victoria. ¿No es acaso más prudente buscar la paz? ¿No se dice que es mejor un mal acuerdo que una victoria obtenida por medio de la guerra? Sabia lógica, una vez más.

Tras estas ilustraciones tan claras, Jesús renueva su afirmación fundamental, esta vez bien construida: «Esto supuesto, todo aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío» (Lucas 14:33). Se podría aclarar: «No puede ser mi discípulo no violento».

Finalmente llega lo que había que explicar: «Si, buena cosa es la sal» (Lucas 14:34). La sal, que es el espíritu de sabiduría y de sacrificio, gracias al cual se evitan salidas en falso, cálculos erróneos y falsas esperanzas. Pero también, gracias a ella se toman buenas decisiones. Sabiduría que sublima las penas y transfigura las alegrías. Con tal de que no pierda su sentido hasta el punto de asemejarse a una sal que ya no sala.

En los tres pasajes que hablan acerca de la sal, la parábola concluye con reflexiones sobre la necesidad de purificación. La prueba y el dolor formarán sin duda parte de ella. No aceptarlo es una falta de sabiduría.

El que acepta la gracia de seguir a Jesús, nacerá del agua y del espíritu. El Espíritu fecundará en él el fruto del amor, incluido el amor a los enemigos. El apóstol Pablo es concreto y explícito: «Resumiendo, hermanos, deudores lo somos, pero no de los bajos instintos para tener que vivir a su manera. Si vivís de este modo, vais a la muerte, y, al contrario, si con el Espíritu dais muerte a las bajas acciones, viviréis, porque hijos de Dios son todos y solo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios» (Romanos 8:12-14). Y los hijos de Dios construyen la paz con la virtud de la no violencia. «Amar es probar esa sal, esa sal de fuego, esa sal que debe destruir en nosotros todo lo que es podredumbre, es decir

todo lo que ahora llamamos nosotros mismos: el cuerpo corruptible y la inteligencia vacía, el saber vano, las pretensiones y glorias que deben caer como viejos harapos.»<sup>96</sup>

No confundamos nunca la esperanza de la fe con las promesas políticas. Me gusta esta visión del poeta:

«... el mundo se hace viejo,  
Una inmensa esperanza ha cruzado la tierra;  
¡A pesar nuestro, hay que elevar los ojos hacia el cielo!».<sup>97</sup>

La luz que expulsará la noche acude desde el fondo de los cielos. En Jesús, nuestra esperanza es segura. Condicionada por la fe, se expande en el amor.

---

<sup>96</sup> LANZA DEL VASTO, *Commentaire de l'Évangile* (Paris: Denoël, 1951), p. 172.

<sup>97</sup> Alfred de MUSSET, «L'espoir en Dieu» (Esperanza en Dios).

## Capítulo VIII

### La enseñanza del apóstol Pablo

Al tratar de descubrir la voluntad de Dios en lo que atañe a la violencia que conduce a la guerra hemos sido llevados a consultar a Jesucristo. Hemos dicho que la revelación divina culmina en Jesucristo. Él es la palabra hecha carne (Juan 1:14), encarnada, personificada. El Espíritu Santo no puede sino recordar lo que él dijo y hacerlo más comprensible (Juan 14:26; 16:13-15).

El problema de la guerra y de la violencia es, ciertamente, de una gran complejidad, tanto en teoría como de hecho. En teoría, debido a las páginas discordantes, en apariencia, que nos brinda la Biblia. De hecho, porque los acontecimientos se tejen generalmente como si obedecieran a una triste fatalidad insoslayable. Sería, pues, ingenuo y malsano hablar de ellos con presunción. La humildad se impone. No obstante, es difícil evitar la convicción de que Jesús espera de sus discípulos una actitud no violenta. Así lo enseñó claramente y su propia historia es una conmovedora ilustración de ello.

¿Qué más se puede decir? Podríamos, a partir de aquí, callarnos, escuchar y orar. Llorar también, con los que lloran. Pero dado el uso que hacemos de las enseñanzas del gran apóstol Pablo, creemos imprescindible consultarle. Este es el texto al que recurrimos principalmente. En su magistral Epístola dirigida a los cristianos de Roma, opone a la obediencia externa, consentida por temor a causa de la ley, la obediencia del corazón, engendrada por la fe, comprendida como una comunión viviente con Cristo. Después del desarrollo teórico vienen las exhortaciones prácticas. En la vida individual, Romanos 12:1-2; en la vida dentro de la iglesia, Romanos 12:3-21; en la vida política, Romanos 13:1-14; y, finalmente, en la vida social, Romanos 14:1-23. El pasaje que nos interesa se encuentra, pues, en el capítulo 13:

«Sométase todo individuo a las autoridades constituidas; no existe autoridad sin que lo disponga Dios y, por tanto las actuales han sido establecidas por él. En consecuencia, el insumiso a la autoridad se opone a la disposición de Dios, y los que se oponen se ganarán su sentencia. De hecho, los que mandan no son una amenaza para la buena acción, sino para la mala. ¿Quieres no tener miedo a la au-

toridad? Sé honesto y tendrás su aprobación, pues ella es agente de Dios para tu bien para ayudarte a lo bueno. En cambio si no eres honesto, teme, que por algo lleva la espada: es agente de Dios, ejecutor de su reprobación contra el delincuente. Por eso forzosamente hay que estar sometido no solo por miedo a esa reprobación sino también por motivo de conciencia, y por la misma razón pagáis impuestos, porque son funcionarios de Dios dedicados en concreto a esa misión. Pagad a cada uno lo que les debáis: impuesto, contribución, respeto, honor, lo que le corresponda.» (Romanos 13:1-7).

Esta perícopa se ha utilizado casi siempre para elaborar un concepto de la autoridad política destinado a garantizarle la sumisión casi incondicional de los cristianos.<sup>98</sup>

La historia de su exégesis es muy densa. No hablaremos de ella. En cambio, el filósofo cristiano Berdiaeff merece ser citado: «Estas palabras han ejercido una acción fatal; a menudo han servido para expresar un servilismo y un oportunismo frente al poder del Estado, y una sacralización de las formas del poder que nada tenían que ver con el cristianismo.»<sup>99</sup>

Esta advertencia se justifica plenamente, pues no es difícil poner a Pablo en contradicción consigo mismo. Ahora bien, la regla de oro para una correcta comprensión de la Biblia consiste en explicarla de tal suerte que los pasajes que parecen contradictorios concuerden armoniosamente. El apóstol Pedro lo subraya cuando escribe: «Ninguna predicción de la Escritura está a merced de interpretaciones personales; porque ninguna predicción antigua aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:20,21).

Para comprender correctamente el pensamiento de Pablo, expresado en este pasaje, debemos tener en cuenta: *a*) el contexto literario, *b*) el análisis exegético y *c*) las circunstancias históricas.

---

<sup>98</sup> Desde antes de finalizar el siglo XII, los radicales valdenses hicieron una lectura distinta de este fragmento. A principios del siglo XIII, un grupo de los pobres de Lyon y sobre todo los pobres lombardos pusieron este texto entre paréntesis refiriéndose al Sermón de la Montaña y a Mateo 20:25,26. Véase Amadeo MOLINAR, «Romains 13 dans l'interprétation de la première Réforme», en *Études Théologiques et Religieuses*, n.º 3 (1971): 231-240.

<sup>99</sup> Nikolái BERDIÁYEV, *Royaume de l'Esprit et royaume de César* (Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1951), p. 64.

## 1. Contexto literario

Recordemos que la división del texto en capítulos y versículos no es original. Dichas separaciones son muy cómodas pero arbitrarias. La exposición empieza con una exhortación determinante: «Por ese cariño de Dios, os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico» (12:1). En otras palabras, la única manera de ser lógico, cuando se tiene la fe verdadera, consiste en no vivir nunca más sin Dios.

En consecuencia, dice Pablo, «no os amoldéis al mundo este, sino idos transformando por la nueva mentalidad, para ser vosotros capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, conveniente y acabado» (12:2). En palabras claras: «No os creáis obligados a hacer como todo el mundo; aplicaos más bien a descubrir lo que Dios espera de vosotros». Siempre con la condición de no caer en extremismos peligrosos. Pablo, habiéndolo previsto, completará su pensamiento.

### 1.1. *No anarquía*

Tales palabras pueden ser interpretadas de manera excesiva, en el sentido de la anarquía. Hay que moderar, pues, el efecto producido. Jesús rogó a su Padre que preservara a los suyos del mal, pero no que los quitara del mundo (Juan 17:15). No se trata de vivir recluidos, en sociedades cerradas. De ahí la llamada a respetar a las autoridades, ya que en parte dependemos de ellas. Jesús mismo lo hizo así, dentro de los límites que ya conocemos.

### 1.2. *No integrismo*

Por otra parte, el apóstol podía temer un peligro no menos grave, el de ver organizarse grupos animados por un celo devorador, con recurso a la violencia para hacer triunfar sus posiciones. Hoy se les llamaría integristas. Esos campeones de un mundo mejor, fundado en la fuerza, sencillamente habrían mundaneado la iglesia y demonizado al Estado.

De hecho, eso es lo que se produjo después del advenimiento de la era de Constantino, a pesar de las precauciones del apóstol. A pesar de Pablo, decíamos, ya que todo el texto que llama a la sumisión a las autoridades está precedido y seguido por dos llamadas conmovedoras al amor (Romanos 12:9-21 y 13:8-10). ¿Es concebible justificar la violencia en nombre de un texto literalmente incrustado en un discurso que la prohíbe

de manera formal? «No os toméis la venganza, dejad lugar al castigo porque dice el Señor en la Escritura: “Mía es la venganza, yo daré lo merecido”» (Romanos 12:19). Es cierto, como más tarde escribiría Juan, que la sangre de los mártires clama venganza: «Tú, el soberano, el santo y leal, ¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra y la venganza de nuestra sangre?» (Apocalipsis 6:10). Pero se les pidió que quedaran en reposo durante un tiempo todavía. Hay que esperar la hora de Dios.

### *1.3. Superar el mal por medio del bien*

Y, sobre todo, dejando aparte el célebre himno al amor que nos dejó ese conquistador pacífico (1 Corintios 13), ¿cómo hablar de modo más explícito de lo que lo hace aquí? «No devolváis a nadie mal por mal. [...] En vez de eso, “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: así le sacarás los colores a la cara.” No te dejes vencer por el mal, vence el mal a fuerza de bien» (Romanos 12:17-21), «...así amontonarás ascuas sobre su cabeza» (BJ).

Las últimas palabras son una cita de Proverbios 25:21-22, que la tradición ha comprendido de dos maneras, en realidad complementarias: *a*) quitar las brasas, según el texto hebreo, o *b*) amasarlas, según la transmisión griega. *a*) «Quitar las brasas» para tomarlas sobre sí, se refiere probablemente a una antigua costumbre que consistía en poner carbones ardientes sobre la cabeza de los culpables. El amor *agape* pretende entonces el alivio de los condenados. *b*) Al contrario, «amasar» carbones ardientes sobre la cabeza de los culpables constituye una medida pedagógica destinada a ponerlos en una situación que hará que tomen conciencia de su culpabilidad. De cualquier modo, devolver bien por mal es el medio más seguro de favorecer el arrepentimiento.

Es muy evidente que Pablo presenta aquí el principio activo de la no violencia, tal como lo hemos encontrado en el Sermón de la Montaña (Mateo 5:38-42).

### *1.4. El amor: Cumplimiento de la ley*

Después de hablar así, si el autor continúa exigiendo incondicionalmente obediencia al Estado, incluso cuando ordena la guerra, estamos en plena contradicción. El autor inspirado parece así olvidar el amor, después de haberlo puesto en el lugar preferente. Contradicción tanto más insólita e

incongruente que en el capítulo 13, insiste aún en el amor como cumplimiento de la ley, cuyo sexto mandamiento cita explícitamente: «No matarás». Para mí, pues, el asunto se entiende así: no se puede amar y matar. Esto es importante, sobre todo porque «la noche está avanzada, el día se echa encima» (Romanos 13:12). Sepamos esperar pacientemente la hora de Dios para el restablecimiento definitivo de la justicia en el amor.

## 2. Análisis exegético

### *2.1. Las autoridades establecidas por Dios*

Esta afirmación plantea un problema espinoso. Si los poderes estuvieran siempre establecidos por Dios, de hecho y de derecho, es decir en virtud de su voluntad ideal tanto como en relación con las circunstancias, la obediencia del cristiano no debería ya ser crítica. Su propia conciencia no tendría siquiera derecho a intervenir. La responsabilidad de sus actos no descansaría ni en él ni en las autoridades, sino en Dios mismo. Estamos rozando el absurdo.

Por suerte, el verbo griego traducido por «establecidas» reviste generalmente un sentido circunstancial, más bien que ideal. El objetivo de Dios es proteger el orden adaptándose lo menos mal posible a las circunstancias. Esto se ve sin dificultad en el momento en que el pueblo de Israel insistió ante Samuel para tener un rey. El profeta está desamparado, creyéndose rechazado por su pueblo. Entonces Dios reacciona enseguida: «No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren como rey» (1 Samuel 8:7). Y el pueblo no tardará en reconocer: «A todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirnos un rey» (1 Samuel 12:19). Así es como, para la mayor desdicha de su pueblo, el designio inicial de Dios fue abortado. Israel pierde la ventaja de la teocracia.

A este respecto, Pablo hace una declaración fundamental: «[Dios], en las pasadas edades él dejó que cada pueblo siguiera su camino» (Hechos 14:16). Esta afirmación comporta un inmenso alcance. Si esto se olvida, la teología de la historia está falseada. Pues si Dios finaliza la historia, respeta también la libertad de los hombres. En verdad, no es Dios quien hace la historia. Aun cuando da el poder, no impone ninguna línea de conducta. De ahí que un hombre puede a veces servirlo y a veces ofenderlo.

Las consecuencias de esta noción son incalculables. Pocos son los que niegan la libertad de los humanos, pero menos los que disciernen

todas sus implicaciones, principalmente en relación con la autoridad de Dios y su omnipotencia. Constantemente la experimento. Así, que el lector tenga a bien meditar la cita siguiente. Me sorprendería que no se quedara un poco desorientado. Y, sin embargo, es una gran evidencia.

«Dios habría podido ser todopoderoso si no hubiera sido amor o si no hubiera tenido nadie a quien amar. Ya no lo es desde el momento en que creó el hombre y le confió el mundo. Dios, al hacer al hombre libre, quiso limitarse. “Yo soy libre, dice Gabriel Marcel, mientras Dios ponga un límite a su poder de producción. No somos nosotros quienes limitamos a Dios, es Dios quien creó a un ser capaz de resistírsele, capaz de introducir en el mundo lo que Dios no quiere. Dios creó creadores. Un acto libre es imprevisible; no está previamente contenido en sus antecedentes, aporta algo nuevo. En la línea del mal, es la criatura quien es causa primera”, es decir, creadora (Maritain).»<sup>100</sup>

Hablemos con claridad. Cuando Dios confía una misión a un ser humano, conforme a su voluntad ideal, ese ser humano puede introducir en el mundo lo que Dios no quiere. El resultado, no obstante querido por Dios, se convierte en su voluntad de hecho. Quisiera evitarlo, pero se inclina por respeto a su don de libertad.

Un ejemplo será más fácil de comprender. Nabucodonosor, rey de Babilonia, había recibido de Dios el poder, el imperio, la fuerza y la gloria (Daniel 2:37). Ahora bien, a pesar del sueño revelador que recibió del Altísimo, tuvo la jactancia de hacer levantar una estatua de oro a su propia efigie, para que todos vinieran a adorarla prosternándose. Tres judíos que habían recibido la intendencia de la provincia de Babilonia se negaron. «¿Qué Dios os libraré de mi mano?», preguntó el rey. Los jóvenes respondieron: “El Dios a quien veneramos [...]. Y aunque no lo haga [...] no veneraremos a tus dioses”» (Daniel 3:16-18).

Indudablemente, Nabucodonosor había sido «establecido» por Dios. No obstante, sus exigencias no eran normativas. La lectura superficial de las Santas Escrituras puede, pues, dejar una impresión totalmente incorrecta. Nunca se repetirá bastante la importancia, tratándose de la volun-

---

<sup>100</sup> Louis ÉVELY, *La prière d'un homme moderne* (Paris: Éd. du Seuil, 1969), p. 90. Ordenado sacerdote en 1937, doctor en Derecho y en filosofía tomista, Louis Évely pidió su secularización y murió en 1985. Gabriel Marcel, filósofo existencialista. Jacques Maritain, filósofo francés.



tad de Dios, de no confundir el derecho, o ideal, con el hecho, que es circunstancial. La realidad histórica no siempre se inscribe en el consenso divino. Ni mucho menos.

### 2.2. «Sométase»

Hay otra palabra trampa. Este verbo lo emplea el mismo autor para solicitar el respeto mutuo de los hermanos entre sí, dentro de la iglesia (1 Corintios 16:16) en el temor de Dios (Efesios 1: 21-24). Estamos lejos de una sumisión incondicional. La forma gramatical del verbo revela que el autor lo emplea para solicitar la deferencia, la consideración recíproca, en los que cada cual es igualmente cuidadoso con el bien de los otros. El amor está claramente presente, en filigrana, combinado con el respeto. He aquí una «sumisión» sensiblemente matizada.

### 2.3. Los magistrados

Ciertamente, toda sociedad requiere una organización. Nunca se ha visto correr un animal sin cabeza. Al rechazar la autoridad del Creador, el ser humano eligió la obediencia a los hombres. Peor remedio, sin duda, pero aceptado por Dios. A nosotros nos corresponde hacer el bien para no ser reprobables. Pablo precisa que el que manda, el magistrado, es nuestro servidor (Romanos 13:4), o nuestro «diácono», como dice el texto griego. No olvidemos que ese término se emplea en el Nuevo Testamento para designar al mismo Cristo (Romanos 15:8) y a los que fueron elegidos en la iglesia apostólica para cuidar de los desheredados (Hechos 6; 1 Timoteo 3:8-13). Las decisiones que han de tomar deben estar dictadas siempre por la caridad. Jesús denunció la ambición soberbia de los jefes: «Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan, y que los grandes las oprimen. [...] Igual que este Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mateo 20:25-28).

### 2.4. Llevan espada

Los pastores Éric y Aaron R. Kayayan, padre e hijo, han publicado un libro interesante que lleva por título *Le chrétien dans la cité* (El cristiano en la ciudad).<sup>101</sup> Dedicar un capítulo a «El Estado según la Biblia, su

---

<sup>101</sup> Éric KAYAYAN y Aaron R. KAYAYAN, *Le chrétien dans la cité* (Lausana: Éd. L'Âge d'Homme, 1995).

origen, su función y las obligaciones de los ciudadanos». He aquí su comentario a propósito de la espada:

«Según Romanos 13, el magistrado lleva una espada, para usarla de verdad –no es de las de adorno– con el fin de castigar e incluso ejecutar. En Hechos 25:11, Pablo reconoce este derecho incluso en su propio caso. A ningún Estado le debería repugnar –cuando está justificado– aplicar la pena capital. [...] El Estado puede declarar la guerra cuando se trata de defender la nación, incluso frente a una intervención exterior cuando la defensa de una nación débil atacada injustamente lo requiere.»<sup>102</sup>

¿Es necesario expresarse de una manera tan categórica fundándose en un solo texto, cuando tantos otros en el Nuevo Testamento, que no se toman en cuenta, sugieren lo contrario? Sin duda se está seguro en esta óptica del consenso más general. Pero nuestra búsqueda es diferente. «No viváis de acuerdo al mundo en que vivimos. Esforzaos más bien en descubrir la voluntad de Dios.» Sigamos este consejo a propósito del magistrado que lleva la espada, antes de volver a los autores citados.

Es en calidad de «diácono» de Dios –se repite la palabra– lleva el que manda (magistrado) la espada, ya que «es agente de Dios, ejecutor de su reprobación contra el delincuente» (Romanos 13:4). La palabra traducida como «reprobación» traduce un término que describe la justicia puesta en evidencia y ejecutada. Una vez más, nos vemos enfrentados ante un dilema típico de una obra de Corneille.

- admitir que Pablo concede al Estado el derecho de vida y muerte y el derecho de hacer matar en la guerra; pero entonces Pablo está en desacuerdo con Jesús, cuyo pensamiento respeta siempre escrupulosamente; o
- buscar otro sentido a las frases en cuestión, sin forzar el texto.

Cuando se hacen excursiones por la montaña, se presentan a veces tramos con cierto grado de dificultad que requieren de una gran prudencia. Lo mismo sucede con la escalada hacia la Verdad. Aquí estamos precisamente frente a una de esas dificultades que no se superan si no es a costa de una sincera atención a la revelación en su totalidad.

---

<sup>102</sup> Ibid., p. 156, 157.

Si uno admite contradicciones en la revelación divina, se ve reducido a elegir una de las opciones posibles. Naturalmente, lo hará de acuerdo con sus propias convicciones. A partir de ahí, la vía escogida ya no es divina sino humana. Hemos denunciado ya el peligro de esta actitud. La objetividad desaparece en pro de la subjetividad. La Palabra de Dios cede ante las opciones de los hombres. Deja de ser la Palabra de Dios.

Veamos, pues, si la afirmación de Pablo a propósito de los magistrados y la espada no puede comprenderse si no es reconociendo al Estado el derecho de vida y de muerte. Los pastores Kayayan lo afirman y encuentran un apoyo en la declaración ante al gobernador Porcio Festo durante el juicio del apóstol. «Si soy reo de algún delito que merezca la muerte, no rehúyo morir» (Hechos 25:11). Con toda seguridad, los romanos usaban y abusaban del derecho de vida y de muerte. Pablo no lo ignora. ¿Cómo podría oponerse a ello? ¿Quiere esto decir que lo aprueba? Por supuesto que no, puesto que recomienda dejar en las manos de Dios el cuidado de hacer justicia.

Tomemos otro ejemplo. Pablo recomienda a los esclavos que permanezcan sumisos a sus amos. «Los que están bajo yugo de esclavitud, consideren a sus amos dignos de todo respeto, para que no se maldiga a Dios y a nuestra doctrina» (1 Timoteo 6:1). ¿Hay que sacar la conclusión de que Dios quiere la esclavitud? Imposible. Podríamos extendernos analizando la hermosísima Epístola a Filemón.<sup>103</sup> Pero no es ese nuestro objetivo.

Una vez más, la solución se encuentra en la distinción, delicada pero indispensable, entre la voluntad de derecho y la voluntad circunstancial. De hecho, los romanos dominan porque Dios lo ha querido (Juan 19:11). Su Estado no por ello deja de estar descrito en el Apocalipsis como una bestia, al servicio del «gran dragón, a la serpiente primordial, que se llama diablo y Satanás, y extravía a la tierra entera» (Apocalipsis 13; 12:9). La misma constatación se impone, ya lo hemos visto, a propósito de Nabucodonosor, rey de Babilonia, a quien se resistieron valientemente los tres hebreos. Nabucodonosor era rey en virtud de la voluntad de Dios, pero no por eso sus actos estaban siempre en armonía con la voluntad de Dios.

---

<sup>103</sup> Véase Richard LEHMANN, *Épître à Philémon: Le christianisme primitif et l'esclavage* (Ginebra: Labor et Fides, 1978).

Desde este punto de vista, la evolución de Karl Barth en 1914 merece nuestra atención. Sus predicaciones del mes de agosto son reveladoras. Intenta primero consolar a los que le escuchan, conviniendo en que la espera del Reino de Dios es difícil. Pero el tono cambia a partir del 23 de agosto:

«La guerra es ilegítima, la guerra es pecado, la guerra no es una necesidad, sino que procede, al contrario, únicamente de la maldad de la naturaleza humana. [...] El juicio está aquí. [...] Como egoístas y envidiosos hemos vivido unos junto a otros [...]; cada vez más lejos, a ver quién será el que puede más, hasta la explosión del mal que estamos viviendo hoy día.»<sup>104</sup>

Con más precisión, a propósito de Romanos 13, el profesor G. J. Hering escribe: «La autoridad puede y debe afirmarse como poder de justicia y de policía. Eso es lo que puede concluirse de Romanos 13. Pero eso es todo. No se trata del derecho a hacer la guerra. Ninguna afirmación en ese sentido puede basarse en este texto.»<sup>105</sup>

En conclusión, Pablo sabe bien que el que manda lleva la espada. Esa es la razón por la cual aconseja a los cristianos que hagan el bien para no tener que sufrir las sanciones públicas conforme al derecho de los hombres. Al mismo tiempo, recuerda al que manda que está al servicio de Dios en cuanto servidor-diácono, lo que implica la puesta en práctica de la caridad. Entretanto, no olvidemos la enseñanza que precede y que podemos resumir diciendo: «Amigos, no os toméis la venganza. A Dios corresponde haceros justicia. El amor, cumplimiento de la ley, no causa daño» (véase Romanos 12:19; 13:9,10).

### 3. El telón de fondo histórico

Las informaciones históricas confirman ampliamente nuestras conclusiones. En el tiempo de la redacción de la Epístola a los Romanos, los conquistadores proporcionaban una paz relativa, favorable a la difusión del Evangelio. Pablo se encontraba en plena acción en Corinto, al final de su tercer viaje misionero. Su deseo era ir a evangelizar España, con ayuda de

---

<sup>104</sup> Citado por Klauspeter BLASER, *La théologie au XXe siècle* (Lausana: Éd. L'Âge d'Homme, 1995), p. 52.

<sup>105</sup> G. J. HERING, *Dieu et César* (París: Société Commerciale d'Édition et de Librairie, 1933), p. 41.

los cristianos de Roma. Comprometer sin razón unas buenas condiciones de trabajo habría sido algo profundamente lamentable. El misionero quiere apartar a sus lectores de la loca tentación de recurrir a la violencia. Nada de anarquía, nada de revolución. Una insubordinación injustificada podía comprometer las posibilidades de la misión. Es prudente, lógico y juicioso.

Desgraciadamente, el Imperio Romano no se mantendría mucho más tiempo en esa línea de conducta. Unos diez años más tarde, el mismo Pablo pagaría muy caras las consecuencias, ya que fue decapitado en Roma.

En ese mismo clima, Pedro, que sin embargo recomienda a su vez la sumisión a las autoridades (1 Pedro 2:13-17), añade:

«Porque dice mucho en favor de uno sí, por la experiencia que tenemos de Dios, soporta que lo maltraten injustamente. Vamos a ver, ¿qué hazaña supone aguantar que os peguen si os portáis mal? En cambio, si hacéis el bien y además aguantáis el sufrimiento, eso dice mucho ante Dios» (1 Pedro 2:19,20).

Recordemos la experiencia de Pedro en Jerusalén después de Pentecostés. Acaba de curar a un cojo. Todo el mundo habla de ello. Y él mismo aprovecha la ocasión para dar a conocer a Jesús. El Sanedrín se enfada y lo hace detener. Pero no atreviéndose a encarcelarlo debido al entusiasmo del gentío, le intiman con una orden categórica a que deje de enseñar en nombre de Jesús. ¿Va a obedecer, a someterse? En modo alguno. Y, sin embargo, la orden viene de una autoridad que no es solo política sino religiosa (Hechos 4:17).

Pedro se contenta con responder: «¿Puede aprobar Dios que os obezcamos a vosotros en vez de a Él? Juzgadlo vosotros. Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (Hechos 4:19,20). Y desobedece abiertamente. Cuando se lo reprochan, un poco más tarde, pronuncia la famosa frase: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29).

Este ejemplo muestra una vez más hasta qué punto es peligroso aislar un texto para extraer de él una norma. Pedro escribió, como corresponde: «Acata toda institución humana por amor del Señor; lo mismo al emperador como a soberano, que a los gobernadores como delegados suyos para castigar a los malhechores y premiar a los que hacen el bien» (1 Pedro 2:13,14). Iluminada por el comportamiento de su autor, esta pala-

bra apostólica e inspirada no puede, en ningún caso, justificar la opresión violenta y cruel.

Ya que es necesario el orden en la sociedad, es preciso un poder para organizarlo. Aun cuando sea pagano, este poder debe ser respetado. Sin embargo, en la medida en que la familia de Cristo debe vivir de modo distinto que los paganos, será divinamente inspirada, en conciencia, a no someterse sin reservas.

No faltan ejemplos para ilustrar positivamente este principio. Pensemos en David, expulsado de la corte por Saúl, y manteniendo una resistencia pasiva contra su rey (1 Samuel 21–27). O en Daniel, en la corte de los babilonios, y después en la de los medos y la de los persas. Cuando el rey Darío publicó el decreto que prohibía a todos sin excepción orar a otro dios que no fuese él mismo durante treinta días, Daniel continuó orando piadosamente tres veces al día, igual que lo hacía anteriormente (Daniel 6). Y fue arrojado al foso de los leones. Recordemos también la terrible historia del profeta Jeremías, obligado por fidelidad al Altísimo a ponerse fuera de la ley, con relación a las autoridades políticas y religiosas de su tiempo (Jeremías 21:9; 27:12; 28:13; 36:31; 37:8). ¿Y qué decir del mismo Jesús, purificando el templo, resistiéndose al guardia que le abofeteó durante su proceso, y acusando a los principales sacerdotes de actuar bajo el imperio del «poder de las tinieblas»?

Como antes hemos sugerido, el Apocalipsis, escrito por Juan hacia el año 96, presenta una imagen del Estado realmente sombría. Por ejemplo, Cristo dice a la iglesia de Pérgamo: «Sé dónde habitas, donde Satanás tiene su trono» (Apocalipsis 2:13). Siniestra acusación debida al hecho de que la ciudad se convirtió en la sede del culto político.<sup>106</sup> Se exigía a los cristianos que ofrecieran incienso a la imagen del emperador que era llamado «Señor».

Similar situación resulta de las leyes divinas, como hemos explicado con respecto a Isaías 45. Desde este punto de vista, se puede referir al Creador y es característico del pensamiento hebraico. Pero el hombre de fe no se engaña. Todo viene de Dios, aunque no siempre lleva la marca

---

<sup>106</sup> Karl Barth explica que «El Estado, instituido por Dios según Romanos 13 como protector del derecho puede convertirse en el Estado dominado por el Dragón, exigiendo el culto al César, combatiendo a los santos, blasfemando, la Bestia del abismo de Apocalipsis 13, dominando el mundo entero. Un poder angélico puede precisamente ser pervertido hasta convertirse en un poder demoníaco.» (Karl BARTH «Justification divine et justice humaine», *Foi et Vie, Cahier Biblique*, n.º 5 [s.f.], p. 15).

de su justicia y de su amor, debido a las desviaciones originadas por las potencias del mal. Un cúmulo de circunstancias con una lógica imperturbable no siempre implica la seguridad de su aprobación. Como observa con razón Aaron R. Kayayan, «el patriotismo bautizado como cristiano puede convertirse en una de las negaciones más sutiles del señorío de Jesucristo».<sup>107</sup>

#### 4. El cristiano y el Estado

Muchos cristianos se atrincheran detrás de la autoridad del Estado para evacuar toda responsabilidad personal en cuanto al empleo de la violencia, especialmente en tiempos de guerra. Consideran la obediencia como su primer deber cívico. Esto nos ha valido juicios famosos. Sin embargo, incluso los teólogos que han hecho apología del poder han reconocido a menudo sus límites. Tomemos el caso de Lutero. Cuesta comprender que haya escrito:

«Casi podría jactarme de que, desde el tiempo de los apóstoles, la espada terrestre y la autoridad nunca han sido descritos y ensalzados como yo lo he hecho, tal como mis enemigos se ven obligados a confesar... La mano que maneja la espada de la autoridad no es ya la mano del hombre sino la de Dios, y no es el hombre, sino Dios, quien ahorca, decapita, descoyunta en la rueda, degüella y hace la guerra.»<sup>108</sup>

¡Qué horror! Y sin embargo, el monje agustino, hereje y rebelde, declaró ante el joven emperador Carlos V en la dieta de Worms: «Ni es bueno ni es recomendable que un hombre haga algo contra su conciencia.»<sup>109</sup>

Calvino, por su parte, estaba incluso a favor de la guerra destinada a la ejecución de una venganza pública. No obstante, recomendaba que no se obedeciera a los tiranos. Antes que someterse, decía, hay que «escupir sobre sus cabezas».<sup>110</sup> Olvidemos pronto estas frases y conformémonos

---

<sup>107</sup> Éric KAYAYAN y Aaron R. KAYAYAN, *Le chrétien dans la cité*, op. cit., p. 189.

<sup>108</sup> *Luthers Werke*, ed. Weimar-Ausgabe, XIX, pp. 625, 656, 658.

<sup>109</sup> Véase Daniel WALTHER, «Le calvinisme et le droit de résister», *Conscience et Liberté*, 1.º semestre 1975, p. 20.

<sup>110</sup> *Corps reformet calvini*, Opera XLI, 35. Los principales textos de Calvino sobre la política se encuentran en la *Institution de la Religion Chrétienne*, ed. de 1560 (ed. esp.: *Institución de la religión cristiana*, 5.ª ed., 2 vols. [Rijswijk, Holanda: Fundación Editorial de Literatura Reformada, 1999]).

con repetirnos que el cristiano se mostrará respetuoso con relación al Estado, sin caer en el servilismo allí donde la voluntad del Señor sea pisoteada.

#### *4.1. De la teocracia al Estado*

Toda la cuestión se reduce a saber dónde situar al Estado, dentro del plan de Dios.

«Según unos, el Estado fue instituido antes de la caída, y por consiguiente aunque la caída no hubiese intervenido, habría una institución estatal. [...] Otros pensadores reformados se expresan de un modo diferente. Para Calvino y la Confesión de La Rochelle, como para Abraham Kuyper, el Estado aparece solamente después de la caída. [...] Hay todavía otros que combinan las dos opiniones al considerarlas complementarias. Esa institución fue establecida para reprimir el mal, pero igualmente como “impulso social original”»<sup>111</sup>

Los autores que acabamos de citar consideran:

«...que la vida política pertenece al orden de la creación divina –no a una naturaleza liberada de toda dependencia hacia su Creador–; que la visión cristiana de la sociedad, al restaurar la percepción de un orden moral y jurídico que trasciende la vida política, permite evitar, por una parte, la anarquía democrática y, por otra, el totalitarismo que es su consecuencia necesaria; y por último, que la reintegración de esta perspectiva divina, revelada en la Palabra de Dios, devuelve a la vida humana y social la estrella polar de una finalidad extrasocial, astro desaparecido desde la revolución astronómica del siglo XVII».<sup>112</sup>

Sin duda se apreciará el optimismo de esta visión de la historia. Me parece, sin embargo, que debe ser superada, al menos por quien acepte la Revelación en su totalidad, del Génesis al Apocalipsis.<sup>113</sup> Sin la caída, la

---

<sup>111</sup> Éric KAYAYAN y Aaron R. KAYAYAN, *Le chrétien dans la cité*, op. cit., p. 5.

<sup>112</sup> *Ibid.*, Cubierta, IV.

<sup>113</sup> «No queda nada de la Revelación desde el momento en que hay una acomodación, una interpretación humanista. La fe cristiana es radical, cortante como la Palabra misma de Dios o no es nada. Ahora bien, lo que caracteriza la teología moderna (como tantas otras veces en la historia de la iglesia), es precisamente la mitigación y la ausencia de radicalismo, ya se trate de la teología de la



organización de la vida de los seres humanos habría tomado otro giro, imposible de imaginar hoy día. El hombre habría reinado sobre la creación en perfecta armonía con Dios que seguiría siendo el Señor. Se ignoraría toda forma de violencia. Pero el hombre creado a imagen de Dios, en un mundo considerado por el Creador como muy bueno (Génesis 2:31), hizo desaparecer la armonía divina al rechazar la dependencia. Si es verdad que la libertad nos hace hombres, «nuestras elecciones son más fuertes que Dios», como observa duramente Clavel.<sup>114</sup> En esto reside el riesgo del amor divino. Y nos hemos hundido en un proceso catastrófico.

Inmediatamente, Dios puso en marcha su plan de emergencia para situaciones de catástrofe (Génesis 3:15). Se pone a trabajar en la reconstrucción de la armonía, pero sin imponérsela a nadie. Empieza, pues, la historia de la salvación, donde la voluntad de Dios y la del hombre están constantemente en tensión. Formidable aventura, en la que el hombre puede impedir a Dios reinar con eficacia. Dios había esperado reservarse un pueblo libre, sin reyes, confiando en ser él mismo su único Señor. Pero cuando el profeta Samuel se hizo viejo, el pueblo de Israel quiso un rey «como se hace en todas las naciones» (1 Samuel 8:5). Así, el reino de Dios dejó paso, en el seno del pueblo elegido, a la forma actual de Estado. Israel tenía vocación de ser un pueblo de sacerdotes (Éxodo 19:5,6). En virtud de su elección, se convirtió en una nación politizada como las otras.

«El drama profundo de Israel, en cuanto pueblo, es el de haberse visto abocado a una elección desgarradora entre estar con Yahvé y su ley –pero entonces diferente a los otros– o ser como los otros, pero entonces separado de su Dios, y fue incapaz de elegir, basculando constantemente de una opción a otra.»<sup>115</sup>

La institución de la monarquía en Israel favoreció una especie de deificación del Estado, en la que se suele apelar a Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos, garante de las conquistas. Por desgracia, los demonios de la violencia viven muy a gusto en ella. Pero afortunadamente los maravillo-

---

cultura de Tillich, de la desmitologización de Bultmann, de los teólogos de la muerte de Dios, en todos los casos se trata de una adaptación del cristianismo a lo que se imagina ser el hombre o la sociedad moderna.» (Jacques ELLUL, «Tu ne tueras pas», *op. cit.*, p. 61).

<sup>114</sup> Maurice CLAVEL, *Deux siècles chez Lucifer* (París: Seuil, 1978), p. 209.

<sup>115</sup> Guy LABOUERIE, *Dieu de violence ou Dieu de tendresse*, *op. cit.*, p. 96. Véase Ezequiel 5:5-8.

Los profetas describen con entusiasmo otra perspectiva. En verdad iban siglos por delante de su tiempo. Y «cuando se cumplió el plazo envió Dios a su Hijo [...] para que recibiéramos la condición de hijos» (Gálatas 4:4-5). Punto de convergencia, en Cristo, de la eternidad y del tiempo. Momento en que todo habría podido cambiar... Pero el drama fue que el mundo rechazó a Dios, dejando así el campo libre a Satanás, que Jesús denuncia como el príncipe de este mundo.

### *4.2. Jesús y el Estado*

Si es cierto que Jesús respetó el Estado, en cambio no lo adoptó, puesto que afirma: «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36; BJ). «Esa luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han comprendido» (Juan 1:5). «El mundo no la reconoció» (Juan 1:10). Antes de la caída, Dios nos había destinado una sabiduría «que ninguno de los jefes de la historia presente ha llegado a conocer pues si la hubiesen descubierto no habrían crucificado al glorioso Señor» (1 Corintios 2:6-8). Resulta difícil captar en toda su medida estas declaraciones que, sin embargo son tan graves y tan claras.

No obstante, «la piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular» (Marcos 12:10), en la edificación de otra ciudad: «Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos como Salvador al Señor Jesús» (Filipenses 3:20). Todos los hombres de fe han vislumbrado esta ciudad.

«Con fe murieron todos estos, sin recibir lo prometido, nada más viéndolo y saludándolo de lejos y confesando ser extranjeros y peregrinos en la tierra. Hablando así demostraban que buscaban una patria, pues, si es que añoraban la patria que habían dejado, estaban a tiempo de volver; suspiraban, por tanto, por una patria mejor, es decir, por la celeste. Y como Dios les había preparado una ciudad, no tiene reparo en que lo llamen su Dios» (Hebreos, 11:13-16).

El fantástico proyecto de Dios, misterio de su voluntad, según «su designio secreto, conforme al querer y proyecto que él tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste» (Efesios 1:9,10). En esta declaración, el apóstol Pablo utiliza un verbo fuerte, *anakephalaiōsasthai*, que se ha traducido por «reunir», pero se puede ser más preciso ya que el término es rico en significado.

Pablo forjó este verbo a partir de *kephálaion*, que expresa la idea de «resumen», de la que viene el verbo *reunir*. Pero la teología del apóstol está dominada por la noción de Cristo, llamado cabeza, *kephalḗ*, de la iglesia. Así pues, es normal incluir esta idea en el texto que estamos examinando. Dios quiere reunir todas las cosas en Cristo, que entonces se pone en su verdadero lugar, la cabeza.

Además, como ha señalado Norbert Hagedé en su comentario de la Epístola a los Efesios, Pablo da probablemente un tercer significado a este verbo, un sentido cronológico, el del punto de partida, evocado por la preposición *ana*. «Dios emprende de nuevo la creación, vuelve a partir de cero... Cristo, a la vez jefe (*kephalḗ*) y resumen (*kephálaion*) de la nueva creación, será también el punto de partida.»<sup>116</sup>

Así, Dios empieza de nuevo con Cristo lo que había fracasado con Adán. La historia adopta un nuevo punto de partida, lleno de esperanza a rebosar, bajo la égida de aquel que es el camino, la verdad y la vida. Gracias a él, el amor es al fin posible. La violencia está ya virtualmente vencida.

#### 4.3. Nuestro mundo en prórroga

Descubrir y comprender el maravilloso proyecto de Dios nos lleva a mirar nuestro mundo como algo en un estado de prórroga. Jesús lo declaró así de forma categórica a los once apóstoles, poco antes de su arresto, tras haber instituido la cena de la nueva alianza. Anuncia la venida del Espíritu Santo y describe su acción: «Cuando venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, la justicia y el juicio. En lo referente al pecado porque no creen en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo está juzgado» (Juan 16:8-11; BJ).

Para quien quiera entender, esto significa que la crucifixión de Jesús es la demostración irrefutable del hecho de que nuestro mundo está extraviado, corrompido. Al no creer en Jesús, los hombres lo odiaban (Juan 7:7) y lo han entregaron al príncipe de este mundo. Esta es la primera convicción y, por consiguiente, la más importante, que el Espíritu Santo produce en nosotros. El mundo está convencido del pecado por haber

---

<sup>116</sup> Norbert HUGEDÉ, *L'Épître aux Éphésiens* (Ginebra: Labor et Fides, 1973), p. 37.

rechazado al Hijo de Dios Salvador. La cruz revela y prueba el pecado del mundo.

Entonces, ¿cómo vivir aún para este mundo? San Pablo no lo quiso. «Por lo que a mí respecta, escribe, lejos de mí el pensamiento de glorificarme de otra cosa que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo (Gálatas 6:14). No podría hablar más claro. A ojos del vidente de Damasco, nuestro mundo, al condenar a Jesús, se ha condenado a sí mismo. Seguir viviendo para el mundo viene a ser perderse con él. Sin duda, no se puede escapar al mundo, es necesario vivir en él. La solución consiste en rechazar el horizonte del mundo, el del cadáver, para situarse en la verticalidad de la cruz, dimensión de la esperanza. Cualquier otra actitud, cualquier otra política que se acomode al estado del mundo se asemeja a poner una cataplasma en una pata de palo. Este mundo con su príncipe, ya está juzgado (Juan 16:11).

No creo forzar el pensamiento de Jacques Ellul al citarlo aquí:

«Hay que comprender, dice, que todas estas empresas, por muy inteligentes que sean, privan de manera radical al Señorío de Jesucristo de su contenido y su poder. No se trata de dar un nuevo contenido, una nueva interpretación, etcétera, la realidad es que estas conciliaciones quitan a la Revelación su radicalismo y que a partir de ahí, el cristiano ya no puede hacer nada que tenga su peso en la lucha contra la violencia».<sup>117</sup>

Debemos repetirlo: nuestro mundo, o nuestro tiempo, está en espera de ejecución de su sentencia. Su condenación es irremediable. El cielo y la tierra «están guardados y reservados para el fuego, el día del juicio. [...] Los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos serán destruidos por el fuego y la tierra con las obras que encierra será consumida» (2 Pedro 2:5-10). No es un profesor de física nuclear quien lo dijo sino un simple pescador, el humilde apóstol Pedro. Solo que estaba inspirado por el Espíritu de Dios. Tenía la visión exacta de la maravillosa cita con Dios.

No se puede descubrir el sentido profundo de la crucifixión sin admitir que el mundo en el que ese crimen se llevó a cabo no merece durar. Pero no se puede aceptar la resurrección del crucificado sin ver que la justicia de Dios triunfará. Esta es la segunda convicción que da el Espíritu

---

<sup>117</sup> Jacques ELLUL, «Tu ne tueras pas», *op. cit.*, p. 61.

Santo (Juan 16:10). Y ello nos abre perspectivas incalculables, con frecuencia mencionadas en el Nuevo Testamento en relación con el retorno de Jesucristo. «Que vuestro corazón no se turbe, recomienda el Maestro. [...] Yo os prepararé un lugar. [...] Yo volveré y os tomaré conmigo, a fin de que allí donde yo esté estéis también vosotros» (Juan 14:1-3).

He aquí por qué los apóstoles renunciaron a vivir para este mundo. Puesto que todas estas cosas deben disolverse, dice Pedro, ¡con qué santidad de conducta y con qué piedad debéis vivir, esperando y apresurando así el advenimiento del día de Dios!» (2 Pedro 3:11). Un cristiano puede, ciertamente, poner sus capacidades al servicio de la ciudad. Siempre a condición de no consentir nunca en compromiso alguno con el príncipe de este mundo. Cuando la parte que corresponde al César está realmente condicionada por la de Dios, no se libra de serias limitaciones. Pues la gracia de Dios nos enseña «a renunciar a la impiedad y a las codicias mundanas y a vivir en el siglo presente según la sabiduría, la justicia y la piedad, con bienaventurada esperanza de la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:11-14).

Con referencia a esto mismo no dudo en citar una vez más a Jacques Ellul. La pertinencia de su pensamiento justifica mi insistencia:

«Si se observa un radicalismo cristiano tan intransigente, ¿no implica esto en definitiva un retirarse del mundo? Esta es la gran objeción de los cristianos violentos. Se sostiene sobre dos argumentos. El primero descansa en la repetición de la frase de Péguy, “quienes quieren manos puras se arriesgan a no tener manos”; mezclarse en el mundo implica tener las manos sucias, por consiguiente, transigir; no puede haber vida cristiana intransigente si no es separándose del mundo; el radicalismo cristiano es una abstracción que impide mezclarse con la vida porque está sucia, es una huida bajo las apariencias del rigor.»

A este argumento, el autor responde:

«...abandonar el radicalismo cristiano para lanzarse a la acción es tal vez interesante para las personas de acción, pero es abandonar el cristianismo mismo. No tengo nada en contra de quien prefiere la vía política, sindical, científica, revolucionaria, técnica, etcétera, pero simplemente que no pretenda expresar de esta manera la verdad cristiana. Se le puede pedir este mínimo de honestidad. Por otra

parte, es totalmente falso que el radicalismo cristiano impida la acción, pero no es la misma.

»El segundo argumento: El radicalismo cristiano se dirige tan solo a individuos, lo cual carece de importancia y de efecto.» Este argumento es muy grave, señala el profesor, ya que cuestiona:

«...el hecho de que la conversión exige de nosotros el anuncio del Evangelio, y que este anuncio está destinado no a reformar la sociedad, ni a hacer que reine más justicia, sino a convertir a unos hombres a su Señor Jesucristo. A pesar de todas las discusiones actuales, una lectura no distorsionada y sin prevenciones de la Biblia no puede conducir sino a eso. [...] Ese recurso, para expresar la encarnación cristiana, a la violencia, a métodos políticos y económicos es en definitiva la expresión de que no se cree ya en la posibilidad de una intervención radical de Dios, no se cree ya en el Espíritu Santo. [...] El crecimiento de la violencia en el pensamiento cristiano es exactamente proporcional al decrecimiento de la fe. [...] Porque creo que todo se juega en la tierra, siendo el resto ilusorio, considero que ya no puedo anunciar la esperanza del retorno de Cristo.»<sup>118</sup>

Digamos, para concluir, que un cristiano consecuente vive en este mundo como un extranjero de paso. La ciudad a la cual dedica sus esfuerzos y su esperanza está en otra parte. No obstante, ama a todos los hombres. Al tener un Evangelio eterno, se dedica a anunciarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, a toda tribu, a toda lengua y a todo pueblo (Apocalipsis 14:6). Por lo que respecta al Estado, lo considera como una necesidad desde que los hombres decidieron librarse de Dios. Su conducta en él debe ser ejemplar, a menos que las autoridades no entren en conflicto con la voluntad del Altísimo. Será, pues, no violenta, por respeto a la vida.

Estas son las ideas que subyacen a la recomendación de Pedro:

«Someteos, por causa del Señor, a toda autoridad establecida entre los hombres, ya sea al rey como soberano, ya sea a los gobernadores como enviados por él para castigar a los malhechores y para aprobar a la gente de bien. Pues es la voluntad de Dios que practicando el bien reduzcáis al silencio a los hombres ignorantes e in-

---

<sup>118</sup> Jacques ELLUL, «Tu ne tueras pas», *op. cit.*, p. 62, 63.

sensatos, siendo libres, sin hacer de la libertad un velo que cubra la maldad, sino actuando como siervos de Dios. Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey.» (1 Pedro 2:13-17).

### *4.4 Conclusión*

Las recomendaciones de Pablo y de Pedro se explican por la situación concreta en la que vivían sus lectores. Si sacamos de ellas un principio absoluto, definiendo la autoridad política como una delegación de Dios sin reservas, entramos en flagrante contradicción con el Sermón de la Montaña, y con el conjunto de la Revelación. Por eso hemos recurrido a una sana teología para proponer una lectura más matizada de estos escritos.

En el momento en que deja de ser crítica por fidelidad al Evangelio, y subordinada a la voluntad santa de Dios, la obediencia a las autoridades, cualesquiera que sean, puede generar compromisos. Todo discípulo de Jesús debe aprender de su Maestro cuáles son los límites que no hay que traspasar para permanecer fiel.





## Capítulo IX

### Para comprender el Antiguo Testamento

Al final del capítulo que hemos dedicado al sexto mandamiento, «No matarás», hemos recordado el consejo del apóstol Pablo, conocedor a la perfección de la teología judía: hay que leer el Antiguo Testamento a la luz de Cristo, ya que sin él el Antiguo Testamento permanece velado (2 Corintios 3). Con certeza, el Dios del Antiguo Testamento es exactamente el mismo que el del Nuevo Testamento. «Pues yo soy el Eterno, yo no cambio» (Malaquías 3:6); «Toda gracia excelente y todo don perfecto descienden de arriba, del Padre de las luces, en el cual no hay ni cambio ni sombra de variación» (Santiago 1:17). Ahora bien, el Dios de Jesucristo, ya lo hemos visto, rechaza la violencia. Su amor exige una superación de la justicia de los escribas y los fariseos. La tradición judía con relación a las Escrituras es corregida por las famosas antítesis. «Pero yo os digo» (Mateo 5).

En consecuencia, una lectura cristiana del Antiguo Testamento debe poner en evidencia el amor no violento del Creador. Este tema merecería todo un libro. Dentro del marco de nuestro estudio, tenemos que limitarnos a destacar algunas ideas directrices, tratando de descubrir las verdaderas líneas más importantes de la historia de Israel. Ahora ya disponemos, para hacerlo, de la piedra de toque necesaria.

#### 1. La violencia y la muerte entraron por el hombre

Desde el umbral del Antiguo Testamento, encontramos a la vez el hecho de dar muerte y su juicio. Caín mata a su hermano Abel. El crimen se instala desde el comienzo de la historia humana. Caín surge, conquistador. Su nombre significa «adquirir». Muy pronto a su alrededor se erige una ciudad, con su comercio, sus técnicas y sus juegos. Pero el charco de sangre se extiende. Grita la culpabilidad de los hombres y la reprobación entristecida de Dios.

«El Eterno dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Él respondió: No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Y Dios dijo: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama de la tierra hasta mí. Ahora serás maldito de la tierra que ha abierto la boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Serás errante y vagabundo en la tierra» (Génesis 4:9-12).

Más tarde, otra sangre hablará más alto aún: la del Hijo de Dios (Hebreos 12:24), lo que rara vez ha sido bien comprendido, lamentablemente, por las teologías de la cruz.

Desde entonces Caín se espanta del castigo que merece. «Cualquiera que me encuentre me matará», dice. Pero el Eterno lo tranquiliza: «Si alguien mata a Caín, será vengado siete veces» (Génesis 4:13-15). Dios trata de obstaculizar el infernal proceso de la violencia. No ejerce la venganza. Llega hasta proteger al que ha derramado sangre. Desde entonces, el ser humano no tiene, verdaderamente, ningún pretexto para matar.

El historiador Pierre Chaunu observa:

«La tradición judeocristiana es la única tradición en toda la historia de la humanidad que atribuye al hombre, y solamente a él, la entrada de la muerte en el campo del destino. [...] La muerte es, pues, imputable a la responsabilidad exclusiva del hombre. [...] Así se encuentra para siempre despejada la responsabilidad de Dios».<sup>119</sup>

Dios no ha querido la muerte, pero todo ese vuelco procede del uso que nosotros hemos hecho y continuamos haciendo de la libertad.<sup>120</sup>

No olvidemos la terrible frase de Clavel: «Nuestras opciones son más fuertes que Dios». Por eso, cuando Dios mismo entra en la historia, lo hace en la forma más pobre, más frágil, más amenazada, más digna de solicitud: un bebé en el seno de una mujer. Precisamente:

«Pensando en la debilidad voluntaria de Dios bajo el frágil velo de una carne humana, el apóstol Pablo exclama (1 Corintios 1:25) que “la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres”, “pues mi poder” dice también Dios (2 Corintios 12:9), se realiza en la debilidad”»<sup>121</sup>

---

<sup>119</sup> Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu, op. cit.*, p. 129, 137.

<sup>120</sup> Es cierto que Dios probablemente degolló el animal cuya piel ofreció, a modo de vestido, a Adán y Eva (Génesis 3:21). Pedagogía a la que Dios decide recurrir a causa de la caída del hombre y de su gracia salvadora. El hombre descubre así lo que es la muerte, de la que le han librado (Génesis 2:17). Descubre también que solo Dios puede «cubrirlo» para que desaparezca su desnudez, consecuencia de la caída, y purificar su conciencia (Hebreos 9:13,14). Todo el drama de la redención está aquí, ya, en germen. *Cubrir* en las lenguas de la Biblia, a menudo se emplea para designar el perdón, pero ese término implica también todo el misterio de la regeneración.

<sup>121</sup> Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu, op. cit.*, p. 211.

A esa potencia que se realiza en la debilidad, Pierre Chaunu la llama la violencia salvadora de Dios:

«Dios no ha aparecido en la historia sino para eso, para hacer salir a la muerte que nosotros habíamos hecho entrar en nuestro destino, esa muerte que Dios no puso en él, esta muerte que detesta más que nada, él, el Dios vivo, el Dios de lo que está vivo, hacer salir del sufrimiento inútil de la muerte estúpida como la Palabra de la Serpiente.»<sup>122</sup>

«Violencia del amor de Dios que creó al hombre libre, que quiso al hombre libre y respetó al hombre hasta en el uso más extremo, más radical de su libertad que le impulsó a elegir la consciencia y la muerte, la consciencia de la muerte [...], y sin la última recuperación de Dios, la muerte por la Eternidad.»<sup>123</sup>

No nos engañemos. Entre la violencia de Dios y la de los hombres hay la misma distancia que entre la ira de Dios y la de los hombres. En ambos casos, lejos de encontrarnos ante una falta relativa contra la justicia, estamos en presencia de una sobreabundancia de justicia. Cuando Chaunu habla de la violencia de Dios, se refiere a la potencia que despliega para desarraigar el pecado y vencer la muerte. Las mitologías hacen responsables a los dioses, en el origen, de la violencia y de la muerte. La Biblia, al contrario, disculpa a Dios hasta mostrarlo a él mismo, en Cristo, víctima de la violencia mortífera de los hombres (2 Corintios 5: 19). Tal es el primer hilo luminoso para esclarecer la lectura del Antiguo Testamento. Dios es creador de vida y no de muerte. El Nuevo Testamento es aún más concreto: el que tiene el poder de la muerte es el diablo (Hebreos 2:14).

## 2. Los juicios saludables desencadenados por la infidelidad de los hombres

«Lo que yo deseo ¿es acaso que muera el malo?, dice el Señor. ¿No es que cambie de conducta y que viva?» (Ezequiel 18:23). El apóstol Pedro diría más tarde que Dios no tarda en el cumplimiento de su promesa. «Hace uso de paciencia no queriendo que nadie perezca, sino queriendo

---

<sup>122</sup> *Ibíd.*, p. 200, 201.

<sup>123</sup> *Ibíd.*, p. 129.

que todos lleguen al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9). En resumen, idealmente Dios no quiere la muerte.

Pero el amor y la gracia tienen su reverso de fuego. Recordemos el caso, ya citado, de la aniquilación del ejército egipcio en el mar Rojo. Dios había desplegado todo su celo para iluminar a los egipcios y salvarlos. Pero ante su endurecimiento no tuvo otra alternativa, para salvar a Israel, que aniquilar a los que se obstinaban en impedirselo. Lo que para Israel era un acto de fe –aventurarse en el mar– constituía la peor ceguera para el faraón y sus tropas. «La llegada de las aguas redujo a la nada la soberbia de los soberbios y asegura el triunfo de los débiles que, conscientes de su debilidad, pusieron sus esperanzas en el Eterno.»<sup>124</sup>

En esta perspectiva, Jesús recordó el diluvio y la destrucción de Sodoma y Gomorra como prototipos del juicio final:

«Lo que ocurrirá en tiempos de Noé ocurrirá igualmente en los días del Hijo del Hombre. Los hombres comían, bebían, se casaban, casaban a sus hijos, hasta el día en que Noé entró en el arca: vino el diluvio y los hizo perecer a todos. Lo que sucedió en tiempos de Lot, sucederá igualmente. Los hombres comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día en que Lot salió de Sodoma, una lluvia de fuego y de azufre cayó del cielo, y los hizo perecer a todos. Así será igualmente el día en que el Hijo del Hombre aparezca» (Lucas 17:26-30).

Todo sucede como si la violencia de los hombres desencadenara la violencia de Dios. Yo me inclino a pensar, sin embargo, que eso no es más que una apariencia de la realidad. Me explico. Todo creador es, por eso mismo, legislador. No se puede lanzar una máquina al mercado sin acompañarla de un modo de empleo. Quienquiera que se imaginara conocer la máquina mejor que su inventor correría un riesgo muy grande de pagar caras sus pretensiones. ¿A qué hay que imputar el accidente, si se produce? Está claro que al imprudente que no haya respetado las consignas. Pero al inventor también, porque sin él no habría habido ni máquina, ni ley, ni accidente. Sin Dios, el maravilloso creador, las leyes no existirían. Ni las que salvan ni las que pierden.

Así sucede, me atrevo a decir, con la creación del mundo. Dios ha descrito claramente y con precisión el camino a seguir para ser feliz. Este

---

<sup>124</sup> Ibid., p. 188.

es, en efecto, el significado de la palabra *torah*, que se traduce por «ley». Una vez colocados los fundamentos de la vida, el hombre es quien determina el despliegue, por parte de Dios, de las consecuencias de lo que elige. La responsabilidad moral incumbe a los que no han respetado las instrucciones.

La intervención de Dios es impersonal, casi mecánica. Después de la caída de Adán y Eva, las maldiciones pronunciadas por Dios (Génesis 3:17-19) no son, en realidad, más que el despliegue de las consecuencias de su elección aberrante. No veamos en ello una intervención positiva del Creador. «El juicio está ya contenido en la falta.»<sup>125</sup> Para decirlo con franqueza, es la desobediencia de los hombres lo que desencadena «la violencia de Dios», sin la cual el amor perdería su sentido, porque ya no habría orden, armonía, justicia. La palabra *violencia* adopta aquí un sentido muy particular.

Bajo esta luz, nuestra percepción de Dios cambia completamente. Ya no hay un *père Fouettard*<sup>126</sup> cuya cólera hay que aplacar con ríos de sangre. Yahvé rehúsa la sangre de los otros, incluso si va en favor de los suyos. Protesta con vehemencia contra el invento de los hombres de sacrificarle a sus hijos. Se levanta contra todos los Moloc sanguinarios cuyos horrores rechaza radicalmente (Santiago 7:21-34). Rechaza todos los mercadeos. Lo que quiere, es el regreso de sus hijos. Dios de ternura, les espera, dispuesto a organizar con alegría el festín de la reconciliación.

Comentando la parábola del hijo pródigo, Alphonse Maillot lo dice de manera admirable:

«Aquí, Dios no es más que esa paciencia eternamente abierta del Padre en la ventana, que no podrá volver a ser él mismo mientras el hijo no haya vuelto. Esa paciencia reducida a la paciencia. Dios, detenido, a la espera, ardiente de esperanza y para quien todo está detenido, la vida y los relojes, mientras el hijo no haya regresado. Dios paralizado, casi reducido a la impotencia por el amor que les tiene a los que se han ido».<sup>127</sup>

---

<sup>125</sup> Jacques DOUKHAN, *Le cri du ciel*, op. cit., p. 119.

<sup>126</sup> El *père Fouettard* en el folclore francés es un personaje siniestro que acompaña a san Nicolás el 6 de diciembre o la noche anterior. Mientras que san Nicolás reparte regalos a los niños buenos, el *père Fouettard* (hombre del saco, el coco, el cuco...) proporciona azotes a los niños traviesos. (*N. del E.*)

<sup>127</sup> Alphonse MAILLOT, *Les paraboles de Jésus* (Ginebra: Labor et Fides, 1973), p. 153.

En definitiva, los juicios de Dios son inherentes al orden de la creación. El mal engendra el mal. La Biblia lo repite sin cesar, sin que nos demos cuenta. «El malvado es atrapado en sus propias iniquidades, está atado por los lazos de su pecado» (Proverbios 5:22). «Sabed que vuestro pecado os alcanzará» (Números 32:23). «Los habitantes cargan con la pena de sus crímenes» (Isaías 24:6). «Tu maldad te castigará y tu infidelidad será tu castigo. Sabrás y verás que es algo malo y amargo abandonar al Eterno, tu Dios, y no tener de mí ningún temor, dice el Señor, el Eterno de los ejércitos» (Santiago 2:19). «Los malvados sacan la espada y tensan el arco para hacer caer al desafortunado y al indigente, para degollar a los de vida recta, La espada entra en su propio corazón, y sus arcos se quiebran» (Salmos 37:14-15). Y también: «Todo aquel que coja la espada, perecerá por la espada» (Mateo 26:52).

Es algo muy valioso comprender que el juicio de Dios es una faceta inevitable de su amor vuelta hacia el restablecimiento de la justicia, la armonía, la belleza, el bien. La creación de Dios está concebida de tal manera que el hombre, separado de Dios, cae prisionero del desorden que él mismo genera. En su lenguaje semítico, el apóstol Pablo enuncia esta verdad diciendo: «Dios ha encerrado a todos los hombres en la desobediencia para ser misericordioso con todos» (Romanos 11:32). Al tomar consciencia de que el pecado –separación de Dios– le lleva a la muerte, el hombre se abre a la infinita misericordia de Dios. El juicio no está, pues, hecho de violencia sino de paciencia y de amor.

### 3. Dios se adapta por amor

Acabamos de ver: *a*) La muerte no viene de Dios, sino que resulta inexorablemente del no respeto a los principios de la creación. Es imputable a la desobediencia de los hombres. *b*) El juicio forma, pues, parte del amor, que sin él sería estéril. El juicio divino engendra el restablecimiento del orden que todo hombre sabio espera con impaciencia. Toda interpretación de la Biblia que entre en conflicto con estas dos ideas sería de entrada objeto de precaución. Veamos aún un tercer principio: *c*) Dios se adapta con sabiduría y con amor a las circunstancias que resultan de los comportamientos humanos.

Para ilustrar esta verdad, demos un ejemplo que es evidente y al que ya hemos apelado anteriormente, el de las cartas de divorcio establecidas por Moisés. Jesús es preciso y claro: «Al principio no era así» (Mateo 19:8). En la intención de Dios, el matrimonio es indisoluble. Pero como

el corazón de los hombres se ha esclerosado, Dios ha consentido a adaptarse. Lo mismo sucede, sin duda, con la poligamia.

El mismo principio actuó cuando el pueblo de Israel reclamó un rey, imitando a las otras naciones. Dios se sintió rechazado, pero se inclinó. Nosotros estamos sufriendo aún las consecuencias de ello. Hay que insistir en el hecho de que esta decisión del pueblo elegido por Dios para que lo representara ha corrompido las vías de la historia.

Un ejemplo menos conocido se refiere a la alimentación. Para nutrir al hombre Dios había previsto las frutas, las verduras y los cereales (Génesis 1:29-30). La matanza de los animales no estaba, evidentemente, en el menú de la dieta elegida por el Señor. Ahora bien, hoy día, si no hay carne en el menú nos creemos víctimas de restricciones injustas. Son muchos los que protestan contra los experimentos en laboratorio gracias a los animales para salvar vidas humanas, pero se preocupan o se indignan al pensar que deben adoptar un régimen ovolactovegetariano para alimentarse. Creen que tendrán carencias si no disponen de su trozo de carne para saborear. Miman a su perro o su gato, y con razón, pero se deleitan con el corderito que llega hasta su plato. ¡Al principio no era así! Y el drama de las vacas locas empieza a hacer tambalear las sacrosantas costumbres.

Fue después del diluvio cuando la carne de los animales se convirtió en artículo de consumo.

«Todo lo que se mueve y tiene vida nos servirá de alimento. Os doy todo eso como la hierba verde. Únicamente no comeréis carne con su alma, con su sangre. Sabedlo también, reclamaré la sangre de vuestras almas, la reclamaré a todo animal; y reclamaré el alma del hombre al hombre, al hombre que es su hermano. Si alguien derrama la sangre del hombre, por el hombre su sangre será derramada; pues Dios ha hecho el hombre a su imagen» (Génesis 9:3-6).

Estas últimas palabras hacen aparecer un cambio considerable. El Eterno había dicho a Caín: «Si alguien mata a Caín, Caín sería vengado siete veces» (Génesis 4:15). Era la prohibición formal del ajuste de cuentas. Pero tras el diluvio, consecuencia de la corrupción del género humano, descubrimos la primera organización social, fundada en la represión. ¡Qué drama! Se llega a limitar el mal por medio del mal, o sea añadiendo un mal a otro mal. Es el círculo infernal dentro del cual el

hombre arrastra a su Creador, cueste lo que cueste. La cruz se perfila en el horizonte.

Se observa, sin embargo, hasta qué punto esta ley sigue subrayando el carácter sagrado de la vida. Edmond Jacob, especialista en Antiguo Testamento, lo señala de manera admirable; «Tocar al hombre, es tocar al mismo Dios, cuya imagen es todo hombre; la sangre del animal, Dios no la reclamará, pero la sangre del hombre es, en cierto modo, la de Dios sin que por ello haya entre Dios y el hombre un vínculo de parentesco físico, como en el mito babilónico».<sup>128</sup>

¡Cuántos pasajes conmovedores en el Antiguo Testamento, en los que Dios deja que salga su lamento. Leed, por ejemplo, el capítulo 20 del libro de Ezequiel. Ira y piedad se entremezclan:

«Tuve el pensamiento de extender sobre ellos mi furor, de agotar contra ellos mi cólera, en medio del país de Egipto. No obstante, actué con miramiento por mi nombre, a fin de que no fuera profanado a los ojos de las naciones entre las cuales se encontraban y ante cuyos ojos me di a conocer de ellos, para hacerles salir del país de Egipto.» (Ezequiel 20:8,9).

El «no obstante» domina tres veces esta confidencia de Yahvé, un verdadero freno a su descontento.

Pero en definitiva, no puede evitar una actitud más temible: «Yo les he dado preceptos que no eran buenos y ordenanzas con las cuales no podían vivir» (Ezequiel 20:25). Solo Dios podrá tal vez un día explicarnos hasta dónde se ha rebajado y a veces «comprometido» para ponerse al nivel de los humanos.<sup>129</sup> No obstante tenemos ya una impresionante revelación en la humillación de Jesús, que se despojó adoptando la forma de esclavo y obedeciendo hasta la muerte de cruz (Filipenses 2:5-11).

Nunca se repetirá lo bastante que es en Cristo en quien se opera la reforma de las ordenanzas carnales de la antigua alianza (Hebreos 9:10). Con él llega a su fin el tiempo de las adaptaciones. «Jesús es el garante de

---

<sup>128</sup> Edmond JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament* (París: Delachaux et Niestlé, 1955), p. 137.

<sup>129</sup> Véase Pierre CHAUNU, *La violence de Dieu, op. cit.*, p. 10. «La filosofía de la omnipotencia con una perspectiva antropomórfica y de la doble predestinación, que implica en última instancia, ha hecho que Dios sea el que ha cargado con la responsabilidad del mal, el peso de todos los fallos del universo. Le ha dado la forma de un Dios avaro, parsimonioso, tiránico.»



una alianza más excelente» en la que las leyes de Dios están grabadas en el espíritu y en el corazón (Hebreos 8:10). No quedan, pues, abandonadas a la apreciación arbitraria y subjetiva de los hombres.

#### 4. La tierra prometida

Abordamos la cuarta idea predominante e imprescindible para orientar la comprensión de muchos pasajes desconcertantes porque en ellos vemos reinar la violencia. Se trata del establecimiento de Israel en la tierra prometida, concebida como conquista militar, con todas las ventajas materiales resultantes de ella, lamentablemente al precio de contraer muchos compromisos.

##### *4.1. Una promesa diferida*

Maravillosa es la fe de Abrahán. Con él, todo está dicho. Con él, el Éxodo empieza ya, la salida de un mundo maldito.

El Eterno le habla: «No temas; yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande. [...] En ese día, el Eterno hizo alianza con Abrahán, y dijo: Daré este país a tu posteridad, desde el río de Egipto hasta el gran río, el Éufrates» (Génesis 15:1-18). No es una tierra para conquistar sino para recibir. Dios tiene la intención de darla. No obstante, en esta promesa hay una reserva que queda precisada: la necesidad de esperar la cuarta generación, «pues la iniquidad de los amorreos no ha llegado aún a su punto máximo» (Génesis 15:16).

He aquí un efecto de la justicia de Dios, una decisión sabia que deja a cada cual su oportunidad hasta el punto de la ruptura definitiva. Este punto de ruptura se llama el fin del tiempo de gracia. Llega el momento en que el juez no dispone sino de una recomendación: continuar haciendo el bien, o continuar haciendo el mal: «Que el que es injusto siga siendo injusto, que el que está mancillado se mancille aún; y que el justo practique aún la justicia y que el que es santo siga santificándose» (Apocalipsis 22:11). Para mayor claridad, cuando el tiempo de gracia se termine, la salvación está definitivamente ganada o comprometida. Como si el futuro quedara bloqueado a partir de entonces.

Ese es el momento que Dios espera para liberar la tierra que había prometido a Israel de los habitantes idólatras que aún seguían viviendo en ella. Momento en que la justicia y el amor se ponen de acuerdo. Justicia, porque hay juicio para los amorreos pecadores; amor, puesto que la pa-

ciencia llegó lo más lejos posible en la esperanza de su arrepentimiento. Sabiduría también, ya que el país de Canaán, con sus costumbres horriblemente depravadas, como muestra la arqueología, presentaba para Israel un peligro mayor que el mismo Egipto, del cual acababa Dios de liberar a sus hijos. En verdad, estamos ante un caso particular de juicio divino, destinado a proteger. El pueblo está debidamente advertido: «Debido a la maldad de estas naciones el Eterno las expulsa delante de ti» (Deuteronomio 9:5). Comprendido de este modo, el juicio de Dios a Canaán ocupa un lugar necesario en la historia de la salvación.

#### *4.2. El pueblo elegido: Una promesa mal comprendida*

Al escoger el camino más corto para alcanzar la tierra prometida, Moisés habría podido conducir a su pueblo de Egipto a Palestina en unas semanas. Pero el plan de Dios era totalmente distinto (Éxodo 13:17,18). La travesía del desierto formaba parte de la necesaria pedagogía de la misión. Liberado por la gracia, Israel tenía que aprender a sacar partido de la gracia, para una vida renovada y útil (Tito 2:12). La salida de Egipto corresponde a la justificación. La educación en el desierto puede compararse a la santificación.

Pero la razón de ser de la vocación de Israel, no debemos olvidarlo nunca, era dar a conocer al mundo al verdadero Dios, el único:

«Yo, el Eterno, te he llamado para la salvación y te tomaré de la mano, te guardaré, te estableceré para tratar alianza con el pueblo, para ser la luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para hacer que salga de la prisión al cautivo y de su encierro a los que viven en las tinieblas» (Isaías 42:6,7).

«Vosotros sois mis testigos, yo soy Dios» (Isaías 43:12). «Yo te establezco para que seas la luz de las naciones, para llevar mi nombre hasta las extremidades de la tierra» (Isaías 49:6). Consigna sublime, es cierto, pero que llena de temor. Ser entre los hombres los representantes de Dios.

A la vista de esta misión grandiosa, no semejante a ninguna otra, Abrahán tuvo que dejar su país, Ur, en Caldea, en el actual Irak. Sin saber a dónde le conduciría Dios. Terrible desarraigo para lo que fue necesaria la fe del gran patriarca. ¿Era necesario, después de eso, un nuevo arraigo? ¿La tierra prometida habría de albergar a una nación como las demás, o constituir un simple puerto de origen, un punto de partida del resplandor esperado? Esa tierra, situada en una de las grandes encrucijadas de las

rutas mundiales, convenía de manera ideal a la misión confiada por Yahvé.

El paso por el desierto, querido desde lo alto, debía hacer de Israel un pueblo misionero, que mirara hacia toda la tierra. Pero apenas abandonan Egipto, no hubo sino quejas y lamentos de haber salido de una nación en la que, a pesar de la esclavitud, gozaban de cierta seguridad material. «Dijeron a Moisés: ¿No había acaso sepulcros en Egipto, sin necesidad de traernos a morir al desierto?» (Éxodo 14:11). Más tumbas para los muertos y más guisos para los vivos.

Desde ese momento los murmullos siguen sin cesar el compás de la marcha.

«Olvidaron pronto las obras de Dios, no esperaron la ejecución de sus designios. Se apoderó de ellos la codicia en el desierto, y tentaron a Dios en la soledad. Él les concedió lo que pedían; luego, envió el debilitamiento a sus cuerpos. [...] Despreciaron el país de las delicias; no creyeron en la palabra del Eterno, murmuraron bajo sus tiendas, no obedecieron a su voz. Y él levantó la mano para jurar que les haría caer en el desierto, que haría caer a su descendencia entre las naciones, y que los dispersaría en medio de los países.» (Salmos 106:13-27).

A pesar de todo, el Eterno no se cansa de recordar su voto: «Si escucháis mi voz, si guardáis mi alianza, me perteneceréis entre todos los pueblos, pues es mía toda la tierra, seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éxodo 19:5). Ninguna frontera debía obstaculizar esta misión verdaderamente universal. La condición que había que cumplir: ser santo, es decir, unido a Dios y separado del pecado. Pero el pueblo elegido no ha comprendido el plan divino. La entrada en Canaán adopta el aspecto de una conquista, de una invasión en vez de realizarse milagrosamente gracias a la intervención soberana del Eterno. La acción guerrera substituye a la gracia. El paso del Jordán y la toma de Jericó sin violencia alguna constituyen la suprema demostración, pronto olvidada, de lo que Dios quería realizar para sus hijos. Pero la estrategia en el interior de Moisés, no se ha desarraigado aún, en favor de la fe.

Finalmente, con una paciencia infinita, Dios concede a Israel la libertad de ser, a pesar de todo, una nación como las demás. Nosotros seguimos siendo los infortunados testigos de ello.

Desde ese momento, terriblemente falseado por la codicia, el plan del Eterno con respecto a la tierra prometida adopta el aire de un terrible acuerdo, cuya máxima consecuencia la oímos durante el proceso de Jesús, el Mesías, cuando los principales sacerdotes del pueblo dijeron a Pilatos: «No tenemos más rey que el César» (Juan 19:15). ¡Ah, si al menos la iglesia cristiana hubiese caído en la cuenta!

## 5. Exhortaciones y advertencias

Hemos tratado de evaluar en su justo valor la vocación de Israel. Su grandeza depende de ello. Lamentablemente, su deseo apasionado de poder frente a las otras naciones la ha inducido ya a la codicia en la conquista de Canaán, para acabar más tarde en la institución de la monarquía, contra la voluntad de Dios.

Entonces, al igual que harían también los cristianos, los hebreos confundieron a menudo sus propias aspiraciones con la voluntad de Dios. Guy Labouerie, oficial de marina, profesor de estado mayor de la Escuela Superior de Guerra Naval, tras haber adquirido una sólida formación teológica, observa con finura:

«Esto permitirá todas las interpretaciones, y por medio de una sabia mezcla entre lo que dice Dios, lo que dicen que ha dicho Dios y lo que quiere el jefe en nombre de Dios, se van a deslizar la mentira, la desnaturalización de la palabra del Señor y la violencia, violencia tanto más despiadada cuanto tendrá una apariencia de justificación religiosa».<sup>130</sup>

Debemos fijarnos bien en los matices: «Lo que dice Dios, lo que dicen que ha dicho Dios y lo que quiere el jefe en nombre de Dios». Al hombre que así habla no le falta experiencia. No hay que disimular que esta observación es grave y está cargada de consecuencias. No obstante, la creo fundada. Antes de volver a ello, conviene preparar un poco el terreno, lo que nos permitirá ver con más claridad.

### *5.1. Dios recuerda la absoluta transcendencia de su alianza de amor*

«El Eterno os ha tomado y os ha hecho salir del horno de hierro de Egipto, para que fueseis un pueblo que le perteneciera como propio, como hoy lo sois. [...] Guardaos, pues, de echar en el olvido la alianza que el Eterno,

---

<sup>130</sup> Guy LABOUEURIE, *Dieu de violence ou Dieu de tendresse*, op. cit., p. 46.

vuestro Dios, ha tratado con vosotros» (Deuteronomio 4:20-23). Incomparable privilegio que, en contrapartida, tiene ineludibles condiciones que cumplir. Entre otras, la de la fidelidad en la humildad. Recordemos también que Dios, considerado con humildad, aparece como el Señor absoluto. Solo Dios es Dios, pero al tratar una alianza con nosotros, nos hace participar generosamente de su naturaleza divina (2 Pedro 1:4). Ese es nuestro privilegio, pero también nuestra pesada responsabilidad.

### *5.2. Israel debe dejar actuar a Dios*

La promesa es formal: «El Eterno combatirá por vosotros, y vosotros, guardad silencio» (Éxodo 14:14). Uno puede preguntarse si Moisés había entendido bien, ya que en cuanto aparecieron los primeros enemigos, dijo a Josué: «Elige uno hombres, sal y combate a Amalek» (Éxodo 17:8,9). ¿No está algo condicionado aún por su formación militar, la que adquirió en Egipto? Sin duda, está elevando las manos hacia Dios. ¿No será que el hombre tiene una tendencia tan marcada a querer asociar a Dios con su propia voluntad? Siempre nos creemos más seguros cuando ponemos a Dios en nuestro bando. ¿Verdadero deseo de recuperar a Dios? No se han privado de hacerlo en la continuación de la historia.

Cuando el pueblo llega a las fronteras de Canaán, la promesa se repite:

«He aquí que envío a mi ángel delante de ti, para protegerte en el camino, y para hacerte llegar al lugar que he preparado. Pórtate bien en su presencia y escucha su voz; no le desobedezcas porque no perdonará tus faltas, pues mi nombre está en él. Pero si escuchas su voz y haces lo que yo te diga, seré el enemigo de tus enemigos y el adversario de tus adversarios. Mi ángel irá delante de ti y te conducirá [...] y yo los exterminaré» (Éxodo 23:20-23).

Lamentablemente, las iniciativas de tipo militar no faltaron, entre las cuales es muy difícil –incluso imposible– establecer la diferencia, *a*) en los hombres, entre la obediencia valerosa y la iniciativa temeraria, *b*) en Dios, entre la voluntad ideal y la adaptación circunstancial.

Por lo demás, no olvidemos la misteriosa influencia de las costumbres. Por ejemplo, cuando Sarai, mujer de Abram, empujó a su marido hacia Agar, su sirvienta, para obtener un hijo, actuaba conforme a las costumbres de la época, totalmente opuestas a la ética divina. Igualmente, en la antigüedad, la guerra estaba vinculada a actos religiosos, según las

costumbres de la época; se emprendía a la orden de los dioses, que aseguraban la victoria. Les daban las gracias mediante la ofrenda del botín.

No faltan ejemplos en los que se ve a Israel sufrir la influencia colectiva. Con respecto a las guerras, la opinión del padre de Vaux, especialista en arqueología bíblica, merece reflexión: «Prefiero decir que, tanto en este como en otros casos, el Antiguo Testamento atribuye a Dios la inspiración de actos que la condición de los tiempos excusaba, pero que reprueba la moral más elevada que debemos a la revelación del Nuevo Testamento».<sup>131</sup>

Admitamos, de todos modos, que Israel no debería contar con la fuerza de las armas para realizar su vocación. Su futuro dependía de Yahvé, que se había expresado sin equívocos: «Debes saber hoy que el Eterno, tu Dios, él mismo irá delante de ti como un fuego devorador» (Deuteronomio 9:3). Era el combate de la fe. Al menos, tal era la voluntad ideal de Dios.

Al negarnos a caminar en esta vía ideal y santa, corremos a nuestra ruina cuando aceptamos compromisos. Moisés dijo un día a su pueblo: «¡No subáis! Pues el Eterno no está en medio de vosotros. No os hagáis derrotar por vuestros enemigos». Pero se obstinaron y fueron despedazados (Números 14:39-45). En cambio, las murallas caen al sonido de las trompetas, cuando el pueblo camina con fe (Josué 6).

### *5.3 Sombrío pronóstico*

Al final de la vida de Moisés, el pronóstico de Dios es sombrío. «El Eterno dijo a Moisés: He aquí que vas a descansar con tus padres. Y este pueblo se levantará y se prostituirá siguiendo a dioses extraños del país en el que entrará. Me abandonará y violará mi alianza, la que he tratado con él. Ese día, se inflamará mi cólera contra él. Yo les abandonaré y les ocultaré mi rostro» (Deuteronomio 31:14-16). Todo conduce a creer que el pueblo hace planes militares en vez de dejarse guiar por Dios. En efecto, toda la historia de Israel está azotada por guerras demasiado humanas. No puedo creer que constituyeran la voluntad del Creador de todos los hombres.

### *5.4. La guerra: Consecuencia de la infidelidad*

A menudo la guerra es presentada como una consecuencia del pecado. Tomemos el ejemplo de la invasión babilónica:

---

<sup>131</sup> Citado por Pierre TOURNE, *Cahiers de la Réconciliation*, n.ºs 11, 12 (1962): 7.

«He aquí que quiero que mi palabra en tu boca sea de fuego, y ese pueblo madera, y que ese fuego los consuma. Hago venir desde lejos una nación contra vosotros, casa de Israel, dice el Eterno; es una nación fuerte. [...] Como vosotros me habéis abandonado y os habéis servido de dioses extraños en vuestro país, así serviréis a extranjeros en un país que no será el vuestro» (Jeremías 5:14-19; véase Daniel 9.4-14).

Según este texto, es Dios quien envía a Nabucodonosor para tomar Jerusalén, y es él quien organiza el terrible exilio. Notemos de entrada que Dios denuncia la infidelidad de los suyos. Sugerimos que se comprenda este pasaje en función del principio con frecuencia aplicado en el Antiguo Testamento que consiste en atribuir al Creador lo que el Creador no ha impedido. Desde ese punto de vista, hay que admitir que es la infidelidad del pueblo de Israel la que ha desencadenado –misteriosamente, para nosotros– una reacción en cadena que desemboca en la guerra. Esta última no corresponde en Dios a una voluntad ideal, sino a una voluntad circunstancial.

Hay en la historia intervenciones personales de Dios, absolutamente conformes a lo que él es y a lo que quiere. Se habla entonces de la trascendencia de Dios. Pero hay también en la historia intervenciones impersonales de Dios cuando deja a las naciones y a los hombres seguir sus propias vías (Hechos 14:16). Esos acontecimientos proceden de Dios, pues es Dios quien ha creado a los hombres. Pero no son debidas a la voluntad propia de Dios, ya que resultan de la desobediencia de los hombres. Se habla entonces de la inmanencia de Dios.

Y gracias a esta distinción fundamental, todos los textos de la Biblia, incluso los contradictorios, se vuelven compatibles y homogéneos. ¿No es el leerlos así en lo que consiste la fidelidad requerida por Dios en la inspiración de las Escrituras? Hay que saber lo que está escrito, lo que quieren decir las palabras que están escritas y cuál era la verdadera intención de quienes las escribieron. La maravillosa luz de la Palabra de Dios se desprende entonces del precioso joyero de la Biblia.

### *5.5. El peligro de las alianzas militares*

Contar con las armas y con las alianzas militares es un pecado. «¡Ay de los hijos rebeldes, dice el Eterno, que adoptan resoluciones sin mí y establecen alianzas sin mi voluntad, para acumular pecado sobre pecado! Que

bajan a Egipto sin consultarme, para refugiarse bajo la protección del faraón, y buscar apoyo a la sombra de Egipto» (Isaías 30:1-7). «Vosotros os apoyáis en vuestra espada, cometéis abominaciones, cada uno de vosotros deshonra a la mujer de su prójimo. ¡Y pretendéis poseer la tierra! Diles: Así habla el Señor, el Eterno: ¡Yo estoy vivo! Los que están entre las ruinas caerán por la espada» (Ezequiel 33:26-29).

Aceptar el principio de la guerra encadena a una lógica de violencia a la cual ya no se puede escapar. Fue así como David llegó a ordenar el censo del que hemos hablado. Pero, hombre de violencia, David no fue autorizado por Dios a construir el templo cuyo proyecto había concebido con generosidad. Y esto, a pesar de su fe profunda y sincera (1 Crónicas 28:13). Salomón, su hijo, mandó a decir a Hiram, rey de Tiro: «David, mi padre, no pudo construir una casa al Eterno, su Dios, a causa de las guerras con las que sus enemigos lo envolvieron hasta que el Eterno los puso bajo la planta de sus pies» (1 Reyes 5:3). No, nada puede sustituir la alianza santa, justa y buena de Dios.

### *5.6. El Antiguo Testamento anuncia el final de las guerras*

Hemos visto que el Antiguo Testamento suele ser muy severo a propósito de las guerras. Solo una lectura superficial y mal informada puede dar la impresión de que Yahvé se acomodaba de buen grado a la violencia. Hay que añadir que las promesas de paz más allá de todo recurso a la violencia son múltiples. ¿Cómo olvidar la hermosa profecía que anuncia la desaparición de las armas para dejar paso a los arados (Isaías 2:2-5)? O, ¿el anuncio de la llegada de un Príncipe de paz (Isaías 9:5)? Los animales participaran en ello también: «El lobo convivirá con el cordero y la panteira yacerá con el cabritillo. [...] Pues la tierra estará llena del conocimiento del Eterno como el fondo del mar de las aguas que lo cubren» (Isaías 11:6-9). ¿Se puede decir mejor?

Con la misma inspiración que Isaías, el profeta Miqueas anuncia: «No sacaré una nación su espada contra otra ni nadie se entrenará ya para la guerra» (Miqueas 4:3). Pero ¿se veía entonces la necesidad de aplicarse a vivir de inmediato de acuerdo a la consigna referente a la paz? Hay que dudar, desgraciadamente. Y confesar con tristeza que la iglesia fundada por Jesucristo no lo ha entendido mejor, en conjunto, a pesar de la no violencia tan claramente enseñada por el Evangelio.



5.7. *Dios se esconde*

Hemos visto que la alianza de Dios con su pueblo debía ser absolutamente vertical, siempre con la condición de no equivocarse de dirección. No se va de la tierra al cielo, según el paradigma de la Torre de Babel. Tales esfuerzos producen siempre la confusión que ha seguido a la construcción de la torre. Los hombres no consiguen comprenderse. Solo Dios puede revelar a Dios. Solo Dios puede descubrir las condiciones de la vida y la felicidad. Nosotros hemos llamado a esto la trascendencia de su alianza.

La consecuencia directa de esta verdad se impone. Es importante dejar actuar a Dios, vivir por la fe, a riesgo de ser escándalo para unos y loco para otros (1 Corintios 1:20-29). Muchos son en Israel los que no lo han comprendido. Recordemos, no obstante, la corriente sagrada de la protesta profética. Siempre hubo hombres de Dios, admirables, que denunciaron la infidelidad, llamaron al arrepentimiento y proclamaron la misericordia del Altísimo.

Estos mismos hombres no carecieron de realismo. No cayeron en la utopía tomando sus sueños por realidad. Oímos sus sombríos pronósticos. Al mismo tiempo, la guerra fue reprobada con frecuencia como consecuencia del pecado y las alianzas militares como una locura.

El clima que se desprende de esta historia, contada con tanta honestidad del Génesis al Apocalipsis, es generalmente oscuro. Felizmente, un trocito de cielo azul se deja ver cuando aparecen las promesas de paz. Con ello se llega a admirar la asombrosa paciencia de Dios, que se entrega sin reserva para restablecer la paz en el universo.

Pero, qué mal lo conocemos, al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo. Lo confundimos con el Dios de los filósofos. Ese Dios, concebido racionalmente por los hombres, es como los hombres lo harían, si fueran capaces de hacerlo. Sufrimos tanto de nuestras limitaciones exacerbadas por nuestras fantasías, que tenemos tendencia a imaginar a Dios a nuestra imagen, pero desprovisto de todos los límites que nos hacen daño. El ser humano quiere ser fuerte: quiere un Dios todopoderoso. Quiere saberlo todo: quiere un Dios omnisciente. Quiere verlo todo, conocerlo todo: quiere un Dios omnipresente.

Por supuesto, ese Dios es fantástico... mientras no decepcione. Que venga la *shoah*, y ya no lo queremos. Dios o Auschwitz: o lo uno o lo otro, nunca los dos juntos. Sin ser consciente de ello, el ser humano flirtea con frecuencia con el paganismo. Busca a Dios por las ventajas que

puede sacar, con riesgo de enfadarse si Dios no expulsa a los romanos o de ahorcarse por desesperación. ¡Pobre Judas!

Por cierto que ese Dios no está exento de verdad. Si el ser humano fue creado a imagen de Dios, el Dios creado a imagen del ser humano no puede ser totalmente falso. No es menos cierto que no es posible hacerse una idea justa de Dios partiendo del hombre. Partiendo de Dios, de Jesucristo, es como se puede conocer al verdadero Dios.

La Biblia afirma que a veces sucede que Dios se esconde, sobre todo antes de mostrarse en Jesucristo. Se niega a nombrarse a sí mismo ante Moisés. «¿Cuál es tu nombre?», pregunta el hombre. «Yo soy el que soy.», responde Yahvé (Éxodo 3:14). Esta respuesta, por muy desconcertante que parezca, señala un serio progreso (Éxodo 6:3). Esto no impide que los fieles se encuentren a veces desorientados: «¿Por qué, oh Eterno, te mantienes alejado? ¿Por qué te ocultas en el tiempo de la extrema desgracia?» (Salmo 10:1).

El profeta Isaías, por su parte, afirma su confianza: «Espero en el Eterno, que oculta su rostro a la casa de Jacob; en él pongo mi confianza» (Isaías 8:17). Yvan Bourquin escribe:

«El Señor no oculta a los humanos un elemento secundario de su persona, un atributo de su divinidad sin el cual ellos pudieran conocerlo igualmente. Aleja de ellos su rostro. En otras palabras, se vuelve, se da la vuelta con respecto a ellos de una manera absoluta, radical. No desea verlos. Es la ruptura».<sup>132</sup>

En realidad, son nuestros pecados los que nos ocultan el rostro de Dios (Isaías 59:2), y el Dios que se oculta no por eso deja de ser el Salvador (Isaías 45:15). «A pesar de nuestra falta de diligencia, de celo en recibirlo y en buscarlo, Dios se niega a dejar que el tiempo sea quien decida. No puede decidirse a separarse de nosotros, porque nos ama».<sup>133</sup>

Y es en un terrible escarnio cuando decide mostrarse en Jesucristo, en la cruz, al demostrar de una vez por todas su negativa a ser Dios a imagen del hombre en la violencia. Su poder de vida, felizmente irresistible, no se manifiesta sino más allá del ámbito en el que reina el poder de los hombres, en la resurrección, «según el Espíritu de Santidad» (Romanos 1:4).

---

<sup>132</sup> Yvan BOURQUIN, *Le Journal de l'I.E.B.C.*, Institut d'Étude de la Bible par Correspondance, vol. 8, n.º 2 (verano de 1995): 2.

<sup>133</sup> *Ibid.*

Cuando el hombre no puede ya hacer valer los derechos de su libertad, incluso contra Dios, la omnipotencia del amor divino puede al fin manifestarse en la resurrección.

Una cuestión crucial se impone al teólogo en este principio del tercer milenio: ¿Quién es Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? ¿Es el que da su aval a los tiranos o, al contrario, el que se rebaja hasta los más desheredados? ¿Dios de violencia o de ternura?

Quisiéramos sugerir que las páginas inquietantes del Antiguo Testamento se deben también al hecho de que Dios solía ocultarse para no cegar a los humanos con su luz. Dios se nos acerca por intermedio de la historia, es cierto. Pero no aparecerá definitivamente en toda su gloria sino en la realización final de dicha historia.

## 6. Conclusión

Veamos en qué punto nos encontramos. Al principio del capítulo deplorábamos la decisión que tomó Israel de organizarse como nación igual que sus vecinos, reclamando un rey. A partir de este giro nefasto la relación del pueblo con Dios se desnaturaliza. Por eso es necesario, según Guy Labouerie, no confundir lo que dice Dios, lo que dicen que Dios ha dicho y lo que quiere el jefe en el nombre de Dios. En la sabia mezcla de esos dichos, afirma el autor, «se van a deslizar la mentira, la desnaturalización de la Palabra del Señor y la violencia, violencia tanto más despiadada cuanto tendrá una apariencia de justificación religiosa». Cuando la violencia se arraiga en el fanatismo religioso, sobrepasa todos los límites.

Hemos evocado esta dificultad en el tercer capítulo: «Historia y revelación». Las pistas de reflexión que acabamos de describir deberían convencer al lector de que no se lee la historia de Israel en la Biblia igual que la historia de un país en un manual escolar. Jesús subrayó la importancia del conocimiento de Dios, afirmando que conduce a la vida eterna (Juan 17:3). Pero el verdadero conocimiento de Dios probablemente no sea nunca espontáneo. Requiere una lectura atenta de la Biblia. No subjetiva, por cierto, pues se agravaría el riesgo de hacerse un Dios a la propia imagen. La única lectura normativa es la que Jesucristo ilumina con su luz.

La experiencia de los apóstoles nos obliga a observar que no se llega tampoco de manera natural caminando con Jesús. Su reacción lo muestra, cuando supieron de la inminente partida del Maestro, en quien tomaban raíces todos sus proyectos, todas sus esperanzas. «No comprendieron»

(Lucas 18:33). Habría que ser muy insensible para no sentir la amarga decepción del Señor, cuando dice: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y tú no me has conocido, Felipe. El que me ha visto ha visto al Padre» (Juan 14:9). ¡Tanto tiempo!

¿Cuál es, pues, la manera adecuada de leer la Biblia para nosotros, que la vemos como el mejor medio para llegar a conocer a Dios? En primer lugar, respetar los hechos que describe. Pero, además, desprender de ella una santa teología, es decir un verdadero conocimiento de Dios. El ejemplo ideal para ilustrar este principio, me parece que es el famoso recuento exigido por David. El hecho se llevó a cabo. No se trata de dardarlo. Por lo que respecta a la teología que se desprende de él, depende de las dos relaciones formalmente contradictorias. ¿Es Dios quien «incitó a David», según 2 Samuel 2:4,1; o bien Satán, según 1 Crónicas 21:1?

Si hacemos a Dios responsable invalidamos el conjunto de la revelación bíblica. La afirmación de Santiago es rotunda: «Dios mismo no tienta a nadie» (Santiago 1:13), y Pedro declara que ninguna profecía de la Escritura puede ser objeto de interpretación particular (2 Pedro 1:20). Así pues, hay recordar que los hebreos atribuían fácilmente a Dios lo que Dios no había impedido.

En una palabra, Satán tentó a David, que no se resistió, dejando en el aire la impresión de que actuaba bajo la presión de Dios. Tal es la verdad moral, lectura del cronista (1 Crónicas 21:1). Pero David está cegado por su temperamento de guerrero. De Dios es de quien lo recibe todo, la vida el movimiento y el ser. Sin la fuerza de Dios, David no puede hacer nada. De modo que pone en la cuenta de Dios todo lo que él mismo hace, incluyendo el recuento prohibido. Tal es el aspecto ontológico y teológico. Lectura de Samuel (2 Samuel 24:1).

Debemos insistir en que la Biblia no fue compuesta de una manera sistemática, según nuestra mentalidad actual. Sin embargo, pinta un cuadro diáfano si se toma la precaución de leerla como es debido.

Otro ejemplo ilustra de manera magistral la necesidad de no aislar los textos para sacar conclusiones teológicas precipitadas. Es la historia de Job. Desde el capítulo 2 del libro aparecen sus amigos, Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat. Con el deseo sincero de ayudar al hombre que atraviesa una adversidad, despliegan toda su elocuencia para convencerle de que debería confesar sus crímenes.

Pues con toda evidencia, según ellos, Dios no lo castiga sin razón. Tal es su convicción, en perfecta armonía con la teología de la época. Y sus prédicas se extienden hasta el capítulo 25 del libro. Están tan bien llevadas que la tentación es tomarlas como la auténtica Palabra de Dios. Pero que tal cosa no se nos ocurra, pues es Dios mismo quien les desautoriza ásperamente: «Dijo a Elifaz de Temán: Mi cólera se enciende contra ti y tus dos amigos, porque no habéis hablado de mí con rectitud como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42:7).

Cuántos cristianos sinceros, todavía hoy, dos mil años después de la gran iluminación que llegó con Cristo, continúan creyendo que Dios es responsable de todas las desgracias. En consecuencia, o le adoramos con la frente en el polvo, temblando, sin amor, o nos hundimos en la rebeldía y el ateísmo. Y sin embargo, tenemos una necesidad tan grande de sentir la ternura infinita de Dios.<sup>134</sup>

Por fidelidad al texto bíblico, hay que respetar los hechos. Pero por fidelidad al Dios de amor, hay que evitar leer de cualquier manera. Que nadie se engañe. Creo profundamente en la inspiración divina de las Santas Escrituras. El concepto tan extendido hoy de una inspiración no conceptual permite tomarse todas las libertades con respecto al texto.<sup>135</sup> Entonces se hace decir a la Biblia lo que uno tiene ganas de encontrar en ella. Deja de ser Palabra de Dios, es palabra de los hombres. Para descubrir la Palabra de Dios en la Biblia, conviene primero, como escribe san Pablo, recibirla «no como la palabra de los hombres, sino tal como lo es verdaderamente, como la palabra de Dios» (1 Tesalonicenses 2:13). A continuación, sin «apagar el Espíritu», es imprescindible «examinarlo todo y abstenerse de toda clase de mal» (1 Tesalonicenses 5:19-21).

---

<sup>134</sup> Véase Georges STÉNENY, *L'énigme de la souffrance* (Dammarie-lès-Lys: Éd. Vie et Santé, 1996 (ed. esp.: *El enigma del sufrimiento* [Barcelona: Aula7activa, 2004])).

<sup>135</sup> La teología moderna pretende que la importancia de Cristo fue tan grande a los ojos de los primeros cristianos que la realidad de los hechos históricos se ha dejado a un lado y reemplazado por la fe. Se dice que han dado menos importancia a la historia rígida, inmóvil, en favor de la historia viva, en marcha. (La historia rígida concierne al acontecimiento mismo, mientras que la historia viva recoge solamente las consecuencias.) A partir de aquí, la Biblia debe ser deshistorizada, desembarazada de la historia inmóvil. En ese mismo momento, no solo no se encuentran ya conceptos veraces en la Biblia, sino que sus relatos pierden también todo fundamento histórico.



## Capítulo X

### Conclusión final, en forma de tesis

Sin duda merecería la pena, al final de esta reflexión sobre la no violencia de Dios y de los hombres, poner de relieve el hilo conductor que subyace a nuestra forma de caminar. Tanto más porque comporta matices a veces sutiles, pero nunca superfluos. El tema está estrechamente vinculado a la misma trama de la vida. Lleva, pues, inevitablemente, la marca de su complejidad.

1. ¡No juzguemos! Los verdaderos artífices de la paz no pueden conformarse con soñar con ella. Tienen la misión de construirla en el mundo tal cual es. Cada cual se pone a la obra en función de sus opciones filosóficas o religiosas. Mi propósito no es juzgar a unos u otros, sino iluminar con la Biblia el deber del cristiano.
2. Me dirijo, pues, a quienes aceptan recibir la Biblia como Palabra de Dios, 1 Tesalonicenses 2:13, o que están deseosos de conocer su verdadero mensaje. Se le suelen atribuir enormes falsas verdades. Debe comprenderse según la analogía de la fe (Romanos 12:6). En otras palabras, el sentido de cada pasaje debe quedar iluminado por el conjunto, buscando más allá de las palabras bien entendidas la intención real del autor.
3. Debemos confesar con honestidad nuestro desconcierto ante ciertas páginas de la Biblia. Que Moisés haga matar a tres mil hombres porque habían adorado el becerro de oro en su ausencia (Éxodo 32:28); que el hombre de Dios que es Elías, tras su victoria sobre los profetas del falso dios Baal, degüelle a cuatrocientos sacerdotes suyos (1 Reyes 18:18-40); que un salmista haya podido desear ver a los niños de Babilonia aplastados contra las rocas (Salmo 137:9); hay motivos para interrogarse acerca del amor de Dios servido de esta manera.
4. Es simplista oponer el Antiguo y el Nuevo Testamento, como si estuvieran inspirados por dos dioses diferentes. Marción se equivocó en el siglo II al querer eliminar el Antiguo Testamento so pretexto de salvar el amor de Dios. El Dios de Jesucristo es el Dios del Antiguo Testamento. El amor de Yahvé en el Antiguo

Testamento es comparado al de una madre que amamanta a su hijo (Isaías 49:15).

5. Pero el Antiguo Testamento no es un tratado de teología sistemática. Nos relata la historia atormentada de un pueblo, con sus sombras y sus luces. Si la historia de la iglesia, a lo largo de mil años, hubiera estado ligada al Nuevo Testamento, no leeríamos todas sus páginas con orgullo. Por consiguiente, la lectura del Antiguo Testamento requiere precauciones y algunos conocimientos.
6. Las violencias descritas no todas tienen el mismo origen. Así, ciertos relatos presentan juicios de Dios, manifestaciones necesarias, aunque paradójicas, de su amor, para el restablecimiento del derecho. El Éxodo proporciona el ejemplo tipo. La gracia de Dios para Israel habría abortado si el ejército egipcio no hubiera sido destruido. Solo Dios puede juzgar. De hecho, es el ejército el que se destruye al perseguir al pueblo de Dios despreciando todas las advertencias.
7. Con relación a la entrada en la tierra prometida, Dios había prometido actuar. Deberían haber dejado que lo hiciera (Josué 24:12) y recibir la paz como una gracia, con humildad. Pero los hijos de Israel «pronto olvidaron sus obras, no esperaron la ejecución de sus designios. Cayeron en la codicia en el desierto y tentaron a Dios en la soledad» (Salmo 106:13-14). Así, leída atentamente con la inteligencia del corazón, la Biblia nos ayuda a no confundir lo que aprueba Dios con lo que desaprueba (Salmo 81:14,15).
8. A veces Dios consiente en compromisos, por condescendencia. Va al encuentro de los seres humanos tal como son y soporta con paciente misericordia actitudes que reprueba (1 Samuel 8:1-15).
9. Aún más desconcertante es la libertad que se ha tomado el escritor de atribuir a veces a Dios lo que Dios no quería, pero no impidió. Recordemos, a este respecto, el recuento de David.
10. A falta de leer los textos en su contexto, nos exponemos a falsear su sentido. Ejemplos: libro de Job e historia de Jeremías.
11. No olvidar la influencia de las costumbres de la época, incluso en los hombres de Dios. Véase Abrahán y Agar; el aspecto de sacrificio ritual en las guerras.



12. Tener en cuenta los antropomorfismos, «tartamudeo voluntario de Dios» para amoldarse a nuestra pequeñez. La ira de Dios es la intervención de su justicia, misericordiosa fidelidad al designio de su amor.
13. La historia de Israel presenta un aspecto enigmático. Pero el testimonio del Antiguo Testamento le da un sentido. Señor de la historia, Dios se ha servido de este pueblo para que en él todas las naciones participen de la gracia. La Biblia dice cómo se desarrollaron los acontecimientos, no cómo tendrían que haberse llevado a cabo. Dios quería una marcha hacia la vida, por medio del amor.
14. Por eso muchos textos del Antiguo Testamento pronuncian un juicio sobre la violencia, como la prohibición que se le hizo a David de construir el templo, y los hermosos pasajes que profetizan el final de las guerras.
15. Así pues, no es fácil captar la Biblia en la plenitud de sus sentidos. El paso del tiempo se hace sentir.
16. De ahí la regla de oro: despejar el verdadero sentido a la luz de Jesucristo. Si el Antiguo Testamento queda a veces velado, «cuando los corazones se convierten al Señor, el velo cae» (2 Corintios 3:16).
17. El amor predicado por Jesucristo implica la no violencia, a saber:
  - el respeto incondicional a la vida, de acuerdo con el sexto mandamiento;
  - una acción perseverante en la conciencia de los que hacen el mal, aunque se tenga que sufrir de su parte un mal mayor;
  - el amor a los enemigos, que no es un sentimiento sino un principio, que exige la profunda acción del Espíritu. Amar a Dios no basta; hay que amar como Dios.
18. Todas las enseñanzas de los autores del Nuevo Testamento van en la misma dirección. El respeto a las autoridades que requieren no es incondicional. Pues hay que obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29). Pero, cuidado con los deslices de tipo integrista.

19. La no violencia nunca es cómoda. Jesús lo dice sin equívocos. Para ser la sal de la tierra, hay que desarrollar el espíritu de servicio y de sacrificio.
20. Jesús es la encarnación sublime de la no violencia de Dios. Gracias a él, podemos adorar a un Dios fuerte, por el amor y la ternura, Dios padre de todos los seres humanos. El retorno de Cristo será la entrada definitiva de Dios en nuestra historia (1 Corintios 15:28).



Ejemplar gratuito

*aula7activa*